EL VESTIDO DE NOVIA
JENNIFER DREW



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Capítulo 1

Se vende vestido de novia. Talla treinta y ocho. A estrenar: Mejor oferta. 555-1221

-Vengo por el anuncio del vestido de novia. El telefonillo de Julie Myers distorsionaba las voces de formas peculiares, pero aquella era la primera vez que hacía que alguien sonara como Kevin Costiler. No se había fijado en lo sexy que era el tono del visitante cuando había hablado con él por teléfono. Tal vez se había sentido demasiado ansiosa por vender el vestido como para fijarse.

Dudó un momento antes de apretar el botón para dejarlo pasar, pero, ¿cuántos asesinos psicópatas leían los anuncios de la prensa buscando vestidos de novia? El anuncio llevaba saliendo en el periódico tres días, y aquel tipo era la única persona que había llamado.

-¿Es usted Tom Brunswick? -leyó el nombre en la nota que tenía junto al teléfono.

-Sí.

-Suba. Pulsó el botón para dejarlo pasar al vestíbulo y entreabrió la puerta, esperando a que el hombre subiera los dos pisos hasta su apartamento.

¿Qué clase de hombre compraba el vestido de novia a su prometida? Si andaba en busca de una ganga, había ido al sitio adecuado. Como decía el anuncio, ella estaba abierta a todas las ofertas, aunque sacar por fin el maldito vestido del armario le costara dinero.

Desde donde estaba, lo primero que vio fue lo alto de su cabeza: pelo rubio dorado, peinado con raya en medio y lo suficientemente largo como para parecer despeinado. Un instante después subió el último escalón, y ante la atenta mirada de Julie apareció un metro ochenta de músculo y *sex appeal* envuelto en una gastada cazadora de cuero marrón y unos ceñidos vaqueros.

-¿Eres Julie? -el hombre miró la hoja de papel que llevaba en la mano-. ¿Julie Myers?

-Sí. -¿Quieres sacar aquí el vestido? -preguntó él, mirando a Julie a través de la rendija de la puerta.

-Oh, no, lo siento -¿por qué se comportaría siempre como una boba cuando tenía delante un hombre atractivo?-. Enseguida quitó la cadena, un segundo después abría la puerta-. Adelante. Está aquí, en el sofá.

Tom Brunswick pasó al cuarto de estar y miró lentamente a Julie, desde los mechones de pelo oscuro que caían sobre su frente hasta los pies, calzados con gruesos calcetines y unas sandalias de bandas anchas.

-Eres más o menos de la misma talla.

-¿De la misma talla que quién?

Él dio una vuelta alrededor de Julie para verla mejor, y ella imaginó sus oscuros ojos marrones de láser disolviendo su ropa. ¿Debía correr, gritar, o comportarse con frialdad?

-Estás en mejor forma que Tina, pero supongo que no importa. Parece que esa falda tiene sitio de sobra.

-¡Oh, te refieres a la talla de tu prometida!

Aquello estaba resultando aún más extraño de lo que había pensado. ¿No había una regla tradicional que no permitía al novio ver el vestido de la novia antes de la ceremonia?

-No tengo prometida.

Tom Brunswick se acercó al vestido que Julie había extendido sobre el sofá.

-¿Entonces por qué...? -Julie cerró la boca, comprendiendo que debía contener su curiosidad y centrarse en vender el vestido,

-La que lo necesita es mi hermana.

-¿Lo vas a comprar para tu hermana?

-Sí. Somos mellizos -Tom se frotó las manos en los lados de sus vaqueros y luego alzó una manga del vestido para comprobar su longitud-. Le estaban retocando su traje de novia en la tienda, pero hubo un incendio y se quemó.

-Qué lástima -murmuró Julie, sin lograr captar si a su posible cliente le gustaba o no el vestido. Éste alzó el dobladillo con dos dedos, aparentando sentirse tan incómodo como un joven atrapado mirando por debajo de las faldas de su profesora-. Es un detalle por tu parte ayudarla a buscar otro.

-He visto tu anuncio por casualidad mientras buscaba algún anuncio de venta de entradas para ver a los Bulls.

-¿Cuándo es la boda?

Julie quería decir algo que lo animara a comprar el vestido, pero el volvió a mirarla con aquellos ojos marrones que la intimidaban.

-Este fin de semana.

-Debe estar desesperada.

-Es azafata y su vuelo está retenido por tiempo indefinido en el aeropuerto de Denver debido a la nieve.

Debe permanecer en servicio, así que no puede salir de compras.

-Debe estar frenética, tratando de llegar a tiempo para la boda y sin tener aún el vestido.

Julie trató de imaginar una versión femenina de Tom Brunswick. Si se parecía en algo a su hermano, el novio estaría dispuesto a casarse con ella aunque fuera en chándal.

-Tu anuncio decía que no ha sido usado.

-Sí, eso dice. Está totalmente nuevo. No he podido devolverlo porque los vestidos de novia no se pueden devolver.

-¿Ibas a usarlo?

-Sí.

-¿Qué pasó? -preguntó él.

Su tono dejaba claro que sólo estaba siendo educado y que, en realidad, no le importaba, pero su pregunta inquietó a Julie de todos modos. A nadie le sorprendió que el popular y extrovertido Brad Wilson dejara a la callada y aburrida Julie, pero a ella aún le dolía admitir que la dejó plantada la mañana de su boda.

-Mi ex prometido conoció a la chica de sus sueños en su fiesta de despedida de soltero. Por supuesto, ella sólo se dedicaba al *striptease* para poder pagarse los estudios.

-Vaya, lo siento.

Probablemente Tom Brunswick se refería a que sentía haber hecho la pregunta.

-Fue hace seis meses. Ya lo he superado. Por supuesto, mis padres tuvieron que pagar por el alquiler de la sala, y mi tía no sabe qué hacer con los cuatro kilos de pasteles que tiene en la nevera. ¿Crees que también le vendrían bien a tu hermana? -bromeó, aunque sin aparente resultado.

-Uh, no gracias. Respecto al vestido... ¿estás segura de querer venderlo? Sin duda, una chica agradable como tú tendrá otra oportunidad de usarlo.

-Necesito el sitio que ocupa en el armario -Julie no le dijo cuánto deseaba que desapareciera el vestido de su vida de una vez por todas-. ¿Por qué has dicho que soy una chica «agradable»?

-Bueno... -Tom apartó la mirada, simulando observar la voluminosa falda extendida sobre los tres cojines del sofá-. Pareces muy agradable.

Algo se agitó en el interior de Julie. Aquel magnífico ejemplar de hombre jamás se sentiría atraído por una chica como ella. No era lo suficientemente deslumbrante. No la miraría más de dos veces si entrara en la floristería en la que trabajaba. Así que no tenía nada que perder si le hacía «la gran pregunta». Tal vez sería la única forma de averiguar la verdad.

-Soy agradable, realmente agradable, ¿pero por qué no quieren los solteros guapos como tú saber nada de las chicas como yo?

-Yo... no te conozco lo suficiente como para...

-¡No! Quiero saberlo. ¿Qué tiene de malo ser una chica agradable?

-Sólo porque un tonto rompiera contigo...

-Me dejó. Prácticamente me dejó plantada ante el altar, y luego trató de explicarme que era demasiado buena para él.

-Probablemente lo seas -Tom se encogió de hombros y alzó la otra manga del vestido-. Creo que a mi hermana le gustará.

-Bien. Lo vendo por cien dólares menos de lo que me costó; el recibo está sobre la mesa. Pero sólo si me dices qué tiene de malo ser una chica agradable. Estoy segura de que has roto con más de una chica utilizando la excusa de que era demasiado buena para ti.

-Creo que nunca he dicho eso... exactamente.

Tom tomó el arrugado recibo y vio que, efectivamente, el vestido era una ganga. Pero no era fácil tratar con su dueña. De hecho, Julie había acertado en uno de sus puntos flacos. Había utilizado las mismas palabras de las que se había valido él hacía unos días para romper con una pelirroja muy bonita, pero también empeñada en casarse.

-A veces la química no funciona. O no se coincide en el momento adecuado -sugirió, preguntándose por qué estaba permitiendo que aquella mujer hurgara en su conciencia. El no era la clase de hombre que «las amaba y las dejaba». Lo que sucedía era que apreciaba demasiado su libertad como para cargar con una esposa. Su tienda de muebles empezaba a resultar rentable después de muchos esfuerzos y quería disfrutar de la vida.

-Mala química -dijo Julie en tono desdeñoso, arrugando su pequeña y bonita nariz, y mirándolo con sus grandes ojos azules-. Lo próximo que me dirás es que a los hombres les gustan las chicas agradables... como amigas.

Tom trasladó su peso de una pierna a otra, sin saber si animar a Julie o huir de aquellos rosados labios, fruncidos en una besable «O». No creía que le apeteciera oír que las «chicas malas» eran más divertidas... y que sus ojos tenían menos tendencia a brillar cada vez que pasaban junto a una joyería.

-Respecto al vestido...

-Estoy harta de ser una buena chica y de que me dejen. Voy a cambiar de imagen -los hombros de Julie se hundieron ligeramente, y Tom temió que fuera a ponerse emocional-. Pero no sé por dónde empezar.

¿Por qué le estaba pidiendo consejo? , se preguntó Tom. Aconsejar sobre relaciones amorosas no era precisamente su fuerte. Su sentido común e instinto de conversación le decían que lo dejara, pero los ojos azules de niña de aquella mujer lo atolondraban. Ella necesitaba ayuda, desde luego. ¡Y qué diablos! Aconsejar era barato.

-No necesitas cambiar de imagen. Sólo de actitud.

-¿Cómo?

Tom sabía que tenía un pie en aguas movedizas. Era hora de replegarse. Aquella mujer tenía suficientes «valores» como para llamar la atención en cualquier lugar: pelo largo, oscuro y sedoso; voluptuosas curvas que no podían ocultar los vaqueros y el amplio jersey rojo que vestía; un adorable rostro con una boca muy sensual.

-Eres bonita. Pero te muestras demasiado abierta y cariñosa. Lo que debes hacer es mostrarte más distante, más inaccesible.

«Y no deberías pedir consejos de este tipo a cualquier desconocido», pensó Tom para sí.

-Mi madre ya me dijo todo eso cuando empecé a salir con chicos. ¡Soy reservada! ¡Soy distante! y no es culpa mía seguir disponible.

Tom pensó que si ella era reservada y distante, él era el Abominable Hombre de las Nieves. De hecho, por lo que había visto hasta el momento, Julie era todo lo contrario a lo que decía ser: abierta, dulce, vulnerable... una chica bonita y agradable que cualquier hombre podía presentar a sus padres sin problemas. Era exactamente la clase de chica que él no estaba buscando.

-Es lo mejor que puedo hacer -dijo-. Cuando la química no funciona...

Julie suspiró.

-Casi suspendo la química al terminar mis estudios. Entonces, ¿quieres el vestido?

El tono de voz de Julie reveló a Tom que sus consejos habían caído en terreno baldío.

-Sí, es bonito. Estoy casi seguro de que mi hermana lo querrá, pero antes tengo que consultar con ella. Se supone que me va a llamar esta noche. ¿Podrías reservármelo hasta mañana?

-Claro, ¿por qué no?

-Hey, anímate, hay mucho que decir a favor de no casarse demasiado joven. Cuantos años tienes... ¿veintiuno?

-Veinticinco.

-Aún eres una jovencita -Tom sonrió, pero ella no le devolvió la sonrisa-. Yo tengo treinta y uno y estoy a años luz de dar el gran paso.

-Te reservaré el vestido hasta que hables con tu hermani1. Si hay algún problema con el precio...

-No, el precio está bien -dijo Tom, pensando que le avergonzaría comprarlo por menos-. Puedo darte algún otro consejo cuando vuelva.

-Eso estaría muy bien.

Julie lo acompañó a la puerta y cerró ésta antes de que Tom alcanzara las escaleras.

-Te diré cuál es el problema de las chicas agradables -murmuró él para sí-. Hacen que los tipos como yo se sientan unos memos.

Tom hizo varias paradas camino de casa. En cuanto entró en su apartamento comprobó las llamadas que tenía en el contestador. Era casi media noche, pero debía escuchar todos los mensajes por si su hermana hubiera llamado de Denver. No tenía intención de devolver ninguna de las llamadas de Bambi, pero perderse una de Greta fue una decepción. Había querido reunirse con ella desde que se conocieron un fin de semana esquiando.

Tina llamó justo cuando se estaba metiendo en la cama, y sus primeras palabras revelaron a Tom lo nerviosa que estaba. Cuanto antes terminara el asunto de la boda, mejor para él.

-Descríbemelo -dijo Tina-. ¿Es totalmente blanco o color marfil?

-A mí me ha parecido blanco. Tiene pequeñas cuentas en lo alto -contestó Tom, percibiendo una nota de pánico en la voz de su hermana.

-¿Perlas? ¿Y encaje? ¿No será demasiado vistoso?

-Es bonito, y no se ha usado nunca. A la chica que lo vende la dejaron plantada el día de la boda. Tiene más o menos tus medidas y altura, aunque no tiene el trasero tan gordo. Pero no te preocupes; hay suficiente falda para ocultar a todos los invitados.

-Puede que heredara las caderas de mamá, pero también heredé su cerebro. ¿Y si la chica vende el vestido a otra? ¡Eres tonto, Tom! ¿Por qué no lo compraste enseguida? ¡Ya sabes lo desesperada que estoy!

-No te preocupes. Me lo está reservando.

-Oh, claro. Y si le hacen una oferta mejor la rechazará por si tú decides comprarlo. ¿Le has dejado un depósito?

-No lo pensé. Tom trató de mostrarse tolerante con los nervios pre boda de su hermana, pero su melliza empezaba a hartarlo. Nunca se lo habría dicho, y odiaba admitirlo ante sí mismo, pero no le importaría volver a echar otro vistazo a Julie Myers. Según su experiencia, no había demasiadas chicas agradables que además tuvieran un cuerpo como aquel. Probablemente, sería una esposa maravillosa para algún tipo que quisiera tenerla en la cama permanentemente. Pero esa clase de ataduras no eran para él.

-Cómpralo, Tom -insistió Tina-. No puedo casarme sin vestido de novia. No me fastidies.

Tom llamó a Julie desde la tienda a la mañana siguiente.

-Mi hermana quiere el vestido -dijo-. Puedo pasar a recogerlo cuando te venga bien. En enero no hay demasiado movimiento en la tienda.

-Y que lo digas -replicó Julie-. Este mes no he hecho más que enviar flores a hospitales y funerarias.

-Oh -la visión de ataúdes y camas con enfermos no encajaba con el recuerdo que tenía Tom de las largas pestañas y las mejillas ruborizadas de Julie.

-Trabajo en una floristería -explicó ella-. Ahora tengo que irme a trabajar. Ven a por el vestido cuando quieras a partir de las seis.

-Tu casa está camino de la mía. Pasaré poco después de las seis.

Un minuto después de las seis, Tom llamó al apartamento y se identificó. La voz de Julie sonó como la de Minnie Mouse en el interfono, cosa que estaba bien. Su «sube» fue reconfortante; era una chica agradable, pero él nunca podría tomársela en serio.

En esa ocasión, Julie abrió la puerta del todo nada más verlo.

-He dejado el vestido fuera por si querías volver a verlo -dijo, señalando el sofá. Las mesas de los extremos, pintadas en un agradable color verde musgo, se parecían a unas que Tom vendía en la tienda.

-Bonitas mesas -dijo él, preguntándose por qué no se habría fijado en ellas la primera vez. Las mejillas de Julie se cubrieron de rubor.

-Gracias. Las compré en una tienda de muebles que estaban terminando de montar y las pinté yo misma.

-¿En la tienda que hay en Euclid?

-Sí contestó Julie, sorprendida-. ¿Cómo lo sabías?

-Esa es mi tienda. Hiciste un buen trabajo. La mayoría de la gente pinta sin molestarse en lijar, y luego se extrañan de que les quede mal -Tom pensó que aquello no tenía nada que ver con el vestido, y que era absurdo sentirse tan complacido por el hecho de que Julie hubiera comprado un par de sus mesas-. Supongo que te las vendió alguno de mis dependientes -añadió, preguntándose si la habría visto antes y lo había olvidado.

-Se las compré a una mujer mayor. Recuerdo a la gente bastante bien.

-Mi madre echa una mano a veces.

-Era muy agradable -Julie sonrió.

-¿Qué te hace sonreír?

-No debería decírtelo.

-Ya no me puede sorprender nada de lo que haga mi madre.

-Mencionó algo sobre desear que su hijo encontrara una chica buena y agradable.

Tom gruñó y Julie volvió a reír.

-No debería habértelo dicho -dijo-. Supongo que debí mencionar que quería las mesas para un nuevo apartamento después de la...

-Respecto al vestido -Tom no iba a darle la oportunidad de hablar de nuevo sobre la boda que no fue-. Te pagaré en efectivo para que no tengas que preocuparte por un cheque.

-No pareces un tipo capaz de dar un cheque sin fondos.

-Gracias -dijo él con burlona seriedad-. Me alegra que mi honradez resplandezca.

-Pondré el vestido en la bolsa de plástico en que venía.

-Gracias -dijo Tom, pero lo que realmente le habría gustado habría sido que Julie se hubiera ofrecido a ponérselo para que pudiera comprobar el efecto. O, mejor aún, que le hubiera dejado ver cómo se lo ponía. Llevaba una falda corta y verde de lana que confirmaba lo que había imaginado: tenía un fantástico trasero. Se preguntó si llevaría braguitas de encaje. Sería bonito que también llevara un sostén a juego; teniendo en cuenta cómo lo rellenaría, resultaría sumamente agradable verlo.

Si Julie quería de verdad algunas reglas sobre cómo ser una mala chica, la número uno consistía en elegir la lencería adecuada.

Julie entró en el dormitorio y volvió con una bolsa de plástico que colgaba de una percha.

-Trataré de no arrugarlo -dijo, y miró a su alrededor como si hubiera perdido algo.

-¿Hay algún problema?

-No. Sólo estoy decidiendo cómo hacer esto.

-¿Puedo ayudar? -Tom no esperó a recibir una respuesta-. Meter cosas grandes en sitios estrechos es mi especialidad.

-Puedo arreglármelas sola -dijo Julie en tono helado.

Tom se dio cuenta de lo que había dicho y fue su turno de ruborizarse.

-Me refería al mobiliario... ya sabes, meter un montón de cosas en la furgoneta. Dame la bolsa y tú trae el vestido. Si lo hacemos en la cama, todo irá bien. Me refiero a que así el vestido no rozará el suelo. No dio oportunidad a que Julie decidiera. Entró en el dormitorio, colocó sobre la cama la bolsa de plástico y abrió la cremallera, tratando de no inhalar el aroma decididamente femenino de la habitación. -Regla número dos para ser una mala chica: Nunca dejes que un tipo te vea asustada -dijo, al ver que Julie permanecía en el umbral, con el vestido en los brazos.

-¡No estoy asustada! Sólo trato de decidir cuál puede ser la mejor manera de hacer esto -Julie rodeó la cama, colocándose en el lado opuesto al de Tom-. ¿Y cuál es la regla número uno?

-De momento me la reservo. Tom sonrió, pensando en lo divertido que sería escandalizar a Julie con un consejo sobre lencería. Pero no quería que lo echara del apartamento sin el vestido. Tina lo despellejaría vivo si fastidiaba la compra. La cama era individual, y estuvieron apunto de entrechocar sus cabezas cuando ambos se inclinaron para meter el vestido en la bolsa.

-No dejes que la falda se enganche en la cremallera -advirtió Julie cuando tropezó al tirar de ésta. -Será mejor que lo hagas tú.

Tom se irguió y observó la coronilla de Julie mientras ésta cerraba la bolsa cuidadosamente.

-¿Por qué no vienes a la boda conmigo? -estuvo a punto de mirar a su alrededor para ver si había sido realmente él quien había pronunciado aquellas palabras. Se sorprendió a sí mismo más que a ella, yeso que Julie parecía anonadada.

-¿A la boda de tu hermana?

Julie estaba buscando evasivas, y Tom contuvo el aliento, rogando interiormente para que declinara su invitación.

-No tengo con quién ir -dijo, sin mencionar que acababa de romper-. Habrá muchos solteros en la fiesta. Puede que conozcas a alguno.

Recogió el vestido, lamentando su impulsiva invitación, pero esperando que Julie la rechazara.

-¿Por qué no? Sobreviví a la boda de mi prima el mes pasado, y en la boda de tu hermana no habrá nadie murmurando a mis espaldas, «Pobre Julie».

Tom no vio forma de salir de aquello.

-Si estás segura... -dijo, dándole la oportunidad de echarse atrás.

-Lo estoy... a menos que tú quieras cambiar de opinión -replicó Julie, tímidamente.

-No, claro que no. De hecho, me estarás ayudando. Mi madre tiene cuatro hermanas decididas a encontrar una chica agradable para mí. Yendo conmigo las mantendrás a raya.

-Si voy contigo...

-Creía que ya estaba acordado -Tom siguió a Julie al cuarto de estar y sacó del bolsillo interior de su cazadora el sobre que llevaba preparado con el dinero-. Por el vestido -dijo, entregándoselo.

-Gracias. No sé muy bien cómo preguntarte esto...

-Julie había estado pensando al respecto desde que había conocido a Tom, pero preguntar aquello en alto resultaba mucho más difícil.

-Cuanto más directo, mejor.

-Si voy contigo...

-Eso ya está acordado. Te recogeré temprano. Digamos que a las dos y media.

-Sólo me preguntaba si podrías darme algunas clases sobre cómo atraer a un hombre.

Julie estaba tan ruborizada que Tom no tuvo valor para bromear.

-Probablemente yo no sea la persona más adecuada para aconsejarte.

-Imagina que me estás dando unas clases. No he tenido una cita con un hombre desde que rompí. Es como si llevara en la frente un cartel que dijera *Señorita Aburrida.*

-Eres demasiado dura contigo misma.

-Es sólo una broma familiar. Mi hermano solía llamarme eso porque nunca me metía en jaleos.

-Escucha, puede que lo de la boda no sea buena idea.

-¿Estás retirando tu invitación?

-No, en absoluto -Tom pensó que era él quien debería llevar un cartel que dijera *¡Dame una patada en el trasero!*

-Podemos hacer un intercambio -dijo Julie-. Dijiste que estabas buscando entradas para ver a los Bulls. Mi ex prometido me dio un par de pases para la temporada como regalo de compromiso. Por supuesto, él tenía intención de usar uno de los asientos, pero de momento no ha tenido valor para pedirme que se los devuelva. No tienes por qué garantizar los resultados. Sólo dame algunas indicaciones y los pases serán tuyos.

-Estaría dispuesto a comprártelos.

-No están en venta.

Tom no pudo reprimir una tonta sonrisa. ¿Pases para toda la temporada sólo por jugar a Cupido? Cuando sus amigos vieran a Julie, probablemente harían el trabajo por él. Conocía a muchos tipos que no temían oír la palabra «matrimonio».

-Este es el trato más loco que me han ofrecido nunca.

-¿Eso quiere decir que aceptas?

-Puede que no te sirva de mucha ayuda.

-Puede, pero si mi ex prometido reúne el suficiente coraje para pedirme que le devuelva los pases, me encantará decirle lo que hice con ellos.

Tom inspiró profundamente. Julie tenía derecho a una dulce venganza. Ahora que sabía que no era perfecta, le gustaba aún más.

-Es un trato -dijo, extendiendo la mano.

Ella la estrechó.

-Hasta pronto.

Julie se apoyó contra la puerta después de que Tom se fuera, sin fiarse de que sus piernas tuvieran la suficiente fuerza para llevarla hasta la silla. Estaba agotada. Los hombres como Tom siempre hacían que se quedara muda y aturdida. Estaba tan lejos de su alcance como si fuera de otro planeta.

No podía creer que hubiera aceptado su loca pro- puesta, ni que ella hubiera tenido el valor de hacerla.

Sobre todo, no podía creer que Tom la hubiera invitado a la boda incluso antes de que mencionara los pases.

Pero sabía exactamente qué iba a hacer con el sobre de dinero que sostenía en la mano.

Capítulo 2

Me encantaría ir, pero tengo otros planes -dijo Julie, sujetando el auricular con el hombro mientras terminaba de arreglar el centro de flores que iba a llevar a la boda como regalo.

-¿Planes? ¿Le estás diciendo a tu mejor amiga desde tercer grado que tienes «planes»? -preguntó Karen-. Eso me suena a cita.

-Sólo voy a una boda.

-¿Por qué no lo has dicho antes? ¿Quién va a casarse?

Julie tomó el auricular con la mano. En cualquier otra ocasión, habría estado ansiosa por contarle a Karen lo de su cita, ¿pero cómo podía explicarle lo de Tom? Aún no podía creer que le hubiera pedido que la ayudara a atraer a los hombres.

-Es sólo el amigo de un amigo. Si puedes esperar hasta mañana, iremos a la galería comercial y te pondré al tanto de todo.

-Mi madre me espera a comer. Cuéntame algo más de la boda. ¿Vas con un amigo o con una amiga?

-Es un tipo que ha necesitado una acompañante en el último momento.

-¡Eso es estupendo, Julie! Incluso aunque no funcione...

-No funcionará. Es más bien un arreglo comercial que otra cosa. Si vuelvo a casa temprano te llamaré para contarte qué tal ha ido todo. Ahora tengo que colgar. Luego te llamo.

Julie tenía la palma de la mano sudorosa cuando colgó el auricular. Se concentró en el regalo, pero el teléfono volvió a sonar enseguida.

-Julie, soy Tom Brunswick. Julie supuso de inmediato que llamaba para cancelar la cita.

-Si has cambiado de opinión... podía ver la secuencia: fiesta de despedida de soltero, chica haciendo *striptease,* cita cancelada. Estaba condenada a quedarse en casa sola mientras cada hombre que conocía sucumbía a los encantos de una bailarina semi desnuda.

-¿Por qué iba a hacerlo? Sólo lamento no haber podido darte algunas indicaciones más antes de ir. Ayer recibí un gran pedido y no tuve tiempo de llamarte. Luego tuve que ir al ensayo de la cena y a la fiesta de despedida de soltero.

-Si quieres echarte atrás, no voy a obligarte a mantener tu palabra.

-Ni hablar. Un trato es un trato. Sólo quería darte algunas indicaciones básicas antes de que vayamos. Por ejemplo, ríe siempre las bromas de los hombres, pero no demasiado. Lo mismo con las sonrisas. Haz pensar al tipo que tengas delante que sonríes porque tienes un secreto.

-Creo que no deberíamos hacer esto, Tom... y no te escondas en un rincón con algún perdedor, simulando escuchar atentamente todo lo que diga con el único fin de no estar sola. Estar sola es bueno no te muestres desesperada. Tú eres la compradora, no la mercancía.

-¡Ya lo he captado! Pero todo eso ya lo aprendí en el colegio.

-Lo siento. Espero servirte de más ayuda después de verte en acción. Necesito saber qué estás haciendo mal. Es difícil entrenarte sin conocer tu técnica.

-No tengo técnica.

-No te preocupes. Te recojo a las dos y media.

Era posible que Julie se sintiera como la más fea del baile, pero no tenía intención de parecerlo. Había invertido parte del dinero del vestido de novia en otro vestido pequeño y precioso que había visto rebajado en Woodfield Mall. Nunca se había comprado nada tan caro.

Diez minutos antes de que apareciera Tom, se miró en el espejo de su armario y vio a una desconocida con un vestido rojo rosado de manga larga que dejaba uno de sus hombros desnudos. El dobladillo terminaba a mitad del muslo, demostrando que no necesitaba ser alta para tener el aspecto de una supermodelo de largas piernas.

Tal vez llevaría el abrigo puesto durante la ceremonia.

O tal vez no.

Practicó a caminar, mirando por encima del hombro su reflejo en el espejo.

Pensándolo bien, aún estaba a tiempo de ponerse el vestido azul que le llegaba a la mitad de la pantorrilla.

El portero automático sonó cuando aún no había llegado al armario.

Tom subió las escaleras lentamente, preguntándose si merecía la pena sufrir aquel dolor de cabeza por pasar el bárbaro rito de la despedida de soltero. Los zapatos alquilados le oprimían los pies; habría jurado que no eran los mismos que se probó dos semanas atrás en la tienda de alquiler de esmoquin y para colmo, tenía que ayudar a Julie a conseguir un hombre.

Llegó frente a la puerta y respiró profundamente, preparándose para lo peor. Si Julie tenía problemas para ligar teniendo un cuerpo como el suyo, podía deberse a que se vestía como su abuela de noventa años. Si ese era el caso, tendría que pasarse toda la recepción con ella. Las únicas que se alegrarían de ello serían sus tías.

En esa ocasión, Julie le hizo llamar a la puerta. Sintió una leve esperanza. Tal vez había decidido echarse atrás.

La puerta se abrió lentamente, y Tom no estaba preparado para lo que vio.

-Desde luego, no voy a poder enseñarte nada respecto a cómo vestirte -dijo, sin pensar-. Estás preciosa.

-Gracias. Eres muy amable por decírmelo.

-No trataba de ser amable. El vestido es precioso -y también el cuerpo que lo llevaba. De pronto, la cabeza de Tom no era lo único que estaba palpitando-. ¿Puedes darme un par de aspirinas y un vaso de agua?

-No tengo aspirinas, pero sí algo parecido.

-Lo que sea.

Julie se puso el abrigo mientras Tom tragaba dos tabletas blancas junto al fregadero. El abrigo azul oscuro de lana de Julie tenía un cinturón en la parte trasera y un pañuelo negro sujeto bajo el cuello; exactamente lo que Tom había esperado que llevara: algo elegante, pero no llamativo. El vestido era otra cosa. Bebió otro vaso de agua, esperando que su hermana no lo culpara por que su futuro marido se hubiera empeñado en seguir de fiesta hasta el amanecer.

-¿Lista? -preguntó.

-No estoy segura. Me refiero a que, ¿cómo voy a conocer a otros hombres si se supone que voy a estar contigo? Tal vez deberías ir sin mí.

Eso era lo que habría querido Tom unos minutos atrás, pero ahora no estaba seguro. Llevando aquel vestido, Julie necesitaba un guardaespaldas; lo menos que podía hacer era orientarla hacia algún tipo decente.

-Pensaba que habíamos hecho un trato -dijo.

-Sí. Toma los pases.

Julie alcanzó a Tom un sobre, pero él se lo devolvió.

-Te los compro o me los gano. No me los puedes dar como un regalo.

-¿Por qué no? Así fue como los conseguí yo.

-No es lo mismo. Déjalos aquí y ven a la boda conmigo. Veremos cómo salen las cosas, pero cada vez me cuesta más creer que necesites mis consejos.

-¿Cómo van a saber tus amigos que estoy contigo, pero que no lo estoy?

-Yo me ocuparé de eso -Tom logró esbozar una débil sonrisa, y luego esperó mientras Julie desaparecía para dejar los billetes.

Fuera lo que fuese lo que hubiera estado bebiendo esa noche, le había dado visión de rayos x, porque cuando Julie volvió, pudo verla en su vestido rojo a pesar de que llevaba el abrigo abotonado.

Un rato después, en la iglesia, Tom tuvo que dejar sola a Julie para cumplir con su papel de anfitrión. Ella firmó en el libro de invitados, hizo un viaje innecesario a los servicios y simuló leer atentamente el boletín de la iglesia.

Sintiéndose más y más incómoda Con cada minuto que pasaba, empezó a buscar con la mirada la puerta de salida, pero Tom se adelantó a ella e insistió en conducirla a una de las filas de asientos que se hallaban tras las reservadas para los familiares de la novia.

-¿No quieres quitarte el abrigo? -preguntó-. Puedo ir a colgártelo.

-Hace un poco de frío -mintió ella.

-¿Ocultando tus atractivos? -bromeó Tom, y volvió a sus ocupaciones de anfitrión.

Julie se puso colorada pensando en las brillantes respuestas que podía haberle dado.

Los invitados empezaron a llegar y el ambiente empezó a caldearse mientras ocupaban sus asientos. Julie se desabrochó el abrigo y sacó los brazos, pero la mantuvo sobre sus hombros. No se atrevía a sentarse allí con un hombro desnudo; no estaba hecha para ser una «mala chica». Sólo seguía allí porque sabía que llamaría más la atención si se iba... y porque su mentor estaba bloqueando la puerta. Parecía firmemente decidido a ganarse los pases para los Bulls.

Finalmente, la ceremonia empezó. Una niña con un vestido de color blanco y un pequeño ramo de flores iniciaba la marcha, seguida de un grupo de damas de honor ataviadas con unos ceñidos y bonitos vestidos de tercio- pelo verde. Julie nunca había visto tantas damas de honor y tan guapas en una sola boda. Su vestido rojo iba a llamar demasiado la atención entre tanta elegancia.

Todo el mundo se levantó para recibir a la novia, pero Julie olvidó enseguida su curiosidad por la melliza de Tom. De pronto, comprendió que la novia iba a llevar su vestido.

Había ido a docenas de tiendas para encontrar su vestido de novia ideal, y debería ser ella la que caminara por aquel pasillo tomada del brazo de su padre. Cerró los ojos, rechazando repentinamente la idea de ver a una desconocida con su vestido, pero los abrió enseguida, diciéndose que sería de cobardes no mirar.

Era perfecto. Ni llamativo ni exagerado, sino un sueño de vestido con un delicado corpiño de seda ciñendo los senos y la cintura de la novia y una falda que flotaba maravillosamente a su alrededor sobre la alfombra, como una nube brillante.

Los ojos de Julie se humedecieron y se obligó a mirar a la novia al rostro. Era una auténtica belleza, cosa nada sorprendente, teniendo en cuenta que su hermano era el hombre más sexy que había conocido. Debía haber estado loca, y un poco desesperada, para pedirle ayuda. ¿Qué le había hecho pensar que Tom querría interpretar el papel de Henry Higgins con ella como Eliza Doolittle? Cuando aquello acabara, y eso sucedería en cuanto pudiera tomar un taxi para escapar de allí, le enviaría los pases con una disculpa por haberse entrometido en la boda de su hermana.

El novio era guapo, cosa nada sorprendente, pero, o tenía resaca de la fiesta de despedida de soltero, o estaba muerto de miedo. Pero cuando avanzó y sonrió a su prometida, sus rasgos cambiaron dramáticamente.

Julie pensó que Brad nunca la había mirado así. Para su sorpresa y alivio, comprobó que eso ya no le importaba. Brad quería a Brad, y, en realidad, ella había escapado por poco. Le

había asignado el papel de su verdadero amor porque necesitaba desesperadamente alguien especial en su vida, pero él la había fastidiado. Él, no ella.

Acudir a aquella boda estaba siendo un auténtico tratamiento de shock. Ver cómo se casaba otra mujer con su vestido de novia era devastador, pero despertaba en ella una sana y constructiva rabia. Ella era una persona agradable, y no merecía que la dejaran plantada.

Dejó que el abrigo se deslizara de sus hombros. ¡Se había acabado lo de quedarse sentada en casa sintiendo lástima de sí misma! Estaba dispuesta a averiguar si las chicas malas se divertían más.

Cuando terminó la ceremonia y los recién casados desfilaron de vuelta por el pasillo, Julie permaneció junto a Tom mientras éste despedía fila a fila a los invitados. Algunos hombres parecían incómodos y rígidos en sus esmoquin, pero Tom estaba totalmente a sus anchas con él. Su pelo rubio se curvaba levemente sobre el cuello de la chaqueta y caía lo justo sobre su frente como para suavizar el empuje de su fuerte mandíbula y altas mejillas. Julie estaba lo suficientemente cerca de él en esos momentos como para no poder verle el rostro sin alzar la mirada, pero lo que tenía a la altura del ojo le producía pequeños escalofríos. El plano estómago y el musculoso cuerpo de Tom habían hecho que su imaginación se desbocara.

-Es tu turno -susurró Tom, inclinándose hacia ella-. Me alegra que te quitaras el abrigo.

Julie se lo puso mientras se unía a la gente que fluía por el pasillo hacia la salida, donde los recién casados saludaban a los invitados. Sintiendo una repentina timidez ante la idea de presentarse sola a la novia que llevaba su vestido, encontró un hueco junto a la mesita en que se hallaba el libro de invitados.

-Veo que estás con Tom. La rubia que a la entrada se había encargado del libro de invitados le dedicó una mirada a medias hostil.

-Así es -contestó Julie. Cualquier afán de explicar la naturaleza de su cita con Tom desapareció al ver la competitiva mirada de la rubia.

Cuando Tom se reunió con Julie, insistió en presentarle a Tina, y el momento no fue tan difícil como ella había temido.

Luego fueron en coche a la sala en la que iba a tener lugar la fiesta de celebración. Cuando entraron en el vestíbulo, el trío que iba a amenizar la fiesta estaba afinando sus instrumentos. Julie se desabrochó el abrigo junto al guardarropa y Tom le ayudó a quitárselo. Al sentir el roce de sus dedos en su hombro desnudo, un escalofrío de placer recorrió todo su cuerpo.

-Resérvame un baile, Tom.

Una de las damas de honor, alta y con el pelo color miel, saludó a Tom moviendo los dedos cuando pasó junto a ellos.

-Magnífico trabajo, Brenda -dijo Tom.

«¿Qué trabajo?», quiso preguntar Julie. Todo lo que tenía que hacer una dama de honor era caminar por el pasillo y luego quedarse quieta.

La rubia del libro de invitados arrinconó a Tom en cuanto entraron en la sala.

-Tienes un aspecto magnífico con el esmoquin.

-Lo mismo les pasó a los cincuenta tipos que se lo pusieron antes que yo, Karla.

-Seguro que estás deseando quitártelo.

-Si necesito ayuda con los botones, prometo avisarte.

-¿Es ella una «mala chica»? -preguntó Julie cuando la rubia se fue en busca de una presa más fácil.

-Karla es... muy divertida -Tom sonrió maliciosamente y pasó un brazo por la cintura de Julie-. ¿Puedo traerte una bebida? Se supone que no podemos empezar a divertimos hasta que la feliz pareja haya posado para que les hagan las suficientes fotos como para empapelar su cuarto de estar.

-Un refresco de limón estará bien, gracias.

-¡Error! Deberías pedir un vino blanco o una ginebra con tónica, aunque tuvieras intención de vaciarla en algún tiesto cuando me diera la espalda.

-¿Incluso aunque me estuviera muriendo de sed y la ginebra haga que se me hinche la nariz?

-¿La nariz? -Tom examinó atentamente el rostro de Julie.

-Sólo bromeaba. Puedo apañármelas con un vino si es necesario. ¿Las malas chicas tienen que beber?

-No, no tienen que hacer nada. Esa es la cuestión. Voy a por tu limonada. A fin de cuentas, en un vaso de plástico no se distingue qué bebes.

Tom se unió a un pequeño grupo de gente que había en tomo al bar, dejando sola a Julie. Ésta miró a su alrededor, deseando conocer a alguien. Al margen de las reglas para ser una mala chica, cualquier fiesta solía resultar mucho más divertida desde el punto de vista de un grupo de amigas.

-¿Te he visto con Tom? -preguntó un hombre. Tom tenía razón. Estando sola era más fácil.

-Sí, pero sólo somos amigos -Julie tenía preparada aquella respuesta por si a Tom no le daba tiempo a avisar a todos sus amigos.

-Entonces Tom es más tonto de lo que creía. Soy Jerry.

-¿Jerry, como Madonna? ¿O tienes apellido? - preguntó Julie, sorprendiéndose a sí misma con su inspiración.

-Me alegra que lo preguntes. De hecho, estoy orgulloso de mi apellido familiar, aunque sea un poco raro. Poonph. Jerry Poomph. ¿Te apetece bailar?

-Pero aún no está sonando la música...

-Yo hago mi propia música, y me gusta bailar sucio.

-Adiós, Poomph -dijo Tom, acercándose a éste por detrás.

-Sólo me estaba presentando a tu amiga, Tom. Parece muy divertida.

-No lo es.

-No importa. No creo que vayan a faltar posibilidades con todas esas azafatas amigas de tu hermana.

Poomph se alejó con las manos en los bolsillos, mirando a su alrededor.

-No tenías por qué hacerte el hermano mayor - dijo Julie, aceptando el vaso que le ofreció Tom-. Sé cómo librarme de los hombres. Lo que me cuesta es conservarlos.

-¿Recuerdas lo que te dije? No te quedes con un pelmazo sólo por no estar sola.

-Sé lo que no hacer -dijo Julie-. Ahora dime lo que debo hacer.

-Nada.

La sonrisa de Tom hizo que un fuego apagado reviviera dentro de Julie; deberían ponerle una multa por golpear por debajo del vientre.

-¿Nada? No dejas de decirme eso. Lo próximo que me dirás es que sea yo misma, y eso ya sé cómo funciona.

-¿Bailarás conmigo si me quito los zapatos?

-Claro, supongo que sí.

-Odio los zapatos alquilados.

Tom se quitó los zapatos y los dejó contra la pared que había a sus espaldas.

-Todavía no podemos bailar. El novio y la novia no han llegado --dijo Julie. -¿Oyes música?

-Sí, acaban de empezar a tocar. Pero...

-Una mala chica tiene que estar dispuesta romper la tradición. Además, mi hermana me culpará a mí, no a ti.

Tom acompañó a Julie al centro de la pista de baile y la tomó en sus brazos. Antes de empezar a bailar, dudó.

-Dame tus zapatos.

-No voy a pisarte. Soy una buena bailarina.

-Me alegra saberlo -Tom se agachó, alzó uno de los pies de Julie y le quitó el zapato. Consciente de las miradas de curiosidad de las personas que más cerca estaban, Julie sacó rápidamente el pie del otro zapato y Tom guardó cada uno en un bolsillo.

-Ahora todos sabrán que estás aquí -dijo, maliciosamente, y empezó a bailar.

Julie sintió que nunca la habían llevado con tanta ligereza. Tom tenía una mano apoyada en su cadera, y su cálido aliento le acariciaba la frente. No podrían haber bailado más sincronizados ni aunque hubiera estado sobre las puntas de sus pies.

Nadie se unió a ellos en la pista.

Todo lo que habrían necesitado habría sido un foco para ser considerados la atracción de la, tarde. Cuando, finalmente, la banda terminó la pieza, Julie tomó sus zapatos y salió corriendo de la pista.

Se ocultó en los servicios durante quince minutos y luego salió, decidida a demostrarle a Tom lo rápido que aprendía.

-A ver si te gusto ahora, doctor Frankenstein - murmuró para sí.

Fue más fácil de lo que había imaginado. Después del baile con Tom no tuvo que pasar un momento a solas. Comió con un jugador de la liga menor de béisbol que luego le pidió el teléfono y bailó con tantos hombres que empezó a olvidar sus nombres. Pero no olvidó el de Peter Carlyle. Tenía el pelo pelirrojo y hoyuelos, y, sin duda, era el más guapo de los padrinos de boda. Después del cuarto baile, no se separó de su lado.

Tom estuvo observando a su protegida, sin sorprenderse de la atención que recibió, pero tampoco precisa- mente encantado con ella. Aunque tampoco le importaba. Desde luego, Julie no era su tipo, pero tampoco quería ser el responsable de que se liara con un perdedor. Cuando Peter Carlyle empezó a tomarse demasiadas confianzas con ella en la pista de baile, Tom supo que había llegado el momento de intervenir.

-¿Qué tal van las cosas? -preguntó, mirando a Julie a los ojos y preguntándose si tendría las mejillas ruborizadas a causa del champán o de la popularidad que había alcanzado a lo largo de la fiesta-. Veo que te has puesto los zapatos.

-Se me estaban enfriando los pies.

Tom sintió que la mano de Julie era casi como la de una niña en la suya, pero el balanceo de sus caderas no tenía nada de infantil. O estaba un poco bebida o había aprendido muy rápido. Se derretía contra él, haciéndole sentirse grande, patoso... y tan excitado.

Entrecerró los ojos, repasando mentalmente la lista de invitados para apartar a los cretinos integrales de los posibles candidatos. Haría un gran servicio a su libido reuniendo cuanto antes a Julie con algún tipo decente. Debía recordarse que el vestido rojo, el rubor del champán y el sensual contoneo eran sólo apariencia. Julie buscaba mucho más que pasar un buen rato, y el no es- taba en la lista de candidatos, por mucho que le apeteciera bajarle las braguitas y enseñarle todo lo que había que saber sobre cómo ser realmente una mala chica.

-No tienes por qué molestarte en llevarme a casa. Peter va a hacerlo -dijo Julie.

-Peter ha estado comprometido cuatro veces.

-Oh, ya me lo ha contado.

Julie no era una buena mentirosa. Tampoco era la mujer más seductora con la que Tom había bailado esa tarde, pero sí con la que mejor se sentía. Sus firmes senos estaban aplastados contra su pecho, y la rígida camisa del esmoquin no era armadura suficiente para evitar que imaginara sus pezones rozándole la piel desnuda.

Estaba tratando de apartarse un poco, sin dejar de bailar, una técnica que nunca había tratado de dominar, cuando Julie lo rodeó con ambas manos por el cuello y atrajo su cabeza hacia abajo.

-Gracias por todo lo que has hecho por mí-susurró. Su cálido aliento en el oído de Tom envió oleadas de sensuales sensaciones hasta su entrepierna, pero Julie se apartó enseguida.

Era dolorosamente atractiva en su inocencia, y ese era precisamente el motivo por el que Tom prefería a chicas no tan inocentes.

Miró hacia su nuevo cuñado, su amigo desde el colegio, y tuvo una clara imagen mental de una bola de metal y una cadena atada a su tobillo. Se alegraba por su hermana, pero las noches de su marido con los chicos iban a quedar dramáticamente reducidas de ahora en adelante.

La canción terminó y Julie se deslizó de sus brazos a los de Peter. Entonces, la intensidad de la luz bajó para el último baile de la tarde. Tom no tuvo ningún problema para reclamar a Brenda Butler como compañera. Trabajaba con Tina, pero acababan de conocerse. La había escogido en el ensayo de la boda como la dama de honor más apta para...

Ahora, aquella chica le estaba enviando todas las señales adecuadas. Tom estaba deseando marcar al menos un par de goles, y si ahora la fastidiaba, quién sabía cuándo volvería a verla. Vivía en Atlanta y hacía vuelos internacionales, un escenario perfecto para pasarlo bien de vez en cuando sin compromisos.

-Me alegro mucho de haber conocido por fin al sexy hermano de Tina -ronroneó Brenda.

Su pelvis rozó la entrepierna de Tom, y él supo que iba a odiarse por la mañana... por no mencionar la mayor parte de la noche.

-He venido con alguien -admitió de mala gana-. Ella esperará que la lleve a casa.

-Oh, que decepción.

-Yo también me siento decepcionado, pero no pensaría muy bien si dejara en la estacada a mi cita, ¿no?

-Pensaría que eras terrible... al menos durante treinta segundos -Brenda rió y todo su cuerpo se estremeció bajo las manos de Tom.

Este tuvo la sensación de que era una chica «muy» mala.

El baile terminó, las luces se encendieron y la fiesta concluyó oficialmente. Tom fue a por Julie, la apartó de Peter, a pesar de las protestas de ambos, y la sujetó con firmeza mientras iban a por sus abrigos.

-No sé por qué insistes en llevarme a casa. Peter estaba perfectamente dispuesto...

-Peter siempre está dispuesto. Sobre lo de «perfectamente» no estoy tan seguro. En cualquier caso, necesitas muchas más lecciones antes de que te permita meterte a solas en el coche con un hombre que podría vender máquinas para hacer nieve en Florida.

-No habría tenido ningún problema con Peter.

-Tal vez... si hubiera estado sobrio -0, mejor aún, sedado, pensó Tom.

-¿Recibiré un diploma cuando termine el entrenamiento? ¿O será entonces cuando me presentes al señor Perfecto?

Tom pensó que Julie le gustaba cuando se le soltaba la lengua. Las mujeres dóciles y sumisas no eran para él... pero tampoco lo era Julie Myers. Tenía que salir y enfriarse pronto... o volver con Brenda.

Soltó a Julie el tiempo justo para tomar los dos abrigos. Luego se acercó con ella a una zona libre junto a la pared.

-¡Llevarme a casa no es parte de nuestro trato! - insistió ella.

Sus ojos destellaron de rabia. Tom temió estar metiéndose en un lío.

-Yo te he traído. Yo te llevo. Así son las cosas.

-¿Qué cosas? Tú y yo no estamos saliendo juntos.

-Es lo que exige la etiqueta.

Era una tontería decir aquello, pero Julie no creería la verdad. Tom no sabía por qué había dejado a Brenda, y todas las posibilidades que su compañía implicaba, para llevar a Julie a casa. Desde luego, aquello no iba a contribuir en nada a su paz mental.

Capítulo 3

El coche de Tom debía haber encogido. Julie mantuvo los brazos pegados a los costados y las rodillas unidas para evitar rozarlo.

Pero, aunque no se estuvieran tocando, sentía que Tom se estaba metiendo dentro de ella cada vez que in- halaba su loción para después del afeitado. De hecho, le mareaba un poco. Tal vez él mismo había acrecentado su aroma bailando mejilla contra mejilla con la dama de honor de los dientes grandes.

-No tenías por qué haberme llevado a casa -se estaba repitiendo, pero, ¿qué más podía decirle aun hombre que se había pasado gran parte de la tarde transformando el foxtrot en caricias estimulantes?

-Piensa en mí como en tu chófer.

-Me has visto con más copas de champán en la mano de las que he bebido -protestó Julie.

-Me he fijado. Pero Peter no se ha dedicado a tirar las suyas en el cubo de hielo cada vez que creía que no había nadie mirando.

-El mero hecho de que estuviéramos divirtiéndonos...

-Ya hemos llegado. Te acompaño a la puerta. Era evidente que no quería entrar en el tema.

-No es necesario. No puede haber un asesino oculto con un hacha en el breve espacio que hay desde aquí a la puerta.

-Déjame simular que soy un caballero.

-¿Es a eso a lo que estás jugando? -Julie no pudo evitar que se le escapara una risita tonta.

-¿Tanto te cuesta creer que pueda tener modales?

-No, por supuesto que no -otra risita. Julie pensó que tal vez había consumido demasiado champán. Permaneció quieta mientras Tom salía y rodeaba el coche para abrirle la puerta. Con el abrigo oscuro que llevaba puesto podría haber pasado por un playboy aristocrático. Sólo su pelo revuelto desentonaba con la imagen.

Tom acompañó a Julie hasta la entrada de la casa con la mano apoyada en su cintura y ella sintió el calor de sus dedos a través del abrigo de lana. O creyó sentirlo. Tenía todo el cuerpo especialmente sensibilizado esa noche.

Cuando abrió la cremallera del bolso para buscar el llavero, Tom lo tomó de sus manos y sacó éste, eligiendo la llave adecuada al primer intento.

-¿Cómo sabías cuál era?

-Experiencia -Tom sonrió maliciosamente, y Julie decidió que sólo había sido suerte.

-Gracias -dijo.

-De portal a portal -Tom hizo una señal para que lo precediera subiendo las escaleras-. El código de los caballeros.

-Te estás comportando como... -Julie iba a decir como «un tonto», pero no tenía ningún sentido discutir con su acompañante. Su acompañante pagado.

En cuanto le diera los pases para los Bulls, desaparecería. Ella le había pedido que pusiera algo de excitación en su vida y él lo había hecho. Se alegraba de haber conocido a Peter. Era un hombre atractivo, y, a diferencia de la mayoría de los hombres, sabía hablar a una mujer sin utilizar los tópicos típicos ni recurrir a los deportes.

-Lo he pasado bien. Gracias -dijo, frente a su puerta-. Si esperas un minuto, te doy los pases.

Tom abrió y le entregó las llaves.

-Aún no me los he ganado -dijo.

-Ya te has perdido uno de los partidos. Quiero que te los lleves ahora para que no se malgasten más.

Tom pensó que se sentiría como un miserable si aceptaba los valiosos pases de Julie a cambio de lo poco que había hecho.

-Al menos, déjame pagarte por ellos -dijo, siguiéndola al interior.

-No. Teníamos un trato. Lo he pasado muy bien, pero fue una tontería pedirte que me enseñaras.

-Esta noche has llegado al primer puesto de la clase.

Tom pensó que podía ser divertido burlarse un poco de Julie, y lo cierto era que se lo merecía en parte, aunque ella no supiera por qué. Pasar de una fiesta privada con Brenda no era un sacrificio precisamente pequeño, y aún no estaba seguro de por qué lo había hecho.

-En ese caso, deja que los pases sean mi forma de agradecértelo -Julie se llevó una mano a la barbilla, pensativa-. ¿Dónde los habré puesto? -preguntó, frunciendo el ceño y mirando a su alrededor-. Estaban en un sobre blanco...

-No hay prisa, en serio.

-No, déjame pensar un minuto.

-Estabas un poco alterada con nuestra cita. Ya te acordarás.

-¡No estaba alterada! y no era una cita.

-Me encargué de dejarlo bien claro en la fiesta. Dejé entrever, con sutileza, por supuesto, que no me enfadaría si alguien trataba de ligar contigo.

-¿Con sutileza? Tal y como has estado bailando... bueno, lo cierto es que tus movimientos no tenían nada de sutiles.

El número de teléfono del motel de Brenda estaba quemando el bolsillo de Tom, que se preguntó una vez más por qué se había molestado en llevar a Julie a casa personalmente. No quería sentirse responsable por ella, y, desde luego, no quería verse envuelto en una relación con una futura e ilusionada prometida. Tal vez Peter fuera su tipo, pero esperaba que pudiera conseguir algo mejor. Al menos, les había concedido a ambos un periodo para enfriar su encuentro. Ya no sería responsabilidad suya si Julie hacía otra mala elección.

-Hablando de falta de sutileza, ¿que me dices de la exhibición de baile que habéis dado tú y Carlyle?

-Sólo ha sido un baile normal. Puede que haya dejado los pases en el escritorio.

Julie se puso a rebuscar entre unos sobres, y mientras lo hacía, se quitó los zapatos.

-Claro, y si alguien hubiera puesto un papel entre vosotros, éste habría acabado hecho puré... Tom empezaba a sentirse decididamente molesto, y no sólo porque Brenda se iba a la mañana siguiente. A pesar de su historia de mala suerte con los hombres, Julie era peligrosa. Estaba demasiado sexy y adorable con aquel vestido, y sin los tacones, tenía un aspecto lo suficientemente vulnerable como para volver loco a cualquier hombre. Si tenía algo de sentido común, se dijo Tom, olvidaría los pases y saldría de allí cuanto antes.

-¡Pues sí que eres tú quién para hablar de bailes sucios! Tal y como me abrazaste...

Tom interrumpió a Julie.

-Mi forma de abrazarte no se pareció en nada al manoseo y los apretones a que te sometió Peter en el último baile.

-¡Como si tú hubieras estado en condiciones de fijarte!

-No sólo me he fijado, sino que puedo demostrarte la diferencia.

Tom tomó a Julie por la mano y la colocó en la clásica posición de baile.

-Fíjate en la fluidez de mi estilo, en mi forma de sujetarte, en la corriente de aire que hay entre nuestros cuerpos -dijo, haciéndola girar.

-¡Nuestro primer baile no se pareció en nada a esto! -protestó Julie, y su suave y tintineante risa hizo que a Tom se le pusiera la carne de gallina.

-Peter se parece más a una lapa -insistió, y, para demostrarlo, atrajo a Julie hacia sí, rodilla contra rodilla, pecho contra pecho-. Y a nadie se le pasó por alto el movimiento de sus manos de pulpo -susurró contra el oído de Julie, dejando que su mano descendiera más y más mientras giraban frente al sofá al son de la imaginaria música.

-Peter no hizo eso -protestó Julie cuando los dedos de Tom encontraron la plenitud de su trasero.

La dura punta de uno de los zapatos alquilados de Tom rozó un tobillo de Julie, que se colocó entre sus pies para proteger los suyos, apoyándose contra él al hacerlo.

-Lo siento -se disculpó Tom. Pero no lo sentía. Bajó la mirada hacia los perfectos senos presionados contra su camisa y estuvo a punto de cometer el error de deslizar un dedo por el escote del vestido-. Creo que me he pasado con lo del baile -dijo, soltando a Julie y dando un paso atrás-. Me alegra que lo pasaras bien con Peter.- Ahora me voy.

-Los pases...

-No es necesario. Olvídalos.

-No. Insisto. Mientras me hacías una demostración de las distintas formas de sujetar a una chica para bailar he recordado dónde estaban.

Julie fue a la cocina y regresó enseguida con una sonrisa de triunfo en los labios.

-Dejé el sobre sujeto en la nevera con un imán.

Tom miró los pases que le alcanzaba, aún reacio a tomarlos. Era como cobrar por haber actuado en interés de uno mismo.

De alguna manera, Julie se las arregló para conducirlo hasta la puerta. Sin duda, aquella mujer tenía un talento especial para librarse de los hombres.

-Bueno, ha sido agradable conocerte -dijo, deslizando el sobre en el bolsillo del abrigo de Tom.

-No he hecho lo suficiente para ganarlos.

A pesar de las protestas de Tom, Julie se negó a que le devolviera los pases.

Él alargó una mano con intención de estrechar la suya, pero, de algún modo, sus labios acabaron sobre la suave piel de la frente de Julie, que no pudo evitar un ligero sobresalto.

-Buenas noches -dijo, con más firmeza de la que sentía por dentro.

-Buenas noches, y muchas gracias por los pases.

-Brad se va a comer los nudillos.

Tom no recordó de inmediato quién era Brad. Para cuando lo hizo, ya había salido de la casa.

Julie vio desde la ventana cómo se alejaba en su pequeño Volkswagen azul.

¿Quién habría imaginado que se iba a poner tierno y la iba a besar? ¿O aquello no contaba como un beso? Tal vez había sido una simple presión de los labios.

En cualquier caso, la frente aún le cosquilleaba debido a su cálido contacto, y aún sentía la marca de su mano en el trasero.

Se preguntó por qué se sentiría como si estuviera a punto de derretirse. Si así era como se sentían las chicas malas, estaba dispuesta a unirse a sus huestes.

Tom despertó despacio y de mala gana a la mañana siguiente, parpadeando contra el brillante sol invernal que entraba por la ventana.

El timbre del teléfono penetró su cráneo a la cuarta llamada, pero no pensaba contestar. Se suponía que debería estar en casa de sus padres, viendo cómo abría Tina sus regalos de boda... como si un par de recién casados no tuvieran nada mejor que hacer.

-Ridículo -murmuró, alegrándose de saber que nunca sería un recién casado al que sacarían de la cama la primera noche de su luna de miel para arrastrarlo a casa de sus suegros.

No tenía resaca pero sí se sentía pasmado. ¿Qué diablos había sucedido la noche anterior para que se le ocurriera ponerse a dar clases de baile a Julie? ¿Y por qué la había besado en la frente? No había hecho una tontería parecida desde el día en que echó un pez de colores dentro de la camisa de una chica, en el colegio.

El teléfono volvió a sonar. Salió de la cama y, temblando, fue al teléfono del mostrador de la cocina. En lugar de contestar, dejó que el contestador tomara el mensaje mientras él se ponía la bata. Luego escuchó los mensajes; una sensual despedida de Brenda; una invitación de Karla para acudir a la fiesta que daba un amigo; Peter pidiendo el teléfono de Julie.

-Maldita sea -dijo en voz alta. ¿Por qué no se lo pidió personalmente en la fiesta? ¿No había hecho él suficiente llevándola?

Pero iba a llamarlo enseguida para librarse de aquello cuanto antes. Quería que sus amigos fueran a por Julie. Cuanto antes estuviera ésta fuera de circulación, mejor para su paz

mental. Besarla no había sido precisamente un movimiento muy hábil; Julie era demasiado adorable, demasiado besable... para la seguridad de un soltero que quería seguir siéndolo.

No debía engañarse. No había duda de que, además de dulce y divertida, Julie era atractiva. Desde luego, no le importaría nada llevársela a la cama, por ejemplo, en ese mismo momento, pero él sólo estaba interesado en el presente, no en el futuro.

Desafortunadamente, Julie aún necesitaba unos consejos, y él se sentía obligado a hacer más para ganarse los pases para ver a los Bulls. Pero en cuanto uno de sus amigos picara el anzuelo, se desligaría de ella.

-Desligarse -probó la palabra en alto y le gustó cómo sonaba.

Mientras mantuviera la perspectiva, al menos él no caería en la trampa de Julie.

A pesar de sus buenas intenciones no se animó a llamarla con más consejos ese día... ni al siguiente, ni al otro.

El miércoles por la mañana, para celebrar una buena venta en la sección de bricolage de la tienda, dejó a su asistente a cargo de ésta y fue al gimnasio, donde hizo hora y media de ejercicio. Había tomado la firme decisión de no preguntarse si Julie Myers habría tenido noticias de Peter o de alguno de los tipos que husmearon a su alrededor durante la fiesta.

De vuelta en su apartamento, escuchó los mensajes. Sólo uno llamó su atención.

-Hola, Tom. ¿Me recuerdas? Soy Brenda. Probablemente te sorprenderá volver a tener noticias mías tan pronto, pero mis planes de vuelo han cambiado. Mañana salgo para Roma desde O'Hare y adivina qué. Esta noche estoy libre... toda la noche. Me encantaría verte.

De manera que tal vez tenía una cita para cenar, pensó Tom, ¿pero planearía Brenda utilizar su apartamento para pasar la noche? No había dejado su número de teléfono; un mal presagio.

Estaba debatiendo si ponerse a hacer una limpieza a fondo cuando sonó el teléfono.

-¿Has escuchado mi mensaje, Tom? -ronroneó Brenda con la sutileza de una estrella de cine pomo.

-Sí. ¿Qué te parece la comida china? -preguntó él.

-¡Estupendo! Me apetece algo exótico, picante...

-¿Dónde puedo recogerte?

-Estoy en el Homecrest Motel, en Hagenback Road.

-Conozco el lugar. Dame una hora.

-Tenía pensado darte mucho más.

Tom colgó el auricular. Desde luego, Brenda se lo estaba poniendo realmente fácil. Pero lo cierto era que, en aquellos momentos, a él le apetecía más la idea de pasar la tarde charlando y viendo una buena película de acción y no haciendo de semental. Había olvidado comentarle una cosa a Julie: el juego de la «mala chica» quitaba mucha energía.

Los pases para los Bulls seguían en la cómoda negra con bordes dorados que el mismo había terminado cuando abrió la tienda. No podía dejar a Julie todavía; no después de haber aceptado unos asientos que resultaron ser magníficos. Aún podía enseñarle varias cosas. De hecho, había sido muy negligente en ese aspecto.

El anuncio del vestido de novia seguía junto al teléfono. Pulsó el número de Julie y miró el reloj del horno. Tendría que darse prisa si quería recoger el apartamento, ducharse y encontrarse con Brenda en una hora.

-Hola, en este momento no estamos, pero puedes dejar tu mensaje y te llamaremos.

Tom colgó, sonriendo. No le extrañaba que una mujer soltera utilizara aquel truco para hacer creer a quien llamara que no vivía sola. Pero un hombre que llamara con intención de salir con ella podría echarse atrás al no saber si vivía con una chica o con un chico. Julie aún tenía mucho que aprender.

No creyó conveniente dejar un mensaje y colgó.

Cuando llegó al motel, Brenda estaba lista, pero, debido al frío, no le apetecía salir.

-Había pensado que podíamos comer temprano y luego ver una película -sugirió Tom, notando de inmediato que Brenda no llevaba sujetador bajo su ceñido vestido color verde lima y no recordaba que su boca fuera tan grande. Parecía tener más dientes que la mayoría de la gente.

-Podemos encargar la comida -Brenda se humedeció el labio inferior con la lengua.

Tom pensó que debía mencionar aquella técnica a Julie... y recomendarle que no la utilizara a menos que quisiera hacer una sugerencia evidente.

-Te mereces algo mejor que una comida china con sabor a cartón. Conozco un lugar en el que sirven auténtica comida cantonesa.

Por alguna extraña coincidencia, el lugar se hallaba a solo unos bloques de la floristería en la que trabajaba Julie. Tom pensó que podía hacer una rápida parada y así seguir con sus actividades con Brenda con la conciencia más tranquila. Animó a ésta a ir al coche.

-Tengo que parar un momento -dijo, mientras detenía el vehículo junto a la floristería, pocos momentos antes de la hora de cierre-. Espera aquí. Sólo tardo un minuto.

-Tommy, no necesitas comprarme flores para hacerme florecer.

Tom dejó el coche en marcha, aunque la calefacción de su Volkswagen no podía dar mucho calor. No podía creer que estuviera dejando que una mujer preciosa y disponible se enfriara en su pequeño iglú con ruedas mientras él iba a dar algún consejo más a Julie. Estaba deseando verla fuera de circulación, pero, tal vez, aquello era ir demasiado lejos.

A Julie le gustaba su trabajo lo suficiente como para no pasarse el rato pendiente del reloj, pero se alegró de que se acercara la hora de cerrar. Volver a casa en aquellas invernales y oscuras tardes resultaba un tanto deprimente, sobre todo después de lo que se había divertido en la boda. Aunque después no había pasado nada. Su teléfono seguía lleno de telarañas.

Terminó de recoger el mostrador y llevó algunos tiestos con plantas al cuarto trasero, con la intención de poner el cartel de *cerrado* en cuanto regresara. En ese momento sonaron las campanillas de la puerta, advirtiendo que acababa de entrar alguien.

Millie, la dueña, estaba en su oficina, de manera que Julie salió a recibir al recién llegado... y se quedó petrificada a medio camino.

-Tom -su corazón latió más deprisa al verlo, pero hizo un esfuerzo por controlarse-. ¿Puedo ayudarte en algo?

-Sólo quería hablar contigo.

-Estoy trabajando.

Julie no podía imaginar qué querría decirle, pero, fuera lo fuera, no quería que Tom supiera cuánto había pensado en él desde que se despidió dándole un beso en la frente.

-Entonces, haz un pequeño ramo para mí.

-¿Un ramo de qué?

-Lo dejo a tu elección. Algo bonito. Nada de claveles teñidos de azul.

-¿Qué tal rosas y blancos? -sugirió Julie.

-Me parece bien -tras una pausa. Tom dijo-: Quería advertirte; Peter me pidió que le diera tu número de teléfono. ¿Te ha llamado ya?

-No. ¿Quieres que ponga un poco de verde en el ramo?

-Como te parezca. Si no te ha llamado todavía...

-No hay motivo para pensar que lo hará -dijo Julie a la defensiva.

-Lo hará... Y. probablemente no será el único. Pero te expones a un mal comienzo si aceptas una cita para el sábado a estas alturas de la semana.

La puerta volvió a sonar pero Julie estaba demasiado agitada como para fijarse en quién había entrado.

-No tienes por qué seguir aconsejándome -se volvió y enseñó el ramo a Tom para que éste diera su aprobación-. ¿Quieres que le ponga un lazo rojo o rosa?

-Sí tengo que hacerlo y me da lo mismo el color del lazo y ahora escúchame. Hagas lo que hagas nunca dejes que un hombre piense que estás disponible cuando te llama con poco tiempo de antelación. Haz que se preocupe un poco de manera que la siguiente vez te llame más temprano.

-¿Son para mí? -una mujer de piernas largas y grandes dientes se acercó al mostrador y enlazó su brazo con el de Tom.

Julie no supo si la dama de honor la reconoció en su bata de trabajo pero el intenso perfume de Brenda habría resultado inconfundible en cualquier sitio.

Envolvió el ramo en un papel verde y luego tomó la tarjeta de crédito de Tom sin mirarlo a la cara. Cuando se la devolvió, él dijo en voz baja:

Tras entregar el ramo a Brenda, se volvió para salir. Cuando la puerta se cerró tras ellos, Julie murmuró en tono burlón:

-¿Y con cuánto tiempo de antelación has avisado tú a Brenda, la malvada dama de honor?

Capítulo 4

Esa noche, Julie hizo un pacto consigo misma: si la llamaban el miércoles para pedirle una cita diría sí; si la llamaban el jueves, no.

¿Por qué se sentía como si hubiera hecho un pacto con el diablo?

Ni siquiera estaba segura de que le gustara Brunswick, de manera que, ¿por qué hacía caso de su consejo? ¿Y por qué había interrumpido él su cita con la dama de honor para ir a decirle que se hiciera la difícil?

Debería haberle vendido los pases. Así, Tom no se sentiría obligado a ayudarla y ella no estaría moviendo distraídamente los macarrones en el plato, sin apetito e imaginando cómo daba el salto horizontal sobre Brenda.

-Tal vez han ido al cine -dijo en voz alta, mientras vaciaba casi todo el plato en la basura.

¿Pero qué más le daba? Una cosa era imaginar las largas y musculosas piernas de Tom entrelazadas con las suyas, y otra muy distinta arriesgarse a perder el corazón por un macizo cuyo gusto por las mujeres era como el de Brad. Por cada hombre bueno y fiable que existía, parecía haber cien que pensaban que una profesional del *striptease* era una diosa.

No podía soportarlos, así que más le valía unirse a ellos. Su éxito en la fiesta demostraba que los hombres se sentían atraídos por las chicas que hacían sus propias reglas; reglas de malas chicas. Pero no necesitaba lecciones para darle la vuelta a su vida, sólo valor, y estaba lo suficientemente enfadada como para intentar cualquier cosa. Enfadada con Brad por ser un cretino y enfadada con Tom por tener tan mal gusto respecto a las mujeres.

Aunque eso no le importaba. El teléfono sonó y su primer pensamiento fue que Tom había dejado a Dientes Grandes. Enseguida tuvo deseos de darse cabezazos contra la pared por haber te- nido una reacción tan tonta.

Descolgó el auricular, agradeciendo cualquier llamada que la volviera a la realidad.

-Hola, ¿eres Julie Myers? -preguntó una voz desconocida.

-Sí -admitió ella con cautela.

-Soy Jerry.

-¿Jerry? -repitió Julie.

-Jerry Poomph. Charlamos en la boda, ¿recuerdas?

-Oh, sí, claro. Hola, Jerry.

-¿Cómo te va?

-Bien, muy bien.

-Había pensado animar un poco tu vida, por ejemplo, el sábado por la noche.

Miércoles, sí; jueves, no. Pero tampoco era un pacto sellado con sangre.

-Lo siento, Jerry. Es muy agradable que me propongas salir, pero tengo otros planes.

-¿Qué otros planes?

-Una cita -demasiado vago-. Una cita con un viejo amigo.

-¿A dónde vais a ir?

-Aún no lo hemos decidido.

-Soy un auténtico noctámbulo. ¿Qué te parece si te recojo cuando él te deje?

-No me parece buena idea.

-No sabes lo que te estás perdiendo, cariño.

-Me hago una idea. Adiós, Jerry.

¡Tampoco hacía falta una descarga tan fuerte de realidad!

La nieve cubría la ciudad al día siguiente, y Julie podría haber llegado a casa antes empujando el coche. Cuando, finalmente, llegó, su madre la llamó por teléfono y le habló sin parar sobre una amiga que iba a divorciarse tras treinta y siete años de matrimonio.

-No puedo comprenderlo -dijo, por enésima vez-. ¿Por qué ahora, después de tantos años juntos?

-Mamá, lo que sé sobre el amor cabría en el bolsillo de un mosquito.

-No creo que los mosquitos tengan bolsillos.

-Probablemente tengas razón. Hablamos luego, mamá.

Su madre se tomaba las cosas demasiado literalmente. Cuando prometió en su boda obedecer a su marido, lo dijo en serio, y no había dejado de hacerlo desde entonces.

Julie se preguntó si ella habría nacido con ese estigma, pera aquella inútil línea de pensamiento fue interrumpida por otra llamada.

-Julie, soy Peter Carlyle.

-Oh, hola. Me alegro de oírte, Peter -Julie sonrió hasta que recordó que era jueves.

-Había pensado que tal vez podíamos quedar el sábado por la tarde.

-El sábado... el sábado... me encantaría... -«el jueves es demasiado tarde», insistió una voz masculina en su cabeza pero me temo que tengo otros planes...

-Oh, qué lástima. Peter sonaba tan decepcionado que Julie deseó poder palmearle la cabeza y consolarlo.

-Lo siento de veras -dijo, con toda la suavidad que pudo, sin saber cómo se tomaría Peter su rechazo.

-La próxima vez tendré que llamar antes -contestó él, en tono suficientemente animado.

Julie pensó que había hecho una tontería no aceptando pasar una tarde con un tipo encantador a causa de un mal consejo.

Hizo sus propios planes para el sábado, pero cuando éste llegó, no se sintió con ánimos para probar una nueva laca y limpiar las baldosas del baño.

Se preguntó si sería como su madre, que se inclinaba ante la voz de la autoridad sólo porque era grave.

¡Ni hablar! Estaba dejando que un hombre prácticamente desconocido manejara su vida amorosa... o lo que pasaba por serio. Estaba sentada asolas en casa porque... bueno, porque producía cierta satisfacción estar sin hacer nada, vestida de chándal, con el pelo sujeto en una coleta y esperando ver la llorona película de amor que aguardaba en su vídeo y si necesitaba más compensaciones por haber renunciado a una tarde de diversión con un tipo agradable, había helado de chocolate esperándole en la nevera.

-No estoy en casa porque Tom me aconsejara que me quedara -dijo a sus violetas mientras las regaba-. Tiene sentido no mostrarse ansiosa.

Por mucho que le doliera admitirlo ahora, probablemente había sido un desatino estar disponible las veinticuatro horas cuando Brad quería verla. Ahora sólo estaba siguiendo sus buenos instintos al hacerle ver a Peter que tenía sus ocupaciones.

De manera que, ¿por qué se sentía como una tonta quedándose sentada en casa cuando podía estar por ahí pasándolo bien?

La película era melodramática y anticuada, pero siguió viéndola hasta su lloroso final. Desafortunadamente, aún eran las nueve y media cuando terminó, demasiado pronto para acostarse y demasiado tarde para ponerse a limpiar azulejos.

No esperaba visita, de manera que el sonido del portero automático la sobresaltó, haciéndole preguntarse si debía ignorarlo o contestar.

La curiosidad ganó la partida.

-¿Quien es?

-Tom Brunswick. ¿Puedo subir?

Julie tardó tanto en contestar que Tom supuso que lo iba a mandar a paseo.

-Bueno, sí, supongo que sí.

-Gracias -murmuró él, pensando que Julie tenía un talento especial para sugerir aun hombre cuando no era bienvenido. Al menos, había seguido su consejo. Un amigo le había comentado lo decepcionado que estaba Peter por su falta de éxito para conseguir una cita con Julie. ¿Le sucedería a ella lo mismo?

El asunto de los consejos tenía su lado malo. Había dejado a una mujer muy dispuesta a quitarse sus ceñidos vaqueros sólo para ver qué tal le iba a Julie. Cuanto antes lograra apartarla de su mente, mejor. Envió a paseo a Brenda con su ramito después de comer, aunque luego se arrepintió. La amiga de su hermana jugueteó furiosamente con sus pies por debajo de la mesa durante toda la cena, y, a pesar de que una parte de la anatomía de Tom había estado muy atenta a sus evoluciones, no consiguió apartar de su cabeza a Julie con su rosada bata de trabajo. Sabía que no le había gustado el consejo que le había dado, pero Julie era un cordero entre los lobos en lo concerniente a su vida amorosa. ¿Cómo iba a conocer al tipo adecuado si ni siquiera podía manejar su primera cita?

Si tenía que reducir su vida social para conseguir que Julie encontrara al señor Perfecto, a la larga, merecería la pena.

-¿Qué haces aquí? -preguntó Julie desde el umbral de la puerta, antes de que Tom pudiera recuperar las respiración después de subir las escaleras.

-Sólo pasaba por aquí.

-Sí, pero, ¿por qué?

Tom se hizo esa misma pregunta. Al menos, Julie se apartó y lo dejó pasar.

-Iba camino de casa -dijo él, a modo de explicación. Julie no tenía por qué saber que se había desviado bastante de su camino después de dejar a su cita «caliente».

-No me digas que no tenías una cita para hoy sábado.

-Sólo para comer.

-¿Te han dado calabazas?

-No. Vivo sólo, pero no me gusta comer solo, sobre todo si tengo que cocinar.

-¿Disfrutasteis tú y la dama de honor de vuestra cena?

-Fuimos aun chino -Tom no quería hablar sobre Brenda. Lo más probable era que ésta aún estuviera maldiciéndolo-. Luego le deseé un buen viaje.

Y Brenda se quedó echando humo.

Julie parecía más feliz tras oír aquello, pero Tom sabía que no era debido a los celos. Las chicas agradables como ella sentían un rechazo natural hacia las Brendas del mundo. Se alegraba de haber ido a ver qué tal estaba. No había mirado más de dos veces a una chica con cola de caballo desde su pubertad, pero Julie estaba atractiva incluso con ella y el amplio chándal que llevaba puesto.

-Me pediste ayuda.

-He cambiado de opinión.

-Es demasiado tarde. Si quiere encontrar alguien que te cuide, necesitas toda la ayuda que puedas conseguir.

-No sé qué ayuda supone convencerme para que me quede en casa el sábado por la noche.

Tom sospechó que Julie trataba de hacerle picar el anzuelo. Sospechaba que tenía un malicioso sentido del humor, pero había dado con la horma de su zapato si creía que podía tomarle el pelo fácilmente.

-No creo que llegar a ser la quinta prometida de Peter te convierta en ganadora. Siento haberte estropea- do la diversión, pero tienes que ver las cosas con una perspectiva global.

-Estás haciendo que una simple cita parezca una operación militar.

Julie sonrió, y Tom se alegró de haber ido... sólo para comprobar qué tal le iba a su pupila, por supuesto.

-Me pediste ayuda y yo acepté, así que ahora no voy a echarme atrás. El primer paso es ponerte en circulación. El segundo es reducir el campo de acción. Así acabarás dando con el tipo adecuado.

-¿Y vas a controlar todo el proceso sólo para pagarme los pases?

-Eso también. Pero, además, me gustan los retos.

-Muchas gracias -dijo Julie en tono irónico-. Tal vez deberías anunciarme en la sección de contactos personales en el periódico, o en alguna revista para novias por encargo.

-No lo decía en ese sentido. El problema no está en que no atraigas a los hombres, sino en que no sabes elegir a los adecuados.

-Si dices una palabra sobre Brad...

-Ese tipo es historia -Tom alzó las manos en señal de rendición y se sintió aliviado al ver que Julie dejaba de fruncir el ceño-. Deja que te compense por haber hecho que te quedaras en casa. Vamos a tomar una pizza y mientras te daré algunos consejos para tus citas de la semana que viene.

-Asumiendo que tenga alguna.

-Conmigo como consejero, necesitarás una agenda para tener organizadas tus citas. ¿Te apetece que vayamos a comer una pizza?

-Sí, claro, ¿por qué no? Dame un minuto para cambiarme.

Tom estuvo apunto de decirle a Julie que estaba muy bien así, pero, ¿quién era él para interponerse entre una mujer y su guardarropa?

Julie fue a su dormitorio y se puso unos vaqueros y un jersey grueso, recordándose que aquello no era una cita y que no debía hacer que lo pareciera vistiéndose de modo especial.

Unos minutos después estaban en el coche, camino de una pizzería que se hallaba bastante cerca y ambos conocían.

-Siento que haga tanto frío en el coche -dijo Tom-. Tengo la furgoneta en la tienda.

-Oh, no importa -contestó Julie.

Tom oyó como le castañeteaban los dientes y se saltó varios semáforos en naranja para llegar pronto a su destino.

Armando's Pizza Palace era una pizzería brillantemente iluminada y en la que casi siempre había mucho bullicio. A aquella hora, y siendo sábado, estaba llena de ruidosos adolescentes, y Tom eligió una mesa en el fondo para estar más tranquilos.

-¿Cómo quieres la pizza? -preguntó.

Julie se quitó el chaquetón sin hacer de ello una exhibición y no se molestó en mirar el menú.

-De salchichas, champiñones y pimientos verdes.

-A mí también me gusta así. Podemos pedir una grande a medias. Mi vicio secreto es la cerveza de hierbas. Me encanta desde que era un crío. Aquí la sirven en copas heladas.

-Ese es un vicio que puedo compartir. Hace siglos que no tomo cerveza de hierbas.

Cuando sugirió que fueran a tomar pizza, Tom no había pensado en el tiempo que transcurriría entre pedirla y que se la sirvieran. Tendrían que aprovechar el tiempo hablando sobre nuevas tácticas de acercamiento a los hombres.

-Me siento mal por haber fastidiado tu cita con Peter, pero...

-¿Más adelante te lo agradeceré? Tom pensó que Julie miraba directamente a los ojos, sin agitar las pestañas ni simular timidez. No utilizaba trucos femeninos, como arrugar la nariz, o deslizar un dedo por la barbilla hacia su cuello para atraer la atención hacia su bonito rostro. Trataba de hablarle como si fuera un amigo más, pero era él el que estaba inquieto.

-Estoy seguro de que no has desanimado a Peter por no aceptar su cita -dijo-. Sólo has establecido algunas reglas básicas para vuestra futura relación.

-Al principio estaba enfadada, pero supongo que tienes razón. Con Brad, solía dejar que él marcara las reglas... como hace mi padre. Es militar, mayor retirado, y se nota en su forma de comportarse.

-¿Qué hace ahora?

-Se dedica a los seguros. Aunque parezca difícil de creer, mi madre nunca ha trabajado. Juega al Bridge. ¿Y tus padres?

-Papá es bombero. Mi madre me ayuda ahora en la tienda, pero solía trabajar en una guardería. Viene de una familia numerosa y quería tener por lo menos seis hijos, pero después de que naciéramos Tina y yo no pudo tener más. Ahora está deseando tener nietos, y yo espero que Tina me libere de esa presión.

-Mi hermano Dean tiene dos hijos, pero creo que las abuelas nunca tienen suficiente.

-Se quedan con los buenos y mandan a los malos a casa con sus padres -dijo Tom.

-Eso suena bastante cínico.

-Tal vez -Tom sonrió, dispuesto a cambiar de tema-. ¿Qué sueles hacer para pasar el rato, Julie?

Averiguó que Julie tenía amigas; eso estaba bien. Le gustaban los deportes; aún mejor. Para cuando llegó la pizza, había decidido que ningún problema de carácter serio se interpondría en su carrera hacia el altar. Y cuanto antes terminara su curso para cazar maridos, mejor se sentiría él. Julie lo tenía entre la espada y la pared. Aún le atraían las otras mujeres, pero pensar en los problemas de ella le distraía seriamente de otras cosas.

Normalmente, estar con una mujer y pensar en otra no estaba mal, pero aunque no había duda de que Julie tenía un gran cuerpo, la evidente tendencia hacia el matrimonio que manifestaba se había metido bajo su piel. Estaba fuera de su círculo de acción, pero a su libido le costaba recordarlo.

La pizza acababa de ser sacada del horno y el queso se deshacía en tiras cuando Tom sirvió las dos primeras raciones.

-¿Vas a comer la pizza con tenedor? -bromeó.

-Sólo los primeros bocados, hasta que se enfríe el queso derretido.

Julie atrapó con la lengua una tira de mozzarella y logró enrollarla para metérsela en la boca. Tom la observó, fascinado, y olvidó por unos instantes dar un bocado a su trozo.

-Quema -dijo Julie-, pero está deliciosa. Me encantan las cosas calientes.

Un poco de salsa colgaba de su labio superior. Sin pensarlo, Tom alargó una mano y se lo limpió con una servilleta de papel.

-¡Oh, vaya! Debes pensar que soy una patosa comiendo. ¿Estoy rompiendo alguna regla básica?

-En absoluto. Tom no tenía intención de decirle lo sexy que resultaba verla comer. Julie tenía un don natural para relacionarse con la comida de forma erótica. Brad, su ex prometido, debía ser un egomaníaco para creer que iba a poder encontrar algo mejor que Julie; o, tal vez, le daba pánico dar el gran paso. Tom no podía culpar a ningún hombre por sentir ese pánico; a él también le producía un miedo mortal la idea de pasar por el altar.

Julie no podía creer que se hubiera comido media pizza. Tom no había dejado de animarla, y ella había caído fácilmente en la tentación. El cierre de los vaqueros le apretaba, y comer de noche le hacía sentirse somnolienta.

El frío aire exterior, y el del volkswagen, la reavivó, pero no lo suficiente como para que se le ocurriera un hábil plan para volver a su apartamento sin escolta. Aunque tampoco se esforzó demasiado. A pesar de que aquello no fuera una cita, debía reconocer que había disfrutado... incluso demasiado para su paz mental.

-¿Te apetece pasar a tomar un poco de helado? - dijo, cuando ya estaban ante la puerta de su apartamento.

-De acuerdo.

-Sólo tengo helado de chocolate, con mucha azúcar pero sin grasa. Lo digo por si te importa.

Al parecer, a Tom no le importó. La siguió al interior y Julie empezó a arrepentirse de haberlo invitado. No quería que pensara que lo estaba tratando como si aquello se tratara de una cita en toda regla, sobre todo después de que Tom se hubiera negado a que pagaran a medias.

Incluso antes de encender las luces vio que la luz de su contestador parpadeaba furiosamente. Quiso ignorar- la, pero pensó que a Tom le parecería extraño que lo hiciera. De todas formas, lo más probable era que se tratara de su madre, o de Karen, que querría ponerla al corriente sobre su primera cita con un nuevo tipo.

-Supongo que será mejor que compruebe quién ha llamado-dijo en tono de disculpa mientras apretaba el botón.

-Hola, Julie. Soy Peter. Sé que te parecerá raro, pero no llamo para comprobar si estás en casa. Puede que me esté pasando, pero esta noche sólo me apetecía salir contigo. Así que, si no tienes ningún compromiso para el sábado que viene, ¿te importaría reservarlo para mí? Volveré a llamarte. Adiós.

-Supongo que ahora me crees -dijo Tom, en un tono que sólo podía pasar por sarcástico.

-¿Qué quieres decir?

-Que mostrarse un poco distante al principio tiene sus compensaciones. Aunque puede que tampoco sea conveniente comprometerse con tanta antelación.

-¡No se puede tener todo, Brunswick! Primero pensaste que Peter llamó demasiado tarde. Ahora te parece que lo ha hecho demasiado pronto.

-Puede que sólo quisiera comprobar si era cierto que no habías salido.

-¡Eres imposible! Creo que ha sido un gesto muy agradable por su parte llamar esta noche. ¿Cómo puede parecerte mal que me llame con una semana de antelación?

-No me parece mal -Tom frunció el ceño-. En cualquier caso, creo que estoy demasiado lleno como para tomar chocolate.

Julie lo miró con una sonrisa irónica.

Creo que lo que sucede es que estás enfadado porque Peter ha llamado pronto.

-No. Lo que creo es que la clase de hoy ya ha sido suficientemente larga.

-Tienes razón. Gracias por la pizza.

Tom se fue antes de que Julie pudiera acompañarlo a la puerta. Al principio se puso de morros, pero luego sonrió. El consejo de Tom había dado resultado, pero, tal vez, no en el sentido que él había esperado-

¿Qué juego se traía Brusnwick entre manos? ¿Y por qué le importaba lo que él pensara?

Capítulo 5

Julie no podía creer que ya fuera jueves. Afortunadamente, los días se habían sucedido con fluidez, porque estaba deseando que llegara el fin de semana. Peter acogió su aceptación con entusiasmo. La llamó el lunes y el miércoles para confirmar los detalles de su cita y no sólo eso. También había quedado para almorzar el domingo con otro hombre de los que conoció en la boda: Alan Raynes. Sólo lo recordaba como un par de anchos hombros y aliento a menta, pero la aburrida vida social de Julie se había convertido de repente en una aventura.

Ni siquiera le importaron los cuarenta y cinco minutos que se tomaron tres octogenarios para elegir una corona de flores y luego dividir el coste entre los tres.

Acababa de poner el cartel de cerrado en la puerta cuando un cliente de última hora golpeó insistentemente la ventana. Su jefa no quería que abriera cuando ya había cerrado, pero Julie siempre se sentía incómoda al pensar que la observaban desde fuera cuando aún tenía todas las luces encendidas. Lo menos que podía hacer era señalar el cartel y decir sólo con los labios que estaba cerrado.

Pero cuando vio quién llamaba, rompió la norma y abrió la puerta.

-Tom.

-Hola -Tom trajo consigo el frío de febrero al interior de la tienda.

-Si necesitas otro ramo, tendrás que comprar uno que ya esté hecho. Se supone que no debo dejar pasar a los clientes cuando ya ha pasado la hora del cierre.

-¿Estás rompiendo la regla para dejarme pasar? - Tom sonrió ampliamente-. Eso está bien. Hace que me sienta especial.

-Haría la misma excepción por cualquier conocido.

-Eres demasiado sincera.

-Haces que eso parezca un defecto -Julie dejó escapar una risita que más pareció un hipo-. Si no vas a comprar flores para tu ligue de turno, ¿qué haces aquí?

-¡Sincera y brutalmente directa! ¿Sabes lo letal que puede resultar esa combinación para la vida amorosa de una chica?

-Me hago una idea -dijo Julie con ironía-. Pero supongo que tengo que darte las gracias por mi regreso a la tierra de las citas.

-¿Volvió a llamarte Peter?

-Dos veces. El lunes y anoche.

-Está demasiado ansioso.

-Gracias a tu consejo. Nunca había dejado de estar disponible para una cita sólo porque la semana ya estuviera avanzada. Mi recompensa son dos citas para este fin de semana.

-¿Dos? ¿Has aceptado una segunda cita con Peter antes de tener la primera? -preguntó Tom en tono quisquilloso.

-No, claro que no. El domingo voy a salir con otro de tus amigos, Alan Raynes.

Tom frunció el ceño.

-Raynes -repitió, y Julie sintió un ligero escalofrío al mirarlo; no querría que nunca se enfadara de verdad con ella-. No es amigo mío.

-Pero estaba en la boda. No dejaba de comer caramelos de menta.

-Oh, sí. Trabaja con Dan, mi cuñado. Supongo que está bien.

-¿Se supone que sólo debo salir con los tipos que tienes en tu lista de candidatos? -Julie no trató de ocultar su enfado--. ¿O tengo permiso para salirme de ella?

Tom no se molestó en contestar.

-¿Conoces a muchos tipos aquí? -preguntó, señalando a su alrededor.

-A muchos -dijo Julie, sin molestarse en añadir que casi todos iban a comprar flores para otras mujeres.

-¿Fue aquí donde conociste a Brad?

Julie pensó que Tom se estaba pasando de la raya.

-No. Era el amigo de un amigo -dijo, con toda la frialdad que pudo.

-Me estoy pasando al sacar a relucir ese tema, ¿verdad?

La traviesa sonrisa de Tom hizo que Julie también sonriera.

-Sí. Pero supongo que estoy en deuda contigo.

-¿Por todos mis buenos consejos?

-No, por haberme llevado a la boda.

-Hablando de consejos...

-No recuerdo haber mencionado esa palabra -replicó Julie. Ella también sabía jugar.

-Pero sí recuerdas que me los pediste, ¿no? Aquello parecía una de las viejas películas de espadachines que tanto gustaban a Julie, y, sin duda, Brunswick sabía cómo penetrar su guardia.

-Sí, te lo pedí.

-Entonces, ¿cuándo podemos vernos para dar otra clase?

-Ya sabes que estoy ocupada el sábado y el domingo.

Miércoles, sí; Jueves, no. Tom le había aconsejado que no estuviera demasiado disponible. Había llegado el momento de hacerle probar su propia medicina... ¡Aunque sabía que no le estaba pidiendo una cita, por supuesto!

-Entonces, ¿qué te parece mañana por la noche?

-No, mañana no es posible. Es la noche en que salgo con las chicas.

-¿Y no puedes cancelar la cita? Podrías ver a tus amigas en cualquier otro momento.

-Nos vemos una vez al mes, pase lo que pase. Somos amigas desde el colegio, y la norma está grabada en piedra: cuando quedamos, cumplimos con nuestra cita aunque tengamos mejores ofertas.

-¿Así que mi oferta es mejor? Tom creía que la había atrapado.

-¿Una conferencia sobre el comportamiento adecuado durante una cita? ¡No creo!

-Cuando ibas al colegio, ¿no te fijaste en que las malas chicas tenían mejores ofertas y las aceptaban? ¿Y qué hacéis tus amigas y tú que resulta tan divertido?

-Salimos a comer y luego vamos a una bolera, a menos que haya algún otro acontecimiento especial.

-Si sois como mi hermana y sus amigas, probablemente pasáis la mayor parte del tiempo hablando de hombres.

-Nos dedicamos a fortalecer nuestros lazos de amistad, no a diseccionar a los hombres -dijo Julie, pensando que no debería haber abierto la puerta.

-Te pones muy guapa cuando haces morritos.-Tom deslizó un frío dedo bajo la barbilla de Julie, provocándole auténticos escalofríos.- Volviendo al tema de antes, ¿no te inspira cierta cautela que un tipo te llame un sábado por la noche para quedar contigo al otro sábado?

-A mí me pareció muy listo.

-Listo -Tom frunció los labios y expresó desaprobación con una desabrida expresión.

-Me aconsejaste que no aceptara una cita cuando me llamaran ya avanzada la semana. Ahora quieres que me muestre suspicaz porque Peter me llama con demasiada antelación. ¡Creía que las chicas malas hacían sus propias reglas!

Librodot

-Si de verdad quisieras ser una mala chica, olvidarías la cita con tus amigas.

-¿Por una oferta de última hora? ¡Me estás volviendo loca!

-No quiero que dejes plantadas a tus amigas por una cita. Sólo creo que necesitas algunos consejos más antes de que tu vida se complique demasiado.

-Ya he tenido primeras citas antes. Sé cómo manejarlas -aseguró Julie.

Tom no podría haberla mirado con más escepticismo si hubiera dicho que salía con un marciano.

-De acuerdo -concedió Julie sin demasiadas ganas-. Tienes razón. Te pedí ayuda.

-De hecho, pagaste por ella. Estoy deseando que llegue la semana que viene para ir al primer partido.

-Así que necesito tus consejos. ¿Y por qué no me los das esta noche?

Julie se tomó la indecisión de Tom como respuesta. Sintió una pequeña punzada en el corazón al preguntarse como sería la chica de la semana: ¿rubia, morena, o pelirroja?

Se desanimó visiblemente, y Tom se sintió un poco perverso.

Llevo saliendo con chicos desde que me pusieron las abrazaderas en los dientes.

-Salí con una chica que... -Tom se interrumpió, diciéndose que Julie no tenía por qué enterarse de sus hazañas de adolescente-. No importa. ¿Podrías sobrellevar una cena a base de espaguetis con mi clan?

-Podría, pero...

-Bien, entonces, vamos allá.

-No he dicho que fuera a ir.

-Tampoco has dicho que no -Tom sonrió amplia y seductoramente.

-Si esa es una sonrisa de triunfo...

-No, sólo es una sonrisa optimista.

-No sé, Tom. Una persona más a comer...

-Ese argumento no es válido. Mi tía siempre cocina suficiente para un ejército.

-Tendría que ir a casa a cambiarme.

-No hace ninguna falta -todo lo que Tom podía ver bajo la bata rosa de Julie eran unos pantalones de color azul marino, pero sabía que tenía buen gusto vistiendo-. Es una cena totalmente informal.

-¿Dónde vive tu tía?

-En el este, a una media hora de aquí. ¿Estás lista?

-¿No te resultará incómodo tener que traerme a casa luego?

Tom pensó que Julie no era la primera mujer a la que no le hacía gracia la idea de helarse en su coche.

-Tengo la furgoneta y no pienso aceptar un no por respuesta.

Ni siquiera estaba seguro de querer que Julie fuera, pero allí estaba, empeñándose en convencerla.

-Con una condición -dijo ella-. Te seguiré en mi coche.

-No es necesario.

Librodot

-Esto no es una cita, ¿no? -Julie rió; Tom no podía replicar nada a aquello.

-No, por supuesto que no.

-¿Estás seguro de que no quieres llevar a otra persona?

¿Acaso creía Julie que salía todas las noches?, se preguntó Tom. Sí, probablemente lo creía.

-Si así fuera, no te habría pedido que vinieras.

-Bueno, de acuerdo. Podemos irnos, pero no quisiera interferir en tu vida privada.

-No te preocupes, no te dejaría.

Menuda mentira, pensó Tom. Estaba viviendo como un auténtico monje para ayudar a Julie a encontrar un marido, y ella se dedicaba a juzgar su vida sexual.

Salió de la tienda y esperó en la furgoneta a que Julie saliera.

Afortunadamente, a sus parientes les encantaban los invitados inesperados. Les libraba de tener que hablar entre ellos todo el rato, aunque su madre y sus tías eran capaces de extraer un par de horas de conversación de un caso de herpes. Cada enfermedad conocida por la humanidad había golpeado a alguien que conocían, y recordaban los síntomas mejor que los médicos.

¿Qué hacía llevando de nuevo a Julie a una reunión familiar? Se palmeó la frente y vio cómo se acercaba a la furgoneta, sorteando con agilidad los parches de hielo. Tenía un delicioso contoneo al andar.

Debía conseguirle algo mejor que Peter Carlyle. Casi estaría mejor con Ray, su primo recién divorciado.

Gimió en alto al imaginar a Ray haciendo su gracia de mover las orejas mientras absorbía los espaguetis.

Mientras ponía el coche en marcha, volvió a preguntarse si llevar a Julie a ver a su familia no sería un gran error.

Su tía Betty y el marido de ésta, Horace, compraron una casita cuando se casaron y habían pasado treinta años embelleciéndola. Tom condujo a Julie hacia la puerta con la mano apoyada en su cintura.

La puerta se abrió antes de que pudieran llamar. La madre y las hermanas de Tom asaltaron a Julie en cuanto entró en la casa, dándole la bienvenida como si fuera ella la que regresara de su luna de miel... o la chica destinada a arrastrar a un feliz soltero a su Waterloo particular.

-Claro que me acuerdo de ti, Julie -dijo tía Betty-. Ven a ver si conoces a todo el mundo. Estamos encantados de volver a verte.

Tom la siguió, reacio; no podía dejarla sola en las garras de su familia.

-Por supuesto que la recuerdo -estaba diciendo Julie a tía Pru-. Llevaba aquel precioso vestido color coral en la boda.

Tía Pru sonrió, radiante. Julie caía bien a la familia. Tom gruñó interiormente, preguntándose qué tenía aquella mujer para despertar su afán protector. ¡Y ojalá fuera ese el único afán que despertara en él!

Fruta prohibida, pensó, descontento. Sólo por haber decidido que Julie no estaba en su campo de acción no podía dejar de pensar en ella de un modo que nada tenía que ver con ser

su tutor o su colega. Captó un destello de sus perfectos senos bajo el jersey rosa que llevaba puesto y tuvo que secarse el sudor de las palmas de las manos en los costados de los vaqueros.

No era la mujer más sexy que había conocido, y había salido con varias más sexis que ella. Tal vez, su inquietud se debía al hecho de que nunca había tenido la oportunidad de mirar aquellos hipnóticos ojos azules mientras estaba desnuda. Posiblemente, si viera todo lo que había que ver y sintiera aquellas sensuales curvas retorciéndose debajo de él no se sentiría tan amenazado.

Si no tenía cuidado, sería él el que acabaría al final del largo pasillo de una iglesia, vestido de esmoquin y viendo pasar su vida ante sus ojos.

¡Ni hablar! Julie era preciosa y encantadora, pero no era lo que él quería. Ella no buscaba algunas noches de diversión, como él. Ambos sabían qué terreno pisaban, de manera que todo lo que tenía que hacer era guiarla desde su primera cita al altar. Sencillo. O eso esperaba.

-¡Guárdate la lengua en la boca, atontado! -Tina se colocó junto a Tom y le palmeó sonoramente un hombro-. Esto no es nada típico en ti.

-¿De qué estás hablando?

-Del feliz día en que tendrás que tragarte tus palabras. Ya sabes, todas esas tonterías sobre vivir en libertad, sin ataduras, etc.

-¿No has engordado un poco? -replicó Tom burlonamente, tratando de cambiar de tema-. ¿No deberías estar por ahí haciendo un bebé, en lugar de cotilleando con la familia?

-Es la chica que te vendió el vestido de novia, ¿no? ¿Cómo es que pasó casi toda la noche bailando con Peter Carlyle si tú estás interesado en ella? No puedo creer que Peter sea competencia seria.

-No puedo creer que me estuvieras vigilando en tu propia boda -replicó Tom-. ¿Qué tal te va la vida de casada?

-¿Respondiendo a una pregunta con otra? -acusó su melliza-. Conozco todos tus trucos.

Tom suspiró.

-Sólo la estoy ayudando con algunos consejos. Ha tenido mala suerte con los hombres y va a salir este fin de semana con Peter.

-En ese caso, supongo que te he interpretado mal -aquello era lo más cerca que podía llegar Tina a una disculpa.

-Tus kilos de más sólo se notan por debajo de la cintura -dijo Tom, para igualar el marcador.

De pronto, tuvo un inquietante pensamiento. ¿Acabaría Tina tan gorda como una de sus tías?

-Será mejor que vaya a rescatar a Julie. Me temo que Ray está haciendo su truco Con las orejas -dijo, casi esprintando a lo largo del salón para salvarla.

-Tía Betty es una cocinera estupenda -dijo Tom en la mesa, tratando de sugerir un lado brillante al caos de aquella cena familiar-. Sus menús son un poco raros, pero todo sabe muy bien.

Tom se sirvió un poco de remolacha picada y un huevo junto a sus espaguetis y se preguntó por qué habría insistido su madre en que fuera su padre. Este casi nunca asistía a aquellas reuniones familiares.

-Oh, se me ha caído la servilleta -susurró Julie. -Yo la recojo -dijo Tom.

Pero decirlo era más fácil que hacerlo. La mesa estaba completamente abarrotada de gente y detrás de ellos había una pared. Tras estrujarse contra ésta, Tom logró introducir una mano bajo la mesa.

Lo que agarró era delgado, firme y torneado.

-Hey, eso es mi tobillo -dijo Julie.

-Lo siento -Tom deslizó la mano hacia abajo, por encima del zapato de Julie, y estiró los dedos, esperando encontrar la servilleta-. No la encuentro -dijo, irguiéndose-. Puedes quedarte la mía.

-Podemos compartirla. Son tan grandes como sábanas.

-Nadie que no sea pariente tendría que pasar por esto -susurró Tom junto al oído de Julie, aunque no era probable que alguien lo hubiera oído. Habría hecho falta hablar a gritos para hacerse oír por encima del bullicio general-. ¿Prefieres irte?

-No, lo estoy pasando bien -contestó Julie. Incluso mientras lo decía, se dio cuenta de que era cierto. Su familia era más reducida y estaba muy dispersa. Los parientes de Tom hablaban alto, reían mucho y parecían quererse de verdad. También sabían hacer que ella, una desconocida, se sintiera bienvenida y relajada, pero intuía cuál era el motivo: que fuera ella la que por fin atrapara al calavera de la familia. Pero ella ni siquiera quería pensar en eso. Tom había dejado bien claro que el compromiso y el matrimonio no estaban entre sus planes y ella se sentía todavía demasiado frágil como para caer en un enamoramiento sin esperanzas.

En otras palabras, colarse por Tom sería una locura. Desafortunadamente, el tobillo aún le cosquilleaba, y no le importaba en lo más mínimo que la pierna de Tom acariciara la suya... pero sólo porque estaban apretujados en torno a la mesa.

-Un brindis -propuso Horace, alzando su vaso de vino tinto-. Por los recién casados. La luna de miel ha terminado, Danny. Cualquier día de estos, tendremos buenas noticias de Tina.

-Amen a eso -dijo Tom en voz tan baja que sólo Julie pudo oírlo.

Cuando, tras varios brindis más, la comida terminó, sólo algunos comensales se levantaron de la mesa, y Tom se unió a ellos rápidamente. Julie lo siguió, apretujándose entre las sillas de los que seguían sentados y la pared. Mientras lo hacía, se sorprendió pensando que Tom no lo habría logrado si hubiera estado... excitado.

¿Cómo podía pensar en él de aquella manera? cuando Tom apoyó una mano en su brazo, lo apartó como si hubiera recibido una descarga. Estaban rodeados por una horda de parientes, incluyendo a la madre de Tom, mientras ella vibraba literalmente de...

Deseo. «Llámalo por su nombre», se reprendió. De algún modo, terminaron en la cocina... solos. Julie se distrajo momentáneamente al ver la profusión de aparatos y electrodomésticos. El mostrador estaba lleno de pequeños aparatos de cocina que nunca había visto.

Tom leyó sus pensamientos.

-A tío Horace le gustan mucho todos esos utensilios. Si Betty recibiera algo más por navidades o en su cumpleaños se desmayaría.

-¿Por qué hay tres microondas? -preguntó Julie, que aún seguía perpleja.

-Por si dos se estropean -Tom sonrió y ella rió-. Vamos a buscar algún lugar más tranquilo.

-Para hablar -Julie se lo estaba diciendo a sí misma, no a él.

Bajaron al sótano, pero también estaba abarrotado. La habitación de recreo tenía un bar y una mesa de ping pong, pero ambos estaban en uso. Tom condujo a Julie a otra habitación en la que encontraron a dos primos pelirrojos jugando a una vieja máquina de pinball que conservaba tío Horace.

-Se supone que no deberíais estar jugando a eso - dijo Tom-. Pero, si os dais prisa, podéis utilizar el vídeo de tío Horace en el dormitorio. Mirad en la caja que está a la derecha. Creo que encontraréis una copia de *Space Babes from Planet* junto a las cinco copias de *Saturday Night Fever* de tía Betty.

-Sabes tratar a los niños -dijo Julie, riendo mientras los primos salían corriendo de la habitación-. ¿Por qué cinco copias?

-Mi tía es una devota de Travolta.

-Tienes una familia muy divertida.

-Por favor...

-No, lo digo en serio -dijo Julie, mientras se sentaba en un sofá.

-Bueno, espero que no tengamos que seguir Con tu entrenamiento demasiado tiempo.

-No.

Tom acababa de darle un golpe verbal, y Julie se preguntó por qué le había dolido tanto.

-Lo que quiero decir...

-Sé lo que querías decir.

-No, no lo sabes. Disfruto ayudándote, pero ya casi no me queda nada que enseñarte - Tom movió la cabeza con pesar-. A veces soy un poco bruto.

-Un bruto encantador.

Julie pensó que, si alguna vez encontraba al hombre adecuado, sería agradable que se pareciera a Tom. No tenía por qué tener su mismo pelo, pero le encantaría que tuviera las piernas de Brunswick. Vio el contorno del músculo de su pantorrilla cuando apoyó un tobillo en la otra pierna, y su muslo parecía fuerte y firme bajo los ceñidos vaqueros.

No se atrevió a mirar bajo el cinturón. Ya era bastante duro recordar cómo contorneaban los pantalones su firme trasero. Y su pecho... si alguna vez llegara a verle quitarse la camisa, probablemente se desmayaría.

-Tu hermana parece muy feliz.

-Sí.

-Y se nota que su marido la adora -Julie suspiró-. Creo que nunca encontraré un hombre adecuado para mí -era su peor temor, y se le escapó sin querer.

-No te rindas tan pronto. Tienes al mejor entrenador del mundo. Y te aseguro que no acabarás con un perrito faldero como Dan.

-¿No te gusta tu cuñado?

-Claro que me gusta. Es uno de mis mejores amigos.

-En ese caso, no quiero ni imaginar lo que dirías sobre alguien que no te gustara.

-No es cuestión de gustos. Dan se comporta como un mono sujeto a una cadena. Cuando Tina dice «salta», él obedece. Solía ser un tipo divertido. Ahora está domesticado.

-Puede que sólo quiera hacer feliz a Tina.

Librodot

-Sí, claro.

-O puede que te asuste la posibilidad de que te pase lo mismo.

-Se supone que soy yo el que da los consejos -dijo Tom, sonriendo sin humor-. Me gusta mi vida tal y como es.

-Felicidades. ¿Por qué hacer feliz a una sola mujer pudiendo distribuir alegría a todo lo largo y ancho de este mundo?

-Creo que nos estamos saliendo del tiesto, Julie. Sólo trato de conseguir que no vuelvas a cometer el mismo error que cometiste con Brad.

-¡Vaya!

-No pretendía decir que tú fueras la culpable de la ruptura.

-Pero sí de elegir a un perdedor.

-Será mejor que nos centremos en tu cita, o en tus citas de este fin de semana.

-Claro, ¿por qué no? -Julie miró la mano de Tom, deseando que la tuviera apoyada en su rodilla. Pero se odió enseguida por sentirse atraída por otro hombre que no le convenía.

-En tu cita -dijo Tom con firmeza-, asegúrate de ser tú la que termina. Una mala chica siempre toma la iniciativa. El encuentro termina cuando tú lo decidas y no dejes que dure demasiado. Hazle ver a Peter que consideras muy valioso tu tiempo.

-Y que le estoy haciendo un regalo compartiendo con él algunas horas.

-Exacto.

-¿Y si me estoy divirtiendo?

-Sé fuerte. Manda. Y ahora, respecto al beso de despedida...

-No quiero consejos respecto a eso.

-Lo sé. Mayor motivo para seguir mi regla. Sé tacaña.

-Creía que a las chicas malas les gustaba el sexo.

-Aún no hemos llegado a eso. Sólo hablamos del primer beso de buenas noches en la mejilla.

-¿O en la frente?

Tom tuvo el detalle de parecer incómodo.

-Si busca tus labios, sólo deja que te los roce y lo peor que puedes hacer es invitarlo a pasar a tu apartamento en vuestra primera cita.

-Tus consejos suenan muy anticuados, Tom. Esperaba que fueras a decirme algo más útil.

-Si quieres que hable claro, lo haré. La mayoría de los tipos sólo están interesados en meter goles.

-¿Habla la voz de la experiencia?

Tom ignoró el comentario de Julie. Era uno de sus rasgos más irritantes.

-Es una constante en la cosa hombre mujer.

-En la relación, no en la cosa.

-Lo que más desean los hombres es lo que les parece inaccesible.

-Eso ya lo sabía en el jardín de infancia.

Julie estaba enfadada con Tom, pero furiosa consigo misma. ¿Por qué permitía que un soltero profesional le diera consejos sobre cómo conservar a un hombre? ¡Ya ni siquiera estaba segura de querer uno!

-Una cosa es saberlo y otra llevarlo a la práctica. -Me voy a casa.

-Puedes huir -dijo Tom-. Pero cometes un gran error si crees... -las luces de la habitación parpadearon y, un segundo después, se apagaron-. Seguro que los niños han vuelto a jugar con la máquina -escucharon unos ruidos apagados, pero la puerta cerrada los mantenía aparta- dos de quienes estaban en la habitación de recreo.

-¿Dónde están los fusibles? -preguntó Julie, levantándose instintivamente, a pesar de que no parecía prudente moverse por el sótano de una casa desconocida.

-Probablemente estarán en la cocina. Alguien se ocupará de darles.

Julie no se había dado cuenta de lo cerca que estaba de Tom.

-Una chica mala sabría qué hacer ahora -dijo él, en un ronco tono de voz que Julie no había escuchado antes.

-¿Buscar una linterna?

-Respuesta equivocada.

Julie alargó una mano y la apoyó sobre el pecho de Tom. Este contuvo el aliento.

-Suponiendo que estuviera con alguien que no fuera un potencial marido... -dijo.

-En ese caso, las reglas cambian... mucho.

-Una mala chica se aprovecharía de un apagón.

-Yo lo haría -susurró Tom.

Julie sintió el aliento de Tom en su frente, luego sus labios.

-¿Sólo estás practicando? -lo retó Con descaro. Se humedeció los resecos labios con la punta de la lengua y se inclinó hacia delante justo cuando él la rodeaba con sus brazos.

-Oh... La boca de Tom cubrió la de Julie. Ella entreabrió los labios, ignorando todos los motivos por los que aquello no debería estar sucediendo. Su conciencia le advirtió, pero no quiso detener el sensual tanteo de la lengua de Tom ni el ansia de sus besos.

Tom deslizó una mano bajó el jersey de Julie e introdujo los dedos bajo los elásticos del sostén, prolongando el momento antes de liberar sus pechos del confinamiento de encaje. Todas sus ideas preconcebidas se estaban esfumando Como humo. No podía enseñarle nada sobre cómo encajar su cuerpo Con el de él, sobre cómo frotarse contra una docena de sitios distintos, todos insanamente eróticos.

Ahora ella era la agresora, la que mordisqueó sus labios entre beso y beso, la que deslizó las manos por su pecho hasta encontrar sus tetillas para acariciarlas.

-Oh...-el gemido de Tom surgió de lo más profundo, y no pudo esperar un momento más a abarcar los pechos de Julie en sus manos.

-No deberíamos... -murmuró ella, sin oponer ninguna resistencia cuando Tom deslizó una rodilla entre sus piernas.

-No, aquí no... -dijo él, pero no sabía si podría esperar hasta que estuvieran de vuelta en su casa.

-Tom...

Librodot

La luz volvió en aquel momento, mostrando a Tom los húmedos e inflamados labios de Julie.

-No podemos...-ella se apartó, sorprendiéndolo con la fuerza que notó tras su asustada retirada.

-Podemos ir a tu casa.

-¡No!

Julie se volvió y salió corriendo como un conejito asustado, dejando la puerta abierta a sus espaldas.

¡Menuda mala chica!, pensó Tom, con una mezcla de diversión y pesar, sabiendo que no estaba en condiciones de salir tras ella entre un montón de familiares curiosos.

¿Cómo iba a manejar Julie sus citas si bastaban unos besos para hacerle salir corriendo? Por supuesto, era él quien debería huir de Julie Myers tan deprisa como se lo permitieran sus piernas. Hacia tiempo que no se ponía tan caliente con tanta rapidez.

Su trabajo había quedado interrumpido. Tenía que lograr que Julie resultara irresistible para sus amigos, sobre todo para los que querían casarse, por escasos que fueran, y totalmente «resistible» para él.

Respiró profundamente, tratando de calmar sus pensamientos y el impacto que Julie le había causado.

Sí, su trabajo había quedado cortado en seco. Él y algunos amigos iban a darle a Julie una o dos sorpresas el día que había quedado con sus amigas.

Librodot

Capítulo 6

-¿A qué viene esa repentina urgencia por ir a la bolera? -pregunto Buck Kelly desde el asiento trasero de la furgoneta de Tom-. Creía que íbamos a ir al Emie.

-Podemos ir más tarde -dijo Tom. Buck no era fácil de convencer.

-Pensaba que no te gustaba jugar a los bolos.

-Sólo quiero ver a alguien. Luego nos iremos - dijo Tom, tratando de dar un mínimo de explicaciones-. No esperaba que esta noche vinieras con nosotros, Dan.

-Tina ha tenido que sustituir a una amiga enferma. Ha volado a Londres. De todos modos, su semana de vacaciones ya ha terminado -dijo, con evidente pesar.

-Anímate, tronco -Buck alargó una mano y apretó amistosamente el hombro de Dan-. Un hombre casado necesita un poco de tiempo libre, pero me sorprendió que Tina te dejara llamarme.

-Ella no me dice lo que tengo que hacer o dejar de hacer. Lo único que me dijo antes de irse fue:

«Mantente alejado del liante de mi hermano».

-Que encanto -murmuró Tom-. Ya te lo advertí

-A un hombre enamorado no se le puede decir cualquier cosa -bromeó Buck-. Rey, seguro que los marcianos pueden ver esta bolera desde el espacio.

Las luces del enorme cartel de la bolera iluminaron el interior de la furgoneta mientras entraban en el aparcamiento.

-No me avergoncéis ahí dentro, amigos -rogó Dan-. Nada de bromas sobre la luna de miel, ni de tratar de encasquetarme algún pimpollo.

-Somos demasiado maduros para eso -aseguró Buck con burlona seriedad.

Tom guió la marcha y encontró justo lo que esperaba un montón de chicas simulando estar allí para jugar a los bolos y más o menos el mismo número de chicos sin simular nada. Era un buen lugar para ver si Julie ponía en práctica algunas de las tácticas de «chica mala». Eso, contando con que estuviera allí. ¿Quién podía predecir lo que haría una mujer? Y menos aún, un grupo de ellas.

Julie era dulce e inocente, pero tan sexy que algún miserable acabaría aprovechándose de ella algún día. Ella no sabía hasta que punto era deseable, y precisamente en eso radicaba su atractivo. Si llegara a saber manejar aquella cualidad, tendría a los hombres cayendo a sus pies como moscas. ¿Pero estaba preparada para ello? ¿Y lo estaba él?

-¡Mira eso! -Buck silbó con suavidad y dio con el codo a Tom-. Menudo bombón.

-A ver si maduras de una vez -dijo Dan. Tom asintió, pero había llamado a Buck porque sabía que estaba dispuesto a ir a cualquier sitio a intentar lo que fuera. De todos sus amigos, Buck era el que más se había resistido a crecer.

-Voy a apuntar nuestros nombres en la lista para reservar una pista -dijo Dan.

-Id vosotros. Yo voy a echar un vistazo -dijo Tom, y dejó a sus amigos junto al mostrador.

No había estado allí antes, pero se trataba de la típica bolera, con las pistas en la parte delantera y el bar con mesas y asientos en la parte trasera.

Sintiendo cómo se aceleraban los latidos de su corazón, recorrió con la vista pista por pista, empezando a pensar que aquello era una pérdida de tiempo. Entonces la vio.

Buck y Dan se reunieron con él y fueron hasta la parte trasera de las pistas.

-Tendremos que esperar una media hora -dijo Dan.

Tom apenas escuchaba lo que decían sus amigos; estaba demasiado ocupado pensando en lo que iba a decirle a Julie. Era posible que no se alegrara de verlo... sobre todo después del apagón del día anterior.

Se sentó tras la pista en que jugaban ella y sus amigas, sin prisa para que se fijara en él. Estaba con una chica alta y esbelta con el pelo corto, y, sorpresa, sorpresa, con un par de gemelas rubias con pecas y el pelo sujeto en una larga trenza. Ambas llevaban ceñidos pantalones negros y camisetas de rayas horizontales, sólo distintas en la mezcla de colores. Las dos eran guapas, pero él no podía apartar la mirada de Julie.

Ésta llevaba una falda corta... ¿acaso no sabía que fuera estaba helando? ...y sus piernas resultaban espectaculares, incluso con los patosos zapatos que había que ponerse para jugar a los bolos.

Dan fue al bar y Buck a mirar a una rubia que se hallaba unas pistas más allá. Tom sólo quería ver cómo se manejaba Julie en un lugar como aquel, especialmente pensado para encuentros entre solteros.

Parecía totalmente concentrada en el juego, que era más de lo que se podía decir sobre los tipos que jugaban en la pista contigua. Excepto el pino, estaban haciendo de todo para atraer la atención de las mujeres. Sus bufonadas hicieron que Tom se sintiera cansado... y demasiado viejo para aquel juego.

Dan regresó con una bandeja de patatas fritas con chile y se sentó a comerlas. Tom se preguntó si el matrimonio haría que Dan se convirtiera en un tipo gordo como tío Horace. No sería el primer amigo que entraba de cabeza en la madurez. Se alegraba de que su hermana tuviera un buen marido, pero estaba más decidido que nunca a no ser el siguiente en convertirse en un perrito domesticado.

No sabía qué le irritaba más: los tipos que trataban de ligar con Julie y sus amigas, o el hecho de que ella no aprovechara la circunstancia para practicar las tácticas de flirteo. No tenía por qué ser una mala chica para ejercitar las típicas tretas femeninas. Si quería llamar la atención de los tipos que jugaban a su lado, debería pedirles ayuda en lugar de dedicarse a apabullarlos con su juego. Podía aprender un poco de las gemelas.

Cuando volvió a llegar el turno de Julie, Tom se levantó y se acercó a las gemelas.

-Hola -saludó, sonriente-. Yo también soy mellizo. ¿Asistís alguna vez a la convención anual de gemelos?

Él no había ido nunca, por supuesto. Tina habría preferido bañarse en el lago Michigan en invierno antes que acudir a una de aquellas convenciones.

Julie estaba recogiendo su bola, pero se volvió repentinamente al oír la voz de Tom. Asintió rígidamente con la cabeza y luego lanzó la bola, errando completamente la dirección.

-Vamos casi todos los años -dijo la más animada de las gemelas-. Prácticamente tengo que arrastrar a Tanya para que me acompañe, pero luego siempre lo pasamos en grande.

Julie estaba avergonzada con su lanzamiento y furiosa con Tom. ¿Cómo se atrevía a ponerse a ligar con sus amigas delante de ella? Las tres estaban a su alrededor, evidentemente entusiasmadas, parloteando como unas tontas descerebradas. Terminó su última ronda, lanzando una bola que dejó dos bolos en pie.

-Julie, éste es Tom. Es un mellizo -dijo Mónica, sin mostrar el más mínimo interés por seguir con su turno.

-Sí, lo conozco... y a su hermana melliza también -replicó ella, alegrándose de aclarar a sus amigas que no había dos como él.

-¿Dónde has tenido escondido a éste hombre? - preguntó Karen, la más antigua y querida amiga de Julie, aunque pareciera mentira-. Es tu turno, Mónica.

Terminaron el juego, que fue el peor de Julie en muchos años. La bola no era lo único que trataba de controlar bajo la atenta mirada de Tom. Estaba tan enfadada que la sangre le hervía.

¿Qué diablos hacía entrometiéndose en su cita con sus amigas? ¿Tendría aquello algo que ver con la desastrosa noche anterior?

Tanya empezó el tercer juego, pero Julie se rajó.

-Ya he tenido suficiente- dijo- pero seguid vosotras.

-Te invito a beber algo -ofreció Tom, tomándola por el brazo sin demasiada suavidad y empujándola hacia el bar, donde Julie vio a Dan comprando un plato de nachos con queso.

-¿Qué hace Dan aquí? -preguntó, sorprendida-. ¿Y tú? No debí decirte que veníamos aquí. ¡No puedo creer que hayas tratado de ligar con mis amigas!

Tom respondió a la primera pregunta, que era la más fácil.

-Tina tuvo que sustituir a una amiga. -y Dan y tú habéis venido aquí por casualidad, ¿claro?

-No. Estamos con otro amigo. Creo que ahora está jugando a los bolos y lo único que he hecho ha sido presentarme a tus amigas. He venido a observarte.

-¡A observarme! Tom pidió dos refrescos y le entregó uno a Julie. El primer impulso de ésta fue arrojárselo encima, pero su madre no la había educado para hacer algo así en público.

-Me pareció buena idea. Piensa en ello -Tom dio un lento trago a su refresco-. ¿No te parece que la noche en que quedas con tus amigas es una oportunidad ideal para conocer hombres?

-No necesariamente. ¿Es que tú y tus amigos sólo sabéis dedicaros a conocer mujeres?

-En estos momentos, tú eres a la que más desean conocer. Les causaste una gran impresión en la boda. Pero si no estableces un contacto permanente a través de mí, volverás a estar sola. Acéptalo; no eres muy apta para conocer a los hombres adecuados.

-Gracias por potenciar mi confianza -replicó Julie en tono helado.

Dio un sorbo a su refresco para no tener que mirar a Tom a los ojos. ¿Cómo podían estar manteniendo aquella conversación después de lo sucedido la noche anterior? Ya era suficientemente malo que Tom la hubiera besado; pero le mortificaba aún más haberle correspondido, haberlo tocado...

Todo había cambiado entre ellos. Ya no podía simular que sólo era un conocido que trataba de ayudarla.

-Sólo trato de ayudarte -dijo él, como si hubiera leído la mente de Julie.

La sinceridad de su tono fue tal, que ella quiso creerlo.

-Respecto a anoche... -Julie se encaminó hacia la parte trasera de la bolera, donde nadie podía oírlos. -Lo siento.

-¿Lo sientes?

-Ser amigo de una mujer es difícil -Tom sonrió, un poco avergonzado-. Sobre todo de una tan guapa como tú.

Julie sintió una calidez especial en su corazón. Tal vez, su amistad no había quedado totalmente arruinada.

-El vino...

Tom la interrumpió.

-El vino no tuvo nada que ver -dijo, con una sonrisa maliciosa-. Sólo bebiste un vaso durante toda la comida.

-¿Te fijaste?

-Sí, me fijé.

Julie podía sentir los ojos de Tom en ella, pero no se animaba a mirarlo directamente al rostro. ¿Y si llegaba a creer que estaba interesada en él? ¿La estaría animando a conocer más hombres para dejarle claro que él no estaba disponible?

-Respecto a tus técnicas...

Julie dio un sorbo a su refresco, bastante segura de que no le iba a gustar el análisis de Tom.

-¿Qué técnicas? -preguntó.

-Precisamente a eso me refiero. No tienes ninguna -Tom miró a su alrededor-. Fíjate en la pista siete. Mira a la mujer que está recibiendo lecciones de uno de los tipos que antes trataba de ligar con tus amigas.

-Era aborrecible y aún no estoy tan mal como para conformarme con cualquier cosa. Además, esa chica sabe jugar perfectamente a los bolos. Puede lanzar la bola con suficiente fuerza como para romper los bolos. ¿Me estás diciendo que debería simular que no sé jugar?

-No, sólo te estoy indicando cómo actuaría una mala chica.

-Claro, es fácil ser una mala chica cuando tienes el equipamiento adecuado.

-No es lo que tengas; es lo que haces con lo que tengas.

Tom volvió a tomar a Julie por el codo y la condujo hasta la pista en que jugaban sus amigas.

-Fíjate. Una de las gemelas es una mala chica y la otra no.

-¡Eso es ridículo! Son gemelas idénticas. Las tienes que conocer muy bien para saber cuál es Tanya y cuál es Mónica.

-Quédate aquí. Enseguida vuelvo. Tom fue al bar y volvió enseguida con tres refrescos que llevó a las amigas de Julie. Esta no sabía qué trataba de probar, pero se sentía muy escéptica respecto a toda aquella farsa.

Tom entregó un refresco a cada chica y éstas, que ya habían terminado el último juego, se apartaron de las pistas. Karen y Tanya tomaron sus bolsos para pagar a Tom por los refrescos, sonriendo agradecidas cuando éste se negó a que le pagaran. Sin embargo, Mónica se limitó a absorber lentamente su refresco a través de la paja. Incluso desde donde estaba, Julie pudo ver que su amiga estaba batiendo las pestañas.

Se quedó asombrada. Era amiga de las gemelas desde el último curso del colegio. ¿Cómo se le había pasa- do por alto aquel detalle? ¿Sería esa la razón inconsciente por la que le gustaba Tanya un poco más que su gemela?

Los dos amigos de Tom se reunieron con el grupo, y los siete ocuparon una de las mesas grandes de la parte trasera. Julie notó que Mónica se las arreglaba para sentarse entre Dan y Buck. Recordaba haber visto a éste el día de la boda, aunque no recordaba haber hablado con él.

Tom desapareció unos minutos y regresó con una bolsa de palomitas y los zapatos rojos y negros de la bolera puestos. Dejó las palomitas en la mesa, pero no le dio tiempo a Julie a probarlas.

-¿Ves ahora la diferencia que hay entre las gemelas? -preguntó, tras tomar a Julie de la mano y alejarla del grupo.

-De todas formas, me temo que vas a tener que explicármelo.

Tom asintió.

-Las dos son guapas, pero Mónica acepta con toda naturalidad lo que se le ofrece porque sabe que es atractiva. Y eso la hace aún más atractiva.

-No sé qué tiene que ver eso conmigo. ¿Vas a hacer luego un concurso, o algo así?

-Vamos, es hora de que recibas más lecciones.

-¿Sobre cómo atraer a los hombres? -Julie ya había tenido suficiente en ese terreno.

-No. Lecciones sobre cómo jugar a los bolos. La pista diecinueve está libre.

-Pensaba que no habías venido a jugar.

Tom pasó un brazo por los hombros de Julie, olvidando lo poco que le gustaban los zapatos alquilados mientras iban a la pista.

-Tú primero -dijo, sentándose para observarla.

-Ya me has visto lanzar antes.

Julie se sentía incómoda y avergonzada, pero Tom le sonrió, mostrándose complacido cuando vio cómo lanzaba, consiguiendo tirar todos los bolos menos uno.

-Muy bien -dijo-. Pero déjame darte algunos consejos.

Tom se situó tras ella y le ayudó a colocar la bola, apoyando una mano en su cintura. Tenía su pelo tan cerca que pudo percibir el sutil aroma floral de su champú.

-Mantente así -deslizó una mano por su hombro y acarició la parte alta de su brazo bajo la manga del jersey.

-No creo que esta postura vaya a hacer que mi juego mejore -dijo Julie, en un ronco susurro que provocó un escalofrío de placer a Tom.

-Confía en mí.

Librodot

-Esto me recuerda al baile de la boda.

-Ahora, cuando sueltas la bola... -continuó él, manteniendo aquella simulación de clave de técnica para poder seguir rodeando a Julie con el brazo.

-¿Tratas de atraer a otros hombres para mí? ¿Es esta la versión de bolera del baile íntimo? -preguntó Julie con cierta aspereza, apartándose.

-Estoy enseñándote a tomar lecciones. A los hombres les encanta enseñar.

-De acuerdo, señor profesor. Veamos si tú puedes lanzar esta cosa bien.

Tom fue a la hilera de las bolas, tomó una pesada y la lanzó con más fuerza que maña.

Tuvo suerte: consiguió un pleno. Julie frunció el ceño.

-Seguro que no puedes repetirlo.

En la siguiente tanda, Julie consiguió otro pleno. Su forma de lanzar no era sensacional, pero era muy buena; muy buena para el nivel de Tom. No estaba nada seguro de poder ganarla.

Julie lo retó a un juego de verdad. Tom no se sentía cómodo con la bola, y los zapatos le apretaban los pies, pero no podía darle la satisfacción de oírle excusarse.

Tuvo que esforzarse mucho para acabar ganando por un punto.

-¿Tratabas de dejarme algo claro? -preguntó Julie cuando acabaron.

-Tú me lo has aclarado a mí. Pero si quieres atraer a los hombres, es mejor que simules cierto desvalimiento.

-¿El tipo de actuación que tanto practicaban las chicas en el último curso del colegio?

-Algo así.

-¿Para luego acabar en la cama del capitán del equipo de fútbol?

-¡No! ¡Claro que no! Si resultas fácil, no hay reto.

-Pero debería ser la clase de chica que falla el último punto para dejar que gane el hombre, ¿no?

-¿Eso has hecho? -Tom tenía la desagradable sospecha de que así había sido.

-Eso nunca lo sabrás, ¿verdad?

Lo cierto era que Julie empezaba a entender exactamente lo que trataba de explicarle Tom, pero sus lecciones empezaban a deprimirla. Dudaba que alguna vez pudiera llegar a ser algo más que ella misma, una persona normal, agradable y aburrida.

Fueron al mostrador y Julie se negó a dejar que Tom pagara.

-Tu puntuación de chica mala acaba de caer de un notable a un aprobado -bromeó él-. La próxima clase versará sobre cómo resultar misteriosa y seductora.

-Justo lo que necesito.

Julie pensó que lo que de verdad necesitaba era una aspirina, pero era ella la que había pedido a Tom que la ayudara. Lo que resultaría realmente útil sería que se convirtiera de repente en una rana, de manera que ella pudiera concentrarse más en las lecciones y menos en su atractivo profesor.

-Deja que te ayude a quitarte los zapatos -dijo Tom, conduciéndola a un banco y arrodillándose ante ella para desatarle los cordones.

Se tomó su tiempo, alzándole el pie para quitarle el zapato izquierdo, pero manteniéndola sujeta por el tobillo más tiempo del necesario.

-Llevas medias bajo los calcetines -dijo, deslizando las puntas de los dedos por sus pantorrillas.

-Hacía frío -logró decir Julie, conteniendo la respiración mientras sacaba sus botas de la bolsa.

Tom tardó aún más en quitarle el otro zapato, y Julie tuvo que apretar los puños para no alargar una mano y acariciarle el pelo. Era la clase de hombre que hacía que una chica olvidara su promesa de no hacer el amor antes del matrimonio. En lo único que podía pensar era en tenerlo desnudo encima de ella. Los besos que compartieron la noche pasada eran castos comparándolos con lo que estaba imaginando.

Después de quitarle los zapatos, Tom se sentó tan cerca de ella para quitarse los suyos, que Julie temió que estuviera pensando lo mismo. Pero eso no era posible; ella sólo era un proyecto para Tom, no una mujer.

-Creo que mis amigas están listas para irse -dijo. Su voz sonó diferente incluso a sus oídos. Tom debió percibir su ronco tono, porque le pasó un brazo por los hombros y la atrajo hacia sí.

-Esperarán -dijo.

-Debería recoger mi abrigo.

-Yo voy a por él.

Julie le alcanzó la ficha de resguardo y esperó a que volviera. Tom regresó con la cazadora ya puesta y abierta. Al verlo, ella no pudo evitar recordar su duro pecho, su plano estómago, su estrecha cintura. Miró más abajo y él lo notó. Había un claro bulto en su entrepierna.

-Eso es lo más sexy que te he visto hacer -dijo Tom con suavidad, colocándose tras ella para ayudarla con el abrigo.

Julie se alegró de estar de espaldas, porque se había ruborizado intensamente.

-Mis amigas me esperan -murmuró.

-Sé mala esta noche. Haz lo que quieras.

-Quiero irme -mintió Julie.

-Esperarán.

-Pero...

-Vamos a darles algo de qué hablar mientras esperan.

Tom le hizo darse la vuelta y bajó lentamente la cabeza hacia ella. La besó de lleno en los labios, haciéndole entreabrirlos con la lengua, provocándole una vibración interna que le llegó hasta los tobillos.

Cuando se apartó de ella, Julie se quedó sin aliento, deseando más, y ni siquiera había tenido la posibilidad de devolverle el beso.

-Buenas noches.

Las palabras de Tom acariciaron sus oídos; nunca había oído una voz tan sensual.

Alargó una anhelante mano, pero él ya no estaba a su alcance.

Tom se fue tan deprisa como pudo sin llegar a ponerse a correr. A medio camino de la salida vio a sus amigos y les hizo una seña para que lo siguieran, sin esperarlos. Necesitaba enfriarse antes de que le diera por hacer algo cuyas consecuencias no estaba preparado para afrontar.

Estaba siendo un miserable arrogante, tratando de enseñar a Julie cómo ser sexy. Mientras esperaba a sus amigos en la furgoneta, se recriminó por ser tan vulnerable a su inocencia.

Camino de casa, apenas habló con sus amigos. Éstos sentían curiosidad, porque también habían visto la escena del beso. Tuvo que aguantar alguna broma, pero nunca se había sentido de peor humor para seguirles la corriente.

Dejó a Buck y a Dan en sus casas y luego fue a su apartamento. A pesar de sus buenas intenciones, ni si- quiera había tocado el tema de la primera cita de Julie. El la había metido en aquel lío con Peter, un tipo con reputación de ir directo al grano con las chicas con las que salía. Julie no necesitaba consejos para atraer a Peter; lo que necesitaba era un cursillo de defensa personal. Peter tendría la mano bajo su falda antes de que supiera lo que estaba pasando.

Esa noche la había fastidiado de verdad.

¿Le habría dejado ganar Julie la partida a propósito? Empezaba a cansarse de aquel asunto de las «malas chicas».

Capítulo 7

Piensa en Peter, Peter, Peter -entonó Julie.

Se sentía como una bruja haciendo un hechizo, pero a la única que quería hechizar era a Julie Myers, chica trabajadora y soltera. Aquella no era su forma habitual de prepararse para una primera cita, pero le estaba costando mucho esfuerzo recordar cómo era Peter. La imagen del hombre con el que iba a salir aparecía en su mente en medio de una bruma, y cuan- do trataba de enfocarla, el rostro que aparecía era el de Tom.

Todo era culpa de Brunswick..., bueno, casi todo. De acuerdo, sólo en parte. Un hombre que besaba con aquella intensidad, no debería distribuir sus besos por ahí con tanta soltura.

Presionó la palma de la mano contra su boca, borrando en su mente la dulce y sensual sensación de los labios de Tom sobre los suyos. Pero era inútil. La única forma de sacárselo de la cabeza sería pasándoselo muy bien con Peter.

Estaba decidida a pasarlo bien... si alguna vez llegaba a decidir qué ponerse. Tras mirar el reloj, se sentó en la cama para ponerse las medias.

Iban a ir a cenar. Cenar estaba bien. No conocía el restaurante en el que Peter había hecho la reserva, pero su nombre, Misty Shores Inn, resultaba bastante sugerente.

Se puso su mejor sostén, inclinándose para rellenar las cazoletas antes de cerrarlo. Su pelo aún seguía húmedo, pero se lo cepilló en el suave estilo que le daba a su rostro lo que a ella le gustaba llamar «aspecto Botticelli». Como maquillaje, se limitó a empolvarse la cara, y a darse un poco de sombra en los ojos y a pintarse los labios con su lápiz favorito, de color cereza, brillante y un poco atrevido, y se preguntó si a Tom le parecería un color adecuado para una mala chica. De inmediato, se reprendió por aquel pensamiento.

¿Por qué no dejaba de pensar en él y en sus consejos? Tras revisar, una última vez su maquillaje, se puso un poco de su único perfume caro tras las orejas, en el cuello y en el hueco entre sus pechos.

Probablemente, Tom le habría sugerido que se pusiera el vestido que llevó a la boda, pero no podía ponerse un vestido que ya había visto Peter. Pensara lo que pensara Tom, ella sabía cómo vestirse para tener éxito en la primera cita.

De un humor más decidido, sacó del armario su vestido verde esmeralda, de manga larga, cuello a la caja y una abertura lateral que mostraba parte de la pierna.

Luego eligió sus zapatos negros de medio tacón. Aunque no recordaba la altura de Peter, no quiso elegir los de tacón alto, por si acaso.

Acababa de ponerse el vestido y los zapatos cuando sonó el portero automático. Miró su reloj. O Peter se había equivocado, o estaba cometiendo el peor de los errores: llegar temprano.

-Hola -dijo, con voz forzadamente animada.

-Soy yo, Tom.

-¿Qué haces aquí?

-¿Puedo subir?

Julie quería decirle que se fuera, pero su dedo traidor respondió automáticamente a la profunda voz de Tom. Este estaba subiendo antes de que ella tuviera suficiente presencia de ánimo para decirle que se fuera.

Tal vez había ido para disculparse por haberla besado. Eso sería un insulto, justo lo que necesitaba para dejar de desear que su cita fuera con él en lugar de con Peter.

Se ajustó el vestido frente al espejo y luego fue hacia la puerta. Un momento después, Tom llamaba a ésta, pero Julie contó lentamente hasta veinte antes de abrir.

-No eres muy oportuno -dijo, simulando cierta irritación para que Tom no viera cuánto la afectaba.

-Es lo mejor que he podido hacer. Tenía un asunto de última hora que resolver.

«La sonrisa no. ¡Por favor, la sonrisa no!»

Tom sonrió, y la armadura cayó hecha pedazos en torno a Julie, dejándola patéticamente vulnerable a su encanto.

-¿Qué haces aquí?

-Quería verte antes de tu cita para asegurarme de que tienes claras las normas.

-¡Ya me las has repetido hasta el aburrimiento, Tom!

Él no mencionó el beso del día anterior. Julie se preguntó si se disculparía. Eso sería peor que no mencionarlo en absoluto, pero parecía que un beso apasionado en público requería alguna clase de explicación.

-No te preocupes -añadió Julie-. Lo tengo todo controlado -al menos, así había sido hasta que Tom había aparecido con su devastadora sonrisa.

Él se sentó en el sofá y estiró las piernas, apoyándose cómodamente contra el respaldo.

-Lo importante es que no lo invites a tu apartamento. Hacerlo en la primera cita podría costarte caro.

-¡Tom! Ahora soy una mala chica, ¿recuerdas? Una chica muy mala. Yo dicto las reglas.

-La mayoría de las chicas malas que conozco están solteras.

-Podrías hacer una gran carrera como alcahuete.

-Sólo trato de ayudar.

Tom se levantó y dio una vuelta en torno a Julie, decidiendo que estaba tarado por inmiscuirse en su cita con Carlyle.

-Puedo manejar esto. Como ya te he dicho, he tenido muchas primeras citas.

Julie movió instintivamente su pelo. Aquel leve gesto bastó para volver loco a Tom.

-¿Condujeron todas a una segunda cita? -pensó que debería morderse la lengua. Había ido a ayudarla, no a minar su confianza.

-No quise que la hubiera. A Tom le gustó el matiz de arrogancia que había en la voz de Julie. De hecho, le gustaban demasiadas cosas de ella. Por ejemplo, aquel vestido. No era llamativo, pero moldeaba sus curvas y mostraba una buena porción de pierna. Peter se pondría a salivar en cuanto la viera, y eso le molestaba.

-Esa es la actitud. Sé selectiva. «Acéptalo, Brunswick», pensó Tom. «Puede que odies la idea de malgastarla en un tipo como Peter, pero Julie debe ponerse en circulación para encontrar un hombre dispuesto a casarse». Sería la única forma de quitársela definitivamente de la cabeza. Había sido una locura besarla la noche anterior. ¿Cuánto sueño había perdido pensando en aquellos brillantes labios rojos entreabriéndose bajo los suyos? Necesitaba un compromiso, preferiblemente con alguien que no fuera Carlyle.

Se quitó la cazadora y la dejó sobre el respaldo de una silla, un paso necesario para seguir adelante con su loco plan.

Julie volvió a mover un poco el pelo. ¿La ponía nerviosa? En cierto modo le gustaba la idea de que así fuera, pero ese no era el motivo por el que estaba allí.

-¡He olvidado mis pendientes! Julie hizo sonar aquello como si fuera un desastre. Tom la contempló mientras corría hacia el dormitorio. Quería ayudarla a buscarlos; aún más, quería ser él quien los pusiera en sus delicados lóbulos. Pero sabía que no sería buena idea hacerlo.

Tal vez estaba haciendo el tonto renunciando a otra cita para ayudar a Julie a convertirse en una chica lo suficientemente mala como para atraer a los hombres, pero lo suficientemente lista como para encontrar un guardián.

Lo que de verdad le molestaba era que ninguna otra mujer lo atraía en aquellos momentos. Probablemente era un error sacrificar su vida social para ayudar a Julie pero ella estaba en su mente todo el rato.

Se sentía como si estuviera mandando a Caperucita Roja a encontrarse con el lobo yeso que cuando era niño no le gustaban los cuentos, a menos que hubiera dragones en ellos.

Julie tuvo menos problemas la primera vez que se puso unos pendientes, a los catorce años, que en aquella ocasión.

Cuando finalmente lo logró, aún le quedaba por hacer algo mucho más difícil: librarse de Tom antes de que Peter apareciera.

En cuanto regresó al cuarto de estar supo que ya era demasiado tarde. En esa ocasión el sonido del portero automático debía pertenecer a su cita.

-¿Quieres que conteste? -preguntó Tom en un tono despreocupado que sólo sirvió para enfadar más a Julie.

-¡Por supuesto que no!

Se aseguró de que era Peter y le dio la dirección de su apartamento, aunque resultaba imposible no toparse con él en lo alto de las escaleras.

-Tienes que esconderte -dijo, nerviosa.

-¿Porqué?

-¡Peter puede encontrarte aquí!

-¿Y qué más da?

-¡Vas a volverme loca! ¡No me hagas esto, por favor!

Por algún perverso motivo, Tom estaba disfrutando de la situación en la que se encontraba Julie. Pero sabía que ella tenía razón. Las probabilidades de que su primera cita saliera bien serían nulas si Peter lo encontraba allí, pero quería ver qué hacía Julie para persuadirlo.

-¡Escóndete! -ordenó ella, en un tono que no admitía réplica.

Tom resistió el impulso de cuadrarse para hacer burla de su tono imperativo. En lugar de ello, se encaminó lentamente hacia el dormitorio. ¡Qué sexy era Julie cuando se enfadaba!

-¿No te dije que recibieras a tu cita en el vestíbulo en lugar de aquí dentro? -preguntó, tratando de no sonreír desde el umbral de la puerta.

-Eso pensaba hacer, hasta que ha aparecido el pesado de mi entrenador y me ha interrumpido mientras me preparaba.

-Lo siento, pero te aseguro que no podrías tener mejor aspecto.

-¡Tom, por favor! -rogó Julie en un susurro.

-Saldré después de que te vayas -prometió Tom, apiadándose de su ansiedad-. Que te diviertas -«pero no demasiado», añadió para sí.

Fue al dormitorio y cerró la puerta, esperando no tener que quedarse allí mucho tiempo.

Podía oír demasiado bien a través de la delgada puerta. Casi sintió náuseas cuando, tras entrar, Peter empezó a hacer empalagosos halagos sobre el magnífico aspecto de Julie.

Peter se excedió en los cumplidos, pero Julie los aceptó amablemente. Planeaba pasar una tarde estupenda, y eso significaba olvidar los consejos de Tom... ¡Y a Tom mismo!

-He hecho la reserva para las siete -le recordó Peter, innecesariamente.

Tenía una voz joven, o tal vez fuera un poco aguda para un hombre. A Julie le recordó alas de los adolescentes que solían presentarse ante su puerta en la época en que estaba acabando los estudios.

-Ya estoy lista -aseguró. Fue al armario de la entrada y se dio cuenta de que tenía un dilema. El vestido era más largo que el abrigo. ¿Quedaría mal colgando por fuera? Sería mejor que se pusiera un chaquetón. Probablemente le quedaría mejor, pero iban a un restaurante elegante. Recordó que Tom estaba en su dormitorio y tomó el abrigo azul marino, poniéndoselo antes de que Peter pudiera ayudarla. Que mostrara sus modales en el restaurante.

Peter no era tan alto como Julie recordaba. Debía medir unos diez centímetros menos que Tom. Ella era casi de la misma altura, pero eso no le importaba. El tamaño nunca había sido un problema para ella. Había un toque profesional en su peinado y no estaba segura de qué color eran sus ojos, pero tenía unos atractivos hoyuelos y el abrigo negro que llevaba le sentaba muy bien.

En el aparcamiento, Peter la tomó por el brazo para que no resbalara en el hielo. Luego abrió la puerta de su nuevo Buick para ella. Julie recordó que tenía un buen sentido del humor y usaba una agradable loción para después del afeitado. Aquella prometía ser una gran cita al menos si lograba dejar de pensar en el hombre que se ocultaba en su dormitorio.

Tom salió del escondite en cuanto la puerta del apartamento se cerró. No era extraño que Carlyle se comprometiera tan a menudo. Sus floridos cumplidos alzaban una pantalla de humo en torno a su espesa personalidad.

«No te pases», se reprendió Tom. «Peter te caía bien antes de que empezara a husmear en tomo a Julie».

Su humor mejoró un poco cuando fue a por su cazadora. ¿Se habría quedado tan embobado Peter al ver a Julie que no se había dado cuenta? Sonrió maliciosa- mente. No la había dejado allí a propósito, pero, ahora que lo pensaba, ¿por qué preocuparse? No imaginaba a Julie enamorándose de un tipo como Peter.

Sacó del bolsillo de su cazadora las llaves del coche y las dejó caer tras la mecedora, como tenía planeado. Sonreía cuando cerró la puerta del apartamento de Julie a sus espaldas.

Podía resultar una larga espera. Se sentó en el suelo, frente ala puerta del apartamento, agradeciendo la moqueta del suelo, y se apoyó contra la pared. Tras una noche inquieta y un largo y duro día descargando muebles, estaba lo suficientemente cansado como para quedarse dormido en cualquier sitio. Cerró los ojos, felicitándose por su astucia.

Julie se entregó de lleno a su papel de compañera encantadora. A pesar suyo, recordó el consejo de Tom; debía reírlas bromas de Peter, pero sin excederse.

Peter le facilitó las cosas, abriéndole las puertas, ayudándola con el abrigo, apartándole la silla de la mesa, incluso pidiendo por ella en el restaurante. Lo único que tuvo que hacer ella fue mostrarse seductora y misteriosa.

Librodot

-Naturalmente, lo primero que hizo Willard cuando llegó a la oficina fue...

Julie sintió que los ojos se le volvían vidriosos. Si había algo interesante en la larga y complicada historia que Peter estaba contando sobre algo sucedido en la in- mobiliaria en que trabajaba, esperaba estar lo suficiente- mente alerta para captarlo. Lo único peor que no reír una historia graciosa era reír en el momento equivocado.

El camarero que los atendió era alto y de anchos hombros. Probablemente conseguía grandes propinas, pero se tomaba su trabajo demasiado en serio. Llevaba el pelo sujeto en una coleta, y Julie se preguntó si el de Tom sería lo suficientemente largo como para sujetárselo atrás.

«¡Maldito seas, Tom Brunswick!», pensó, enfadada. Era culpa suya que no estuviera disfrutando de una agradable cita con un tipo encantador al que no le asustaba mostrarse cortés con una mujer. No quería pensar en Tom mientras Peter se esforzaba en hacer que pasara un buen rato.

Trató de seguir el hilo de la historia. Tal vez de eso se trataba el matrimonio: de saber escuchar y apoyar al marido. Desafortunadamente, ella quería algo más de la vida. Quería excitación, reto y romance. Completamente en contra de su voluntad, conjuró una imagen de Toro desnudo de cintura para arriba con una espada de duelo en la mano. Estaba hecho de la materia de los héroes, excitante y sensual, pero más allá de la posibilidad de ser domesticado.

-De manera que todos reímos mucho -dijo Peter, concluyendo su historia.

Julie sonrió ampliamente, a pesar de que se había perdido la parte fundamental de la historia. Pero Peter tampoco podía esperar que se partiera de risa por las bufonadas de personas a las que no conocía.

Se sintió obligada a mostrar su entusiasmo por la comida, aunque no le costó demasiado, pues el salmón con patatas y crema estaba delicioso.

Mientras tomaban el postre, Peter condujo la conversación hacia sus pasadas novias.

-Supongo que sientes curiosidad respecto a mis pasados compromisos -dijo, un poco avergonzado.

Julie lo animó a seguir, contándole que Brad prácticamente la había dejado ante el altar. A Tom no le habría gustado que lo hiciera, pero tenía que ser ella misma aunque eso significara olvidar sus tabúes.

Por otro lado, Peter pareció ligeramente sorprendido. Al parecer, Julie había perdido cierto prestigio ante sus ojos al admitir que una vez la dejaron, a pesar de que a él lo habían dejado tres veces y él se había retirado una.

-Algunas personas no son afortunadas en el amor-dijo, dando un sorbo a su descafeinado-. Y, por supuesto, otros no están dispuestos a comprometerse.

Peter quiso dejarle claro a Julie que él sí. Al parecer, había decidido olvidar que una vez la dejaron. ¡Qué detalle por su parte!

Después de comer siguieron charlando. Julie sonrió y trató de mostrarse animada y divertida. Tal vez tuvo éxito. Peter parecía estar pasándolo bien.

Era ella la que no había sabido comportarse en aquella cita. Peter era un tipo dulce y atractivo, con un buen trabajo, y no temía a la idea de pasar por el altar. Era ella la que había fallado, dejando que Tom se entrometiera constantemente en sus pensamientos. Tenía que dejar de pensar en un hombre al que la mera palabra «matrimonio» le producía escalofríos. Quería conocer a un hombre agradable y asentarse; era lógico que una relación progresara hacia el matrimonio si dos personas se amaban. ¿Podía conformarse con menos? ¿Aceptaría mantener una relación con Tom en los términos que él planteara?

Librodot

Los camareros querían su mesa, y Julie no pudo si- mular por más tiempo que le quedaba café en la taza.

-Debería irme ya -sugirió, con una sonrisa de pesar.

-No he parado de hablar en toda la tarde -dijo Peter en tono de disculpa.

-No, lo he pasado muy bien -al menos, las historias de Peter sobre sus ex novias no habían estado mal.

-Nuestra cita no tiene por qué terminar aquí. Conozco un club muy agradable en el que se puede bailar.

Julie rechazó amablemente la oferta. Él no la presionó.

A Julie no le importó seguir el consejo de Tom respecto a concluir la cita cuando aún era temprano. La pesada comida y la ininterrumpida conversación le habían producido sueño.

¿Había conectado con Peter? No estaba segura: ¿Pero qué esperaba? ¿Que cayeran perdidamente enamorados tras la primera cita?

En el trayecto de vuelta agradeció la facilidad de Peter para hablar de temas intranscendentes. Lo cierto era que en aquella cita había exigido muy poco de ella; sólo que lo escuchara. Si no lo había hecho a la perfección, al menos había respondido bien, con sonrisas y preguntas adecuadas.

-¿Puedo acompañarte arriba? -preguntó él cuando se hallaban ante la entrada de la casa.

-No, gracias, pero lo he pasado muy bien, Peter.

-No es problema. Me vendría bien el ejercicio después de la cena.

-Gracias, pero esta noche no.

Peter no insistió; un punto para él. Inclinándose hacia delante, besó a Julie en la mejilla.

-Volveré a llamarte -dijo, antes de irse.

La prueba había terminado. Lo que debería haber sido una tarde agradable no lo había sido, y todo por culpa de Tom. ¿Por qué había tenido que presentarse en el apartamento para recordarle lo sexy y atractivo que era? ¡Maldición! ¡Estaba colada por aquel hombre! Por mucho que quisiera negarlo, había picado el anzuelo, aunque Tom no lo hubiera arrojado para ella.

Nada bueno podía salir de aquello, pero ponía un freno a cualquier otra relación que quisiera llevar adelante. De algún modo, tenía que ser realista y apartar a Tom de su mente. Tom Brunswick no era hombre de una sola mujer, y ella no estaba interesada en aventuras de un mes, una semana, ni una hora.

Subió las escaleras, sintiendo que los pies le pesaban como si fueran de plomo. ¿A dónde podía llegar con Peter o cualquier otro hombre? Tenía que olvidar a Tom como fuera, ¿pero cómo iba a hacerlo si no dejaba de aparecer por su apartamento?

Estaba tan concentrada pensando en aquello que es- " tuvo apunto de tropezar y caer a causa de las largas piernas con las que se topó en el vestíbulo.

-¿Pero qué...?

Tom alzó la cabeza repentinamente. Luego se puso en pie, bostezando y estirándose.

-Tu suelo es realmente duro -dijo, frotándose el trasero.

-¿Qué haces aquí? -preguntó Julie, haciendo un esfuerzo por no estallar.

Librodot

-No podía irme -al ver la expresión de Julie, Tom explicó rápidamente-: No estoy aquí para vigilarte - mintió-. Las llaves de la furgoneta se me debieron caer cuando dejé la cazadora en la silla. No me di cuenta hasta que la puerta se cerró detrás de mí. Supongo que me he quedado dormido esperando.

-Oh, estupendo.

¿Se habría tragado el cuento?, se preguntó Tom. Si era así, Julie no parecía muy contenta.

-¿Y si hubiera invitado a Peter a subir?

-No lo has hecho -Tom apenas pudo contener una sonrisa de alivio.

-No, seguí tu consejo. He sido misteriosa, seductora y difícil de conseguir.

-¿Lo has pasado bien?

-¡Maravillosamente!-contestó Julie, en un tono generalmente reservado para pisar a una cucaracha.

-¿Puedo pasar a buscar mis llaves?

-Más vale que estén dentro -advirtió Julie.

En cuanto entraron, se quitó los zapatos y el abrigo en un fluido movimiento, dejando los primeros donde se quedaron y el segundo sobre la silla del escritorio.

Tom esperaba que lo ayudara a buscar las llaves; de hecho, lo estaba deseando. Las había dejado tras la mecedora, tan ocultas como había podido. No le habría importado ver cómo se agachaba Julie a buscarlas. Habría sido una pequeña recompensa por su incómoda siesta.

En lugar de ello, se arrellanó en el sofá.

Las llaves podían esperar; Tom deseó poder acurrucarse junto a ella, acariciarle el cuello, comprobar si sus muslos eran tan firmes como parecían.

Su expresión no era invitadora, pero Tom no quería irse hasta averiguar cómo había ido la cita.

-¿Qué tal lo has pasado? -preguntó en tono desenfadado.

-Bien.

Diciendo tan poco, Julie azuzó aún más la curiosidad de Tom por saber si Peter había intentado algo.

-Hemos pasado una tarde muy agradable -añadió.

¡Agradable! El tiempo era agradable. Tom pensó que no le estaba diciendo nada sobre la cita.

-¿Y qué más?

Julie le dijo lo que habían comido. ¡Como si a él le importara el menú! Mencionó que Peter era encantador e ingenioso. A Tom no le gustó eso.

-Y eso resume más o menos la tarde -concluyó ella, tras haber contado apenas nada.

Tenía las rodillas subidas en el sofá y la barbilla apoyada en éstas. ¿Llevaría braguitas de color o blancas?, se preguntó Tom. Podría haber revisado sus cajones cuando se fue, pero él no era ningún fisgón. Además, no había nada como la información de primera mano.

Finalmente, preguntó, exasperado:

-¿Te ha besado?

-Me ha dado un besito.

-¿En los labios?

-Cerca.

-¿Qué significa «cerca»?

Julie bajó las piernas del sofá, pero no sin revelar antes una larga extensión de pierna que produjo un sobresalto a Tom.

-Más o menos así -se puso en pie de puntillas, apoyó las manos en los hombros de Tom y lo besó en la barbilla.

-Sólo por si te estabas preguntando cómo había sido -ronroneó, sin apartarse.

Sus senos rozaban ligeramente el pecho de Tom, que sintió su contacto como dos descargas eléctricas. Se estaba burlando de él. Probablemente no había creído su historia sobre las llaves, o tal vez estaba practicando sus tácticas de mala chica con él.

Tom mantuvo los brazos a los lados, sin inclinarse hacia delante a pesar de que necesitó hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para evitarlo.

-Sí, me lo estaba preguntando.

Quería zarandearla, restablecer la relación entrenador jugadora, pero sentía la lengua espesa y no sabía qué hacer con las manos.

-¿Te estás preguntando si seguí tu consejo?

Tom sintió que el perfume de Julie se le empezaba a subir a la cabeza. Le habría gustado descubrir los lugares secretos en los que se lo había dado.

-¿Lo has hecho? -se estaba inclinando hacia delante a pesar de sus intenciones de no hacerlo.

-He aprendido mucho de ti. Julie estaba utilizando su técnica de evadir las preguntas.

Cuando movió la cabeza, agitando levemente su pelo, Tom estuvo apunto de perderse. Deseó deslizar las manos por su espalda y apretar su adorable trasero. Quería saber si llevaba ropa interior sexy, o, tal vez, si no la llevaba. ¡Sobre todo, quería besarla hasta dejarla sin sentido!

Julie se apartó justo a tiempo y Tom se preguntó donde habría aprendido a hacerlo. Pero dudaba que eso pudiera enseñarse.

-Estoy medio dormida -dijo ella en voz baja-. ¿Vas a venir mañana también antes de mi cita?

-No -dijo él, enfurruñado, sintiendo que Julie le había tomado el pelo. Su truco con las llaves ya no le parecía tan bueno.

Antes de que le diera tiempo a reaccionar, ella ya lo había acompañado al vestíbulo.

Julie Myers aún tenía mucho que aprender en cuanto a ser una «mala chica», pero no había duda de que tenía facilidad para hacerlo. Desafortunadamente, estaba experimentando sus habilidades con él y le estaba poniendo muy caliente.

Tal vez había llegado el momento de retomar su vida social.

Capítulo 8

-¿Quien ha enviado la cesta de flores? -Karen divisó el ramo en cuanto entró en el apartamento de Julie-. ¡Qué bonito! ¡Tenemos mucho de que hablar! No te veo desde que quedamos en la bolera.

-Las ha enviado Peter. ¿Has disfrutado de tus dos semanas en la soleada Florida?

-Mi padrastro se ha portado como un bruto, como de costumbre, pero mamá y yo nos hemos divertido. Te he traído algunas caracolas -Karen alcanzó a Julie una bolsa de plástico llena de caracol as y luego se quitó la cazadora-. Ya se te ocurrirá algo que hacer con ellas.

-Estupendo, muchas gracias. –

¿Qué ha pasado desde que me he ido? Supongo que tu cita con Peter fue bien.

-Es un hombre muy agradable. Pasamos un buen rato.

-¿Has vuelto a salir con él?

-Una vez más. El fin de semana pasado estaba fuera de la ciudad pero el sábado por la noche vamos a ir al Club Now. Va a tocar un nuevo grupo de música alter nativa. Supongo que quiere que piense que está al día.

-Suena divertido. ¿Y qué tal fue tu cita con Aliento a Menta?

-¡Un desastre! Se puso como loco porque su beicon no estaba suficientemente crujiente y echó una bronca a la camarera. Lo he pasado mejor quitándome una astilla.

-Ahora háblame del macizo -Karen se sentó en el sofá y cruzó las piernas sobre él, aparentemente dispuesta a tener una prolongada sesión de cotilleo.

-¿Macizo?

Julie sabía que K aren no le iba a dejar hacerse la tonta, pero no quería hablar sobre el tema, sobre todo cuando no había nada que decir. Tom la había llamado algunas veces más para ofrecerle consejo, pero no había vuelto a verlo desde la noche que salió con Peter.

-No te hagas la tonta conmigo. Vi cómo te besaba, y tengo más de cien testigos. Si alguien me besara así a mí...

-Te sentirías tan avergonzada como yo me sentí. Ahora cuéntame que hiciste en Florida.

-Me puse morena y conocí aun montón de hombres; algunos incluso tenían su pelo y sus dientes originales. Volviendo al otro tema...

-Peter es realmente encantador. Es un importante vendedor de una agencia inmobiliaria.

-¿Es tan alto como Tom? -la altura era el criterio número uno para Karen.

-No, pero es suficientemente alto para mí.

-Así que es bajito... Olvídalo. ¿Qué hace Tom cuando no está incendiando boleras?

-Es dueño de una tienda de muebles, pero entre nosotros no hay nada, nada en absoluto.

-Vi tu cara después de que te besara. Tu arrebolada expresión significaba que, o acababas de hacer el amor, o estabas deseando hacerlo.

-¡Eso te lo estás inventando!

-Somos amigas íntimas. No te engañaría. Julie, tienes veinticinco años. ¡Ya va siendo hora!

-Tú no estabas precisamente lanzada cuando tuviste tu aventura con Howard.

-Howard era alto. Eso es todo. No puedes compararlo con Tom. Vi las chispas que había entre vosotros.

-Eso no significa nada. Julie había echado mucho de menos a su amiga Karen, pero se alegró cuando se fue. Por primera vez en su larga amistad no quería confiar en ella. Ya era suficientemente duro admitir la afectada que se sentía por Tom. Había perdido muchas horas de sueño deseando que fuera el primer hombre en hacerle el amor, pero eso no iba a suceder. Tom nunca se involucraría románticamente con una mujer que quería casarse. Ella la había sabido incluso antes de que él la dejara bien claro con sus actos. Tal vez se sintiera un poco atraído por ella, pero no iba a hacer nada al respecto. Llevaba dos semanas evitándola.

Se acercó al festivo ramo rojo, rosa y blanco que Peter había enviado y enterró la nariz en él. No olía demasiado, pero debería estar agradecida a un hombre que se preocupaba lo suficiente como para enviarle flores. Posiblemente, Peter no era excitante o seductor como Tom, pero era considerado y agradable, una combinación imbatible. Cualquier mujer apreciaría sus atenciones.

Ignorando el tenso sentimiento que atenazaba su garganta, reorganizó las flores para darle al ramo su toque especial. Tenía una cita con Peter al día siguiente por la noche, y no había motivo para que no se divirtiera.

El viernes a media noche, Tom decidió que no le importaba quién ganara el partido de hockey que estaba viendo por la televisión. Apagó ésta, fue hasta el teléfono y pasó las hojas de su gastada agenda telefónica, pero ya era demasiado tarde para llamar a nadie... incluso aunque hubiera querido llamar a alguien además de a Julie. A pesar de que había evitado verla desde su cita con Peter, no lograba sacársela de la cabeza. Las breves llamadas que le había hecho, le habían dejado un vago sentimiento mezcla de dolor y vacío. Estaba tratando de ayudarla a ser irresistible con los demás hombres, pero era él el que no podía dejar de pensar en ella. Ni siquiera había seguido adelante con su plan de retomar su vida social.

El teléfono sonó mientras estaba sentado en el borde de la cama, mirando sin ver una página de su agenda. Sintió la tentación de dejar que saltara el contestador, pero los estridentes timbrazos acabaron por penetrar su indiferencia. Siempre existía una posibilidad entre mil de que fuera Julie con un informe sobre una cita o una petición de consejo.

Descolgó el auricular.

-Hola. Si te debo dinero, estas hablando con el contestador -cualquiera que llamara a media noche merecía una burla, y Tom no estaba precisamente de buen humor.

-¡Hola, Tom! Soy Mónica Travis. ¿Me recuerdas?

-Ah...

-Nos conocimos en la bolera.

-La gemela -la gemela «mala chica», pensó Tom, irónicamente.

-Sé que tú y Julie sólo sois amigos, o no se me habría ocurrido llamar.

«Por supuesto» pensó Tom, escéptico.

-Tanya y yo íbamos a ir a Wisconsin a esquiar, pero tiene un catarro terrible. Me he quedado sin plan y me estaba preguntando qué hacer este fin de semana - estornudó aparatosamente junto al auricular.

-Tal vez convendría que te pusieras una bata - aconsejó Tom.

-Sé que esto es un poco precipitado, pero Tanya está tan enferma... y yo estaba deseando escuchar a Whiskey Flowers en el Club Now.

-Las Whiskey Flowers. Sí, las he oído. Tom ya había decidido que era mala idea seguir manteniendo en suspenso su vida social a causa de Julie. Mónica se estaba esforzando mucho y había logrado captar en parte su interés. En cualquier caso, tenía que empezar en algún lugar.

-He oído decir que producen escalofríos cuando se calientan tocando.

-Así que escalofríos -Tom había obtenido los mismos resultados últimamente dándose duchas de agua fría.

-Lo bueno es que tengo un amigo que conoce al dueño del club, y me ha dado dos pases para ir cuando quiera. Pero una chica no puede ir sola al Club Now sin conseguir una mala reputación.

-La reputación de una chica es muy importante - dijo Tom en tono de burlona seriedad.

-Bueno... sí, por supuesto. Tom decidió que si Mónica quería convencerlo para que la acompañara tendría que sacar la artillería pesada.

-Sé que llamo con muy poco tiempo de antelación...

¡Vaya! Tom recordaba muy bien lo que le había dicho a Julie: que no aceptara ninguna cita propuesta después del jueves. Si se enterara de que decía sí a Mónica esa noche, podría despellejarlo vivo. Pero esa cita no era una auténtica cita. En cualquier caso, sería un encuentro terapéutico, una forma de sacarse a Julie de la cabeza durante unas horas.

¿Significaba eso que era un miserable por utilizar a alguien que ni siquiera sabía si le gustaba? Tal vez, pero era ella la que había llamado.

-No sería una cita -dijo Mónica, precipitadamente-. Sólo dos personas con una amiga mutua conociéndose mejor -puso más énfasis en lo de «conociéndose mejor» que una bailarina de *streptease* contoneándose en el escenario-. Si te apetece, claro -añadió, con disimulada coquetería.

-Claro, ¿por qué no? -Tom se sentía más resignado que entusiasmado.

-Si de verdad quieres... -Mónica sonó burlonamente petulante.

-Puede ser divertido, Mónica -dijo Tom, en el tono más animado que pudo-. Pasaré a recogerte. ¿Dónde vives?

Tras anotar la dirección de Mónica, Tom colgó el teléfono y contempló el póster de Michael Jordan que había en la pared de su dormitorio. Bueno, tenía una cita. Por algún sitio había que empezar.

Por fuera, el Club Now parecía un viejo almacén que llevara años sin ser utilizado. El interior era como una caverna profusamente decorada. Una gran pista de baile de baldosas tenía un pequeño escenario en un extremo y estaba rodeada de pequeñas mesas abarrotadas de gente. Ya había unas cuantas parejas bailando.

-¡No es adorable! -dijo Mónica. Tom se limitó a asentir sin demasiada convicción. Una cantante cantaba una lánguida pieza que hablaba de amor, traición y del hombre que la había dejado, mientras las parejas, la mayoría más jóvenes que Tom, se esforzaban en encontrar un paso de baile compatible con la llorona letra.

Incluso en aquel brumoso ambiente en el que valía cualquier cosa, la forma de vestir de Mónica resultaba fuera de lugar. Su corpiño blanco de encaje era demasiado chic para el gusto de Tom, y además lo había empeorado poniéndose debajo un sujetador negro. Sus braguitas eran visibles a través de rajas estratégicamente situadas en sus gastados vaqueros. Si había pretendido impresionarlo con aquella vestimenta, no lo había conseguido.

Tom se sentía como un oso saliendo de su periodo de hibernación, gruñón e insatisfecho.

Encontraron una mesa y charlaron de cosas intranscendentes hasta que una camarera en pantalón corto y top se acercó a su mesa.

-Yo te llamé, así que yo invito -dijo Mónica, y encargó una cerveza japonesa de la que Tom no había oído hablar. Cuando supo que no la tenían, se puso de morros y pidió un vino blanco.

-Cualquier cerveza -pidió Tom. Mónica estornudó y sacó una botellita de su bolso. Tras dar un sorbo de ésta, dijo:

-¡Qué ambientazo! Tom asintió rígidamente.

-¿Qué es esa medicina que tomas?-preguntó.

-Oh, es sólo para mi alergia. No hay problema. El pensó que el único problema era haber aceptado aquella cita. Le gustaba dar el primer paso, hacer la elección.

Además, no estaba de buen humor. No quería estar allí; no quería estar con nadie que no fuera Julie. Pero salir con ella no era una opción.

No lo era. Miró a su alrededor, fijándose en una pareja de aspecto familiar que buscaba una mesa libre en el otro lado del club. No tuvieron ningún éxito, de manera que empezaron a cruzar la pista, sorteando a los bailarines.

Tom dejó de respirar un instante y luego asintió con la cabeza como respuesta al entusiasmado saludo que Tom aplaudió en silencio la vestimenta elegida por Julie. Tenía un aspecto magnífico con aquella rebeca negra y la camiseta blanca que llevaba debajo. Los pantalones negros ceñidos y los zapatos sin tacón le hacían parecer pequeña y delicada junto a Peter.

¿Por qué diablos la habría llevado éste a su mesa? Si Julie fuera su cita, habría buscado el rincón más oscuro del club, la habría sentado en su regazo, y...

Peter desplegó su mejor sonrisa de vendedor y saludó a Tom como a un viejo amigo, sin apenas dirigir una mirada a Mónica. Debía estar realmente interesado en su cita como para pasar por alto todo lo que Mónica mostraba bajo el encaje.

-¿Os importa si nos sentamos con vosotros? -preguntó haciendo un gesto para que Julie se sentara frente a Tom. Ésta dudó, pareció mirar a Tom en busca de consejo, y luego, lentamente, ocupó el asiento. Las dos mujeres se saludaron y hablaron un rato, pero Tom estaba demasiado aturdido como para fijarse en lo que decían.

-Vamos a bailar -dijo a Mónica, negándose a mirar a Julie a los ojos. Temía lo que pudiera ver en ellos a pesar de que tenía todo el derecho del mundo a salir con quien quisiera, fuera o no amiga de ella. ¿Por qué le había dicho a Julie que no estaba interesado en ligar con sus amigas? ¿Y por qué le importaba tanto que pensara que era un mentiroso? En cualquier caso, él no había iniciado esa cita. No era culpa suya que la amiga de Julie fuera una «mala chica» agresiva.

El grupo dejó de tocar justo cuando él y Mónica encontraron un espacio libre en la pista para bailar. Casi todas las parejas abandonaron la pista. Tom también quiso volver a la mesa, pero Mónica insistió en bailar al son de la música grabada.

-Esperemos a que el grupo vuelva -dijo Tom, pero Mónica ya estaba contorsionándose, moviendo los brazos en el aire mientras sus caderas giraban como una peonza. Sus movimientos no pasaron desapercibidos a los hombres que había a su alrededor. Tom se sentía totalmente avergonzado, sin saber muy bien como adaptarse a los espasmódicos movimientos de su pareja.

Tras un periodo interminable de ligero balanceo frente a ella, tratando de convencerla para que se fueran de la pista, Tom estaba listo para irse a casa. Mónica empezó a toser y volvió a la mesa en busca de su medicina, donde Julie seguía sentada con su cita.

Julie observó a Peter mientras éste pedía un agua mineral para ella y una cerveza de importación para él. Tom se estaba retorciendo y ella disfrutaba viéndolo. Sabía que la forma de bailar de Mónica era una broma. Si hubiera llamado a Tanya, la otra gemela, habría conseguido una pareja de baile más elegante. Ella le podría haber aconsejado al respecto.

¿Pero por qué iba a pedirle él consejo a ella?

-Discúlpame un minuto, cariño -dijo Peter-. Estoy tratando de vender una casa a esa pareja que está ahí. No hará ningún daño que me vean por aquí.

¿Cuándo se había convertido en su «cariño»? Tom y Mónica se encaminaban hacia la mesa, y Julie simuló estar buscando algo en su bolso para evitar mirarlos.

Librodot

-Tengo que ir al servicio -anunció Mónica. Tomó su bolso y a continuación se alejó caminando sobre sus altos tacones de manera que su trasero se balanceara ostensiblemente de un lado a otro.

Si Tanya no fuera tan encantadora... pensó Julie.

-Fue ella quien me llamó -murmuró Tom, avergonzado, mientras se sentaba frente a ella.

-Tanya tiene un fuerte catarro.

-Entonces Mónica te llamó...

-El viernes por la noche -admitió Tom, cabizbajo.

-Así que las citas de última hora están bien para los hombres. Nunca voy a aclararme del todo respecto a tus reglas.

-Debería haber dicho no -Tom frunció el ceño y Julie deseó suavizárselo con una caricia.

Nunca había visto un rostro como el suyo. Todos sus rasgos eran suficientemente normales y equilibrados, pero, combinados, daban un resultado mucho mejor que el de la media. Le habría encantado ser escultora y elegirlo como modelo.

Pero se estaba engañando a sí misma. Lo que de ver- dad quería era acariciar su mejilla, sentir su aliento en los dedos, presionar los labios contra sus párpados...

Lo amaba. No podía negar la verdad por más tiempo.

-Tu vida social no me importa -mintió, preguntándose si la expresión de su rostro la habría traiciona- do. Las personas enamoradas tenían un brillo especial... pero esperaba que eso sólo fuera así cuando sus sentimientos eran correspondidos.

-Lo importante es cómo te van las cosas con Peter -dijo Tom, cambiando descaradamente de tema-. ¿Te ha propuesto matrimonio ya?

-No seas tonto. Apenas lo conozco.

Tom asintió y se puso a tamborilear con los dedos en la mesa, mirando su propia mano en lugar de a Julie.

-¿Estás disfrutando de los partidos?

-¿Qué partidos?

-Los de los Bulls. ¿Cuáles si no?

-Sí, claro, los Bulls. La semana pasada ganaron.

-Gran partido. La mayoría de los hombres se habrían lanzado a hacer un relato minucioso del partido, o, al menos, habrían hecho un resumen de dos minutos. Tom pensó que aquello se complicaba más y más cada vez que veía a Julie. Cuanto antes encontrara un futuro marido, mejor para él. Se estaba metiendo realmente bajo su piel, y eso no le gustaba. La estaba imaginando con un vestido semitransparente como el de Mónica, sólo que sin sujetador y sin braguitas. Peor aún, nada le gustaría más que desnudarse con ella, pero ya había repasado aquella escena mil veces en su mente. No iba a suceder.

-Me alegra que estén teniendo una buena temporada -dijo Julie.

¿Le estaba recordando que aún le debía algo por las entradas? No, ese no era el estilo de Julie. Lo liberaría de su compromiso sin exigirle nada. No era de extrañar que le gustara tanto.

Le gustaba... inmensamente. Era una experiencia nueva para él sentir tanto entusiasmo por una mujer. De momento no había encontrado nada en Julie que no le agradara.

No sólo le gustaba su aspecto. Le gustaba todo: su calidez, su sentido del humor, su sinceridad.

-¿Por qué estás sonriendo? -preguntó Julie.

-No sabía que lo estaba haciendo.

-Debe haberte divertido algo.

-No exactamente.

¿Cómo podía explicarlo? No había forma de decirle a una mujer que te gustaba sin que pareciera que querías romper con ella. Aunque él ni siquiera podía dejarla porque no la tenía.

Cometió el error de alzar la vista y mirarla a los ojos, sabiendo que podía perderse en sus azules profundidades. Deseó estrecharla contra sí, aspirar su fragancia...

Si no dejaba de pensar de aquella manera, iba a saltar sobre la mesa que los separaba. Julie debería estar con él, no con Carlyle.

-Julie...

-Tom...

«Di algo para romper esta tensión»; quiso gritar él, pero Julie se limitó a repetir su nombre.

-Tom... -murmuró y alargó una mano para acariciar su puño cerrado.

-Mónica me pidió que viniera aquí con ella. Fue una equivocación aceptar.

-Sé bastante sobre equivocaciones.

Julie sonaba triste, y Tom quería que fuera feliz.

-No vuelvas a hacerlo -dijo.

-¿Hacer qué? -Julie apartó la mano como si Tom la hubiera abofeteado.

-No trates de ser una mala chica. Cualquier tipo que no te aprecie tal y como eres no te merece.

La suave risa de Julie reverberó por todo el cuerpo de Tom.

-Me temo que soy incapaz de no ser yo misma.

-Eso no es malo. Eres preciosa, dulce... Peter regresó en ese momento.

-Siento haber tardado tanto, pero mis clientes tenían muchas preguntas que hacerme respecto a la financiación.

-No importa -dijo Julie-. Has llegado justo a tiempo para la actuación.

Tom sintió nauseas cuando Peter se puso a acariciar el brazo de Julie. Afortunadamente, Whiskey Flowers entraron en ese momento en el escenario, distrayéndolos a todos. El grupo estaba formado por cinco mujeres rubias y delgadas que en esos momentos se preparaban para interpretar su música, fuera ésta cual fuera Julie rió. Aparentemente divertida por algún comentario de Peter. No había nada malo en su técnica. Carlyle se hinchó como un gallito en plena acción.

Escuchar un informe posterior a la cita no era demasiado malo, pero Tom no quería volver a ser un testigo directo de los acontecimientos. Tuvo que hacer verdaderos esfuerzo para no tomar a Peter por el cuello de la chaqueta y sacarlo a rastras del club.

Mónica regresó finalmente, con un vaso de vino en cada mano.

Librodot

-Ese camarero rubio tan guapo se ha empeñado en darme dos por uno -dijo riendo. Dio un sorbo a uno de los vasos y dejó caer parte del otro cuando estornudó violentamente.

-Si no te sientes bien tal vez deberíamos irnos - sugirió Tom.

-Me encuentro bien pero antes no he logrado llegar al servicio de las chicas.

Se alejó de nuevo olvidando aparentemente que se estaba muriendo por oír a las Whiskey Flowers. El grupo bombardeó el recinto con un redoble que atronó en los oídos de Tom. Y a continuación se lanzaron a interpretar un número que parecía combinar música y violencia.

Peter insistió en unirse a los bailarines que saltaban en la pista al ritmo de la canción. Julie dedicó a Tom una mirada que podría haber significado. «¡Sálvame!» Él pensó que probablemente sólo era imaginación suya, de manera que se quedó solo acunando una cerveza ya caliente y observando como meneaba Julie su precioso trasero.

Según sus cálculos aquella era su tercera cita con Peter. Repasó los avances de éste; un besito en la primera cita; manitas y algún beso en los labios en la segunda. ¿Daría el gran paso esa noche o esperaría hasta la cuarta cita?

Julie no iba por el buen camino, ¿pero qué podía hacer él al respecto?

Mónica no regresó, cosa que a Tom no le importó en lo más mínimo, aunque eso lo obligó a mirar a Julie bailando, a Julie sonriendo a Peter, a Julie riendo. Cuando terminó el primer pase, la pareja regresó a la mesa. La música grabada puso de los nervios a Tom, pero no más que Peter ufanándose ante Julie de las grandes ventas que había realizado.

Ya había tenido bastante de aquella doble cita del diablo. Se levantó y localizó a Mónica en la barra, coqueteando con un musculoso camarero. Se despidió rápidamente y fue a recoger a su supuesta cita.

-Vámonos, Mónica.

-¿Bromeas? Esto sólo acaba de empezar a animarse.

La mirada de Mónica parecía levemente extraviada; el frasco de medicina que tenía en la barra, junto a su bebida, estaba casi vacío.

-Yo me voy. Deberías venir conmigo.

-No eres tan divertido como pensaba -protestó ella-. Esta noche quiero divertirme.

-Me parece muy bien, pero yo me voy. Si vienes, vámonos ya.

-No quiero.

Tom se planteó la posibilidad de hacer una escena y arrastrar a Mónica a la fuerza fuera de allí, pero decidió no hacerlo. No iba a pelearse con un camarero de mirada acerada por una mujer que ya era lo suficientemente mayorcita como para cuidar de sí misma.

Sintió una punzada de remordimiento cuando fue a recoger su abrigo y luego salió del viciado ambiente interior al frío exterior, aspirando el aire fresco como si necesitara oxígeno. Estaba a punto de abrir la puerta de la furgoneta cuando Julie lo alcanzó.

-¡No puedes dejar a Mónica aquí! -dijo, enfadada.

-¿Por qué no? -preguntó Tom-. Se niega a venir conmigo, y no creo que vaya a tener problemas para encontrar a alguien que la lleve a casa.

Julie lo miró con gesto de reproche, y él supo que tenía razón. Mónica había ido al club con él, y cualquier mujer con un poco de cerebro habría vuelto a su casa con el hombre con el que había salido. Pero si ella no quería hacerlo...

-Lo que le ha sentado mal es la medicina, no la bebida, por si eso es lo que crees.

-Creo que es una combinación de ambas cosas. Si estás preocupada por ella, tú y Peter podéis llevarla a casa.

Tom sabía que estaba equivocado, pero era demasiado testarudo como para volver al interior del club a por Mónica.

-Ni hablar. Tú la has traído, así que es tu responsabilidad.

-De acuerdo, pero tendrás que venir conmigo para ocuparte de ella.

-¡Eso no es justo! -exclamó Julie, pero comprendía el punto de vista de Tom. Quién sabía lo que podría hacer Mónica, muy pronto su ex amiga, con la cabeza ida a causa de la medicina y el alcohol.

Volvieron al interior. Tom sabía que Peter no iba a saltar precisamente de alegría cuando supiera que tendría que cargar con Mónica.

Entre los tres lograron convencer a la gemela para que se fuera con ellos, y, probablemente, sólo accedió porque su camarero había decidido ponerse a ligar con una pelirroja que había en la barra.

-No quiero que se maree en mi coche -dijo Peter, cuando, finalmente, lograron llevarla hasta el aparcamiento.

-Yo no pienso ir solo con ella en mi furgoneta - insistió Tom- Es tu amiga.

¡Hombres! A Julie le habría gustado entrechocar sus cabezas.

-Yo iré con Tom y con Mónica –dijo.

-No creo que Brunswick necesite protección - protestó Peter.

-La que me preocupa es Mónica -insistió Julie-. ¿Quién sabe lo que había en la medicina? Será mejor que vaya con ella.

-De acuerdo -dijo Peter, de evidente mala gana. Mónica dejó escapar una risita tonta cuando Tom le puso el cinturón de seguridad en el asiento de pasajeros, donde Julie había insistido que fuera.

-¿Al hospital o a casa? -preguntó Tom, malhumorado.

-A su casa -contestó Julie-. Que Tanya decida luego lo que es más conveniente.

Afortunadamente, Mónica se quedó completamente dormida unos minutos después. Julie podía ver las luces del coche de Peter siguiéndolos. ¿Pensaría que había sido secuestrada, o algo parecido?

-¿Qué tal ha ido tu cita? -preguntó Tom tras un largo silencio.

-Espléndida -si no reconocía el sarcasmo cuando lo oía, que creyera lo que quisiera, pensó Julie. Hicieron el resto del trayecto en silencio.

Mónica despertó cuando llegaron a su apartamento, que, afortunadamente, se hallaba en la primera planta. Como si se tratara de una actriz de Hollywood, requirió de la ayuda de Tom y Peter para llegar hasta la puerta. Antes de entrar soltó una retahíla de disculpas mezcladas con protestas y acabó balbuceando que denunciaría a la empresa farmacéutica que hacía la medicina.

-Deberías haber hecho caso de las indicaciones del prospecto -dijo Tom.

Peter se limitó a gruñir. Mónica tenía unos cuantos kilos de más empaquetados en su ceñida vestimenta. Finalmente la dejaron en manos de una acatarrada y enfadada Tanya.

Tom se despidió de Julie con un seco «buenas noches», como si hubiera sido culpa suya que Mónica hubiera tomado tanta medicina para poder mantener su cita con él.

Peter llevó a Julie a casa, protestando casi todo el camino. Al menos, ella pudo comprobar así que, aunque resultara agradable pasar el rato con él, no podría contar con su ayuda cuando las cosas se complicaran.

-Buenas noches -murmuró Peter cuando llegaron al apartamento, sin molestarse en bajar para acompañarla hasta la puerta.

«¡Menuda noche!», pensó Julie, que estaba deseando meterse en la cama. Pero cuando lo hizo, no logró desconectar su mente. Dio mil vueltas en la cama. ¡Se iba a volver loca! ¿Cómo no se daba cuenta aquel testarudo de Tom que las Mónicas del mundo no eran para él? Si quería una mala chica, ella podía serlo. Para él. Para nadie más. ¿Le daría alguna vez la oportunidad?

Capítulo 9

¿Qué te pasa? -preguntó Tina, extrañada.

-Que me has coaccionado para trabajar en la cocina, eso es lo que me pasa -contestó Tom, tratando de guardar los últimos restos en la nevera de sus padres.

-No querrás que mamá tenga que recoger la cocina el día de su cumpleaños, ¿no?

-No, ¿pero por qué no utilizas tu propia ayuda doméstica en lugar de a mí?

-Dan lleva toda la semana esperando a que llegara el partido de hockey.

-Claro, y yo odio los deportes -dijo Tom en tono sarcástico.

-No he tenido tiempo de hablar contigo un poco en serio desde la boda. Algo te preocupa.

Tom no estaba de humor para ser analizado, sobre todo por su hermana. Lo conocía demasiado bien.

-Sí, he apostado cinco dólares por los Red Wings y voy a perderlos.

-No eres tú mismo -dijo Tina, pensativa-. ¿Tiene algo que ver lo que te pasa con Julie Myers?

-No.

Tom lo negó demasiado rápido y con demasiada vehemencia. Tina no iba a dejarlo en paz.

-¿Por qué sale con Peter si tú estás interesado en ella? No puedo creer que te haya dado calabazas.

-No me las ha dado porque nunca hemos sido pareja -Tom cerró la nevera de un portazo, haciendo que se balanceara la figura de cerámica que había sobre ésta.

-Si te atrae tanto...

-¡No me atrae tanto! No es mi tipo.

-¡Tu tipo! -Tina rió burlonamente-. Tu tipo es cualquier mujer con pechos.

-¿Sabes que desde que te casaste resultas a veces realmente molesta?

-Ya resultaba molesta antes de casarme. En serio, Tom, me gusta Julie. Tal vez ha llegado la hora de que te dejes de tanto ligoteo.

-Tal vez ha llegado la hora de que te metas en tus propios asuntos.

-Estás muy irritable. Y me parece que tampoco te sientes muy feliz.

-Escucha, Tina...

-Solíamos hablar de todo.

-No quiero herir tus sentimientos, hermanita, pero no hay nada de qué hablar.

-He oído cotillear que a Peter le gusta mucho Julie, pero que todavía no sabe si tiene ese algo especial...

-Carlyle no sabría lo que es especial ni aunque lo tuviera delante de los ojos.

-Así que es cierto -dijo Tina.

Tom odiaba la mirada de sabionda que le dirigió su melliza, sobre todo porque, normalmente, significaba que tenía razón.

-Déjalo ya -gruñó.

-Puede que haya llegado el momento de que madures -replicó su hermana, sin rencor.

-Tengo que irme.

-Estás enfadado.

-No.

No estaba enfadado, pero no tenía palabras para explicarle a su hermana lo que sentía por Julie. Ni siquiera Tina entendería su necesidad de permanecer sin ataduras. La mayoría de las mujeres habían nacido para casarse y hacer lo posible para que los demás se casaran. Veían a los hombres como cañones sueltos, peligrosos hasta que quedaban bien sujetos y bajo control.

Pero le habría gustado que Julie encontrara a alguien mejor que Peter. Sin duda, éste era un tipo decente... para ser un cretino. Tenía un buen trabajo y parecía que Julie le gustaba de verdad, ¿pero era él lo mejor que Julie podía encontrar?

Un rato después, mientras conducía, sintió que aún le dolía el comentario de su hermana sobre su inmadurez pero era Julie la que estaba volviendo su vida del revés.

Si Peter era el hombre que quería, tendría que asumirlo. Tal vez había llegado el momento de averiguar cuánto quería Julie a Peter... y de hacer algo para que su relación avanzara. Estaba viviendo en el limbo, y la única forma de volver ala normalidad sería sabiendo que estaba emparejada. La tenía metida dentro de la cabeza, y bajo la piel, pero él no era hombre de una sola mujer. Definitivamente, no lo era.

Sin haberlo premeditado, se encontró conduciendo por Higgins Road, en dirección al apartamento de Julie. ¿Dónde creía que iba?

Se echó abruptamente a la derecha y redujo la marcha, golpeado por un inesperado pensamiento. Tal vez, el problema residía en sus consejos. Carlyle quería una buena chica con la que casarse, y él había está do enseñando a Julie a ser una mala chica. Era posible, incluso probable, que el tiro le hubiera salido por la culata.

Era peor que el doctor Frankenstein. Había tomado a una bella y dulce mujer y había tratado de convertirla en una mala chica. No era de extrañar que Peter tuviera dudas respecto a ella.

Una vez aceptada su responsabilidad, supo lo que debía hacer.

Librodot

Cuando sonó el teléfono, Julie esperó que fuera su madre o su abuela, o algún vendedor... alguien que no supiera sobre la existencia de Tom. Estaba enamorada y no quería estarlo. ¿Cuánto tiempo le iba a llevar superar lo de Brunswick? Reacia, descolgó el auricular.

-Hola. -Julie, soy Tom. ¿Puedo pasar por ahí para hablar contigo?

-¿Me lo estás pidiendo? Julie estaba asombrado. Aquello no encajaba con Tom. Su estilo consistía en dejarse caer por allí cuando le apetecía para estropearle el día recordándole que no estaba disponible. Por mucho que le apeteciera estar con él, resultaba demasiado doloroso seguir con la farsa de profesor alumna.

-Si no te importa. Creo que deberías probar otra vía de acción.

-¿Qué vía?

-Es complicado de explicar. Preferiría hacerlo en persona.

Julie sintió cómo se aceleraban los latidos de su pecho. No quería tener a Tom en su apartamento. Su presencia parecía abarcarlo todo y cortar el suministro de oxigeno y siempre existía el peligro de que... de que...

-No subas -dijo-. Podemos quedar a medio camino, en la pastelería panadería que hay en Hoover junto al vídeo club.

-Conozco el lugar. ¿Sería demasiado pronto que nos viéramos en veinte minutos?

Julie pensó que veinte años serían demasiado pronto si tenía intención de darle más consejos respecto a cómo atrapar a un hombre, pero murmuró su asentimiento.

La tienda estaba medio vacía; los domingos cerraban temprano. Tom ya estaba sentado a una mesa junto a la ventana, partiendo un pastel de hojaldre que, al parecer, había pedido como excusa para ocupar el sitio, pues no lo estaba comiendo.

Se levantó y apartó una silla cuando Julie se acercó.

-¿Te apetece tomar algo?

Él no había tocado su café.

-No, gracias.

Tom fue directo al grano. Julie tuvo la incómoda sensación de que tenía preparado lo que le iba a decir.

-Algo va mal... -dijo, sosteniendo con tal fuerza un trozo de hojaldre en la mano que lo quebró.

-Tom, no tienes por qué.

-Sí tengo.

¿Cómo podía explicarse?, se preguntó. Podía intentar el estilo directo. «Julie, te he dado un consejo estúpido». O, tal vez, sería mejor utilizar la sutileza. «Julie, hay más de una manera de conseguir las cosas».

Tonterías.

-Lo que pienso... -empezó.

El problema era que apenas podía pensar teniendo a Julie delante, con sus mejillas rosadas, sus labios entre- abiertos, mostrando sus bonitos dientes.

-He pensado que podíamos salir juntos.

Librodot

Tom se asombró a sí mismo más que a la propia Julie, pero lo que había dicho tenía sentido. Debía salir con ella para convencerla de que era mucho más atractiva siendo ella misma que tratando de comportarse como una mala chica.

-Hagamos como si tuviéramos una cita a ciegas - empezó a explicar-. Yo reaccionaré como lo haría en un primer encuentro de verdad. Tú puedes mostrarte totalmente desinhibida conmigo, para que podamos decidir qué funciona y qué no.

-¿Desinhibida? -repitió Julie, mirándolo con gesto escéptico-. No comprendo bien para qué.

No sabía qué hacer. Los hombres no estaban cayendo precisamente a sus pies como moscas, pero tampoco estaba descontenta de sus progresos... sólo con lo que sentía por Tom. ¿Seguiría decidido a convertirla en una mujer fatal? y aún más importante, ¿por qué?

-Dame esa satisfacción -dijo Tom. Sonrió un poco avergonzado, pero para Julie fue como si un millón de velas se encendieran para ella. El sentido común le advertía que dijera que no. No necesitaba más frustración en su vida, pero sí necesitaba a Tom. Si una cita era su mejor oferta, no se sentía lo suficientemente fuerte como para negarse.

-De acuerdo. Julie sonrió, pero el corazón le dolía. Cuando pidió la ayuda de Tom, pensó inocentemente que él no significaría nunca nada para ella. Los hombres como él nunca se interesaban por las chicas agradables como ella. Conocer su actitud hacia el matrimonio debería haberla inmunizado contra él.

Lo cierto era que estaba totalmente enamorada de él, pero no sabía cómo decirle que había perdido interés en encontrar un marido. Quería estar con él, aunque eso significara vivir día a día sin la esperanza de un compromiso permanente.

-¿Mañana te parece bien? -preguntó Tom.

-¿Una cita el lunes? -aunque, por supuesto, no es una verdadera cita.-De acuerdo, mañana.

Tom pareció aliviado.

-Trataremos de averiguar que conviene hacer para que Peter se anime a hacerte una proposición.

Julie no dijo nada. Ella no quería una proposición de Peter. ¡Lo que quería era una verdadera cita con Tom!

-Te recogeré a las ocho. ¿Te parece bien?

-Sí.

-Limítate a ser tú misma -dijo Tom, mientras se levantaba para irse.

Julie no entendió por qué dijo eso, pero aquel no era el momento ni el lugar de entrar en el tema. Quería irse antes de cometer alguna tontería... como decirle lo que sentía realmente.

¿En qué había quedado lo de mostrarse seductora y misteriosa? , se preguntó, camino a casa. ¿Iba a ser aquella cita su examen final con el profesor Tom? Si era así, tenía la sensación de que iba a suspender.

Apenas pudo concentrarse en el trabajo al día siguiente. El lunes era día de colada, de pagar los recibos, de limpiar el baño. Nadie tenía una auténtica cita el lunes, de manera que lo único que debía querer Tom era acabar con sus clases.

Para cuando llamó al portero automático de su apartamento, Julie estaba decidida a demostrarle todo lo que había aprendido durante el mes pasado. Estaba decidida a no dejarle saber lo que sentía por él.

-Hola, soy Tom.

-Hola, soy Julie, tu cita a ciegas -contestó ella, entregándose de lleno a su papel.

-Estás guapísima.

-Tú también.

Julie nunca había visto a Tom con mejor aspecto.

Llevaba una elegante chaqueta marrón, pantalones marrones oscuros y una camisa de hilo a juego. Se había cortado un poco el pelo, y olía a una fragante loción para después del afeitado.

-Déjame arreglar esto -dijo Julie. Interpretando a la perfección su papel de chica mala, se irguió y simuló ajustar el cuello de la camisa de Tom, rozándole levemente la barbilla con los dedos.

-Así está mejor. Entregó a Tom su abrigo y se dio la vuelta para que le ayudara a ponérselo. Cuando bajaban las escaleras, enlazó un brazo con el de él.

Tom la llevó a un asador que se hallaba a unos veinte minutos. Aquel tipo de restaurante no era precisamente la idea que Julie tenía de un lugar romántico, pero, al menos, no estaría abarrotado un lunes por la noche.

-Su especialidad es la carne de buey, pero también hay otras cosas entre las que elegir -dijo Tom.

Julie hizo un pícaro comentario sobre las hormonas de la carne. No sabía cuál era su puntuación hasta el momento, pero estaba echando toda la carne en el asador, riendo las bromas de Tom, fueran o no divertidas, pegándose a él lo más posible.

Una vez sentados a la mesa, recordó alisar su jersey mientras se sentaba frente a él. Habría preferido ponerse una camisa blanca con la falda plisada, pero el jersey rosa que llevaba era más sugerente y tenía tendencia a ceñirse en las curvas.

-¿Te gusta mucho comer chuletones? -preguntó, recordando que se suponía que no sabía nada sobre su cita a ciegas.

-Supongo que sí -Tom estaba estudiando el menú, sin ofrecerle ninguna clase de ayuda o ánimo. ¿Estaría probando su agresividad permaneciendo allí sentado con aquella impenetrable actitud?

Julie se esforzó por mantener la conversación fluida sin contar con su ayuda.

Finalmente, desesperada por llamar su atención, buscó su pierna bajo la mesa y frotó su pantorrilla contra la de él. Si aquello no lo hacía reaccionar...

Se quitó un zapato y deslizó la punta de los dedos por la pierna de Tom.

-Ya es suficiente -dijo él-. Aquí está el camarero.

-Hola, soy Todd. ¿Habéis decidido ya qué vais a tomar?

Julie dejó que Tom pidiera por ella, agradecida cuando sugirió escalopes en lugar de medio buey.

«¿Qué más puedo hacer?», se preguntó. Quería gritar, o saltar arriba y abajo; cualquier cosa que borrara la aburrida expresión del rostro de Tom.

El lugar estaba casi vacío; tenían una esquina en semipenumbra para ellos solos. Cuando el camarero les trajo las ensaladas, Julie decidió que iba a hacer que desapareciera de una vez la pétrea expresión Tom.

Se inclinó hacia delante, y, mientras hacía un inocuo comentario sobre las clases de flores que los hombres encargaban en la tienda para sus novias, alzó una pierna y dejó que los dedos del pie se apoyaran directamente en la diana.

¡Tom estaba conmocionado! ¡Y más que eso! Los ágiles deditos de los pies de Julie se enterraron en su entrepierna, provocando una reacción más intensa de la que ella habría podido imaginar. En un gesto de mera autodefensa, tomó el pie y lo apartó. Pero su erección ya era tan evidente que tuvo que cubrirse con la servilleta para disimularla.

-Come tu ensalada -probablemente, aquella era la tontería más grande que había dicho en su vida.

Se culpó a sí mismo. Julie estaba intentando ser vacua y frívola, halagándolo y coqueteando con él, forzando la situación, comportándose de manera que supiera que estaba disponible.

La había entrenado bien, pero no estaba nada orgulloso de su trabajo. Siempre salía con mujeres del estilo que estaba imitando Julie, y en la mayoría de los casos, cuando las dejaba, éstas pasaban a otros hombres con muy pocas quejas. Pertenecía a la clase de hombres que las «tomaba y las dejaba», y siempre elegía a mujeres fáciles de olvidar.

Si cualquier otra mujer le hubiera hecho lo que acababa de hacer Julie, lo habría tomado como una invitación y habría disfrutado inmensamente del resto de la velada. Pero había tomado a una chica que era perfecta, dulce, encantadora, inocente, y le había enseñado una serie de trucos baratos que para nada necesitaba.

Se sentía demasiado avergonzado como para mirarla a los ojos.

-¿Me vas a dar un sobresaliente, profesor? -preguntó Julie, sin lograr ocultar del todo la vergüenza que sentía.

-Eso no ha estado bien, Julie. ¿Quién era él para reprenderla?, se recriminó Tom. Se sentía asqueado consigo mismo.

-Lo siento -dijo ella, bajando la mirada al plato. Parecía tan infeliz como Tom se sentía.

-No, es culpa mía. Todo lo que te he enseñado sobre las normas para ser una mala chica es una tontería. Sólo los tontos como yo son capaces de dejarse llevar con trucos tan baratos. Olvida todo lo que te he dicho, Julie. Por favor. Eras perfecta antes de que yo empezara a marearte con todas estas tonterías.

-No comprendo. Julie parecía anonadada. Tom no habría podido sentirse peor si la hubiera abofeteado.

-Sí entiendes. Eres una persona dulce y cariñosa y yo he tratado de convertirte en una réplica de tu amiga Mónica. Olvida todo lo que te he dicho.

-Pero tus reglas parecen funcionar. Tom habría querido alejar con un beso el dolor y la confusión que había en el rostro de Julie, pero cualquier cosa que hiciera en ese momento sólo serviría para empeorar la situación.

-No. Has logrado impresionar a Peter a pesar de mis «lecciones». Voy a devolverte los pases. Lo cierto es que aún no los he utilizado. Quédate con Peter. Quédate con quien quieras. No necesitas mis consejos, y nunca los necesitaste. Brad fue un estúpido. Pero que estúpido. Dejó pasar una oportunidad de oro de tener una maravillosa relación, y tú no deberías cambiar por haber tenido una mala experiencia con él. Eras perfecta tal como eras.

Julie se quedó boquiabierta, incapaz de hablar. La charla de Tom había sido abrumadora, y notaba lo enfadado que estaba consigo mismo, no con ella.

-Ese es el motivo por el que te he traído aquí esta noche; para decirte eso -añadió él, taciturno.

-Creo que no voy a poder comer nada, Tom. Lo siento, sobre todo por... ya sabes.

-Eso lo has captado muy bien -Tom sonrió con gesto de arrepentimiento-. Aún no estoy en condiciones de irme.

-Me quedo si olvidas lo de devolverme los pases -dijo Julie con suavidad-. No me debes nada.

-Gracias -Tom no le estaba dando las gracias por los billetes, sino por ser la clase de persona que era-. Supongo que ahora es cuando debería preguntar si podemos seguir siendo amigos.

Ni él mismo sabía lo que estaba haciendo. Sabía que debía dejar de ver a Julie, pero aún no estaba preparado para apartarla de su vida; al menos, no hasta que encontrara alguien adecuado. Aún le debía eso; se la debía a sí mismo. No se quedaría tranquilo, ni sería capaz de re- tomar su vida social, hasta que viera a Julie con un hombre apropiado para ella.

Sorprendentemente, el resto de la tarde fue realmente divertido, al menos para él. Hablaron de sí mismos, no de sus citas, ni de reglas a seguir durante éstas. Tom contó cómo empezó con su tienda, y Julie le reveló que ella también tenía intención de abrir su propia floristería con un dinero que le había dejado su abuelo, cuando tuviera suficiente experiencia para ello. A los dos les gustaban los juegos de tablero y los festivales de música étnica.

Con cada minuto que pasaba, Tom se daba cuenta de cuánto le gustaba Julie. Y eso la asustaba.

Cuando la acompañó a la puerta de su casa ya era casi media noche.

-¿Puedo subir? -preguntó, pasando con ella al vestíbulo.

-Lo siento, no en la primera cita. Julie se estaba divirtiendo con él, y eso resultaba aún más erótico que sus pies acariciándole las piernas.

-¿Sólo unos minutos? -ser rechazado siempre estimulaba a Tom, pero aquello era diferente. Quería estar más rato con ella.

-No, no creo.

-¿Puedo darte un beso de buenas noches? Fue el diablo quién le hizo preguntar eso... o tal vez el recuerdo del piececito de Julie jugueteando con él.

-Uno pequeño, en la mejilla -dijo ella, señalando un punto intermedio entre su barbilla y su boca.

Estaba jugando con fuego y podía salir quemada. Tom la sabía, pero era difícil preocuparse cuando lo estaba volviendo loco. Quería tenerla entre sus brazos, en su cama.

Inclinó la cabeza y la besó con suavidad en la comisura de los labios, prolongando un momento el beso mientras la rodeaba con los brazos. Julie llevaba el abrigo abierto y sus pechos presionaron contra él, firmes y deliciosamente mullidos bajo el jersey. Tom se quedó asombrado de su propia reacción; ni siquiera la había besado de verdad y ya estaba duro y palpitante. Trató de culpar de ello a la vida célibe que llevaba últimamente, pero sabía que era Julie. Sólo Julie.

Ella alzó los brazos y rodeó con ellos su cuello. Tom no pudo aguantar más. La besó dura y apasionadamente, haciéndole entreabrir los labios con su lengua y tomando casi a la fuerza lo que quería, sosteniendo la cabeza de Julie en sus manos para que no se apartara.

Librodot

No era un beso de primera cita; estaba yendo demasiado lejos y demasiado deprisa, anhelando tanto sentir la dulzura de la boca de Julie que se olvidó de sí mismo.

Utilizando todo el auto control que le quedaba, se apartó un instante, dándole la oportunidad de apartarse e irse. En lugar de ello, Julie tiró de él hacia abajo con firme suavidad, presionando su pelvis contra él, debilitando por completo su voluntad. Tom deslizó el abrigo de los hombros de Julie y deslizó las manos por su espalda hasta apoyarlas en su trasero. La presionó contra su dura excitación hasta casi alzarla del suelo.

Oyó cómo jadeaba en busca de oxígeno. No sabía cómo habían llegado tan lejos. Aquello era una fantasía hecha realidad.

-Tal vez podrías subir unos minutos -dijo Julie con voz ronca, sin el más mínimo matiz de afectación.

Tom la besó con suavidad y dejó caer las manos a los costados. Aquello no era sólo sexo. Era... no sabía. Fuera lo que fuese lo que estaba sucediendo, quería que siguiera para siempre. El mejor sexo del que hubiera podido disfrutar en su vida no era nada comparado con la sensación de la boca de Julie en la suya. Anhelaba estar dentro de ella, pero un cálido y desconocido gozo lo estaba sobrepasando. Apenas podía respirar; las rodillas le temblaban.

No podía subir a su apartamento. Julie no se resistiría, pero no podía hacerle el amor; no, sabiendo como sabía todas las connotaciones que tendría para ella... y, tal vez, para él.

¿Cómo podía sentirse tan feliz y tan triste a la vez? El esfuerzo de separarse de Julie fue lo más doloroso que había hecho en su vida.

-No puedo -dijo.

Ella pareció aturdida y dijo algo, le dio las gracias por la cena, tal vez, pero él ya estaba saliendo al frío aire de la noche.

No podía tener una aventura con Julie. Debía dejar de verla. Sus hormonas, y su corazón, estaban hechos un caos. Si pudiera tener relaciones sexuales con ella, sacársela de debajo de la piel... No. Esa no era la respuesta. Caminó hasta la furgoneta, sabiendo que podría haberla convencido para hacer cualquier cosa, todo. Lo deseaba tanto como él la deseaba a ella.

Puso el vehículo en marcha, temiendo marchitarse y morir si no hacía el amor con Julie. No era demasiado tarde para volver atrás.

Sólo una vez. Si pudiera hacerle el amor una vez, tal vez se rompería el embrujo que lo tenía prisionero. Podría volver a llevar su vida normal; podría volver a sentirse como un individuo separado.

-No te engañes -dijo en alto. Una vez no bastaría. No con Julie. Se había metido bajo su piel y en su corazón. La quería en su cama y fuera de ella, pero no podía aceptar su necesidad de «tuyo para siempre».

Tenía que terminar con aquello.

Debía dejar de simular que no había nada que terminar entre ellos.

Al día siguiente le diría adiós para siempre. Tenía que hacerlo.

Librodot

Capítulo 10

¿Cómo era posible qué, después de cómo la había besado, Tom no la llamara?

Julie pasó el martes como pudo, sintiéndose apenas capaz de contar una docena de rosas sin pincharse los dedos. Estaba en un continuo estado de agitación, esperando ver a Tom entrando en la tienda cada vez que se abría la puerta.

Después del trabajo volvió rápidamente a casa. ¿Debía llamarlo? Su último consejo había sido que fuera ella misma, y la verdadera Julie Myers era demasiado cobarde como para llamar a un hombre y decirle que estaba loca por él. ¿Pero cómo podía saberlo Tom si no se lo decía? Él aún pensaba que estaba totalmente centrada en la idea del matrimonio, y ella sabía que él no quería saber nada al respecto.

Sin embargo, la noche pasada la había deseado y ella le había correspondido. Estuvieron tan cerca que Julie aún podía sentir las chispas. Lo que Tom no quería era comprometerse, y no podía saber que ella esta iba dispuesta a conformarse con lo que quisiera darle.

«¡Olvida las invitaciones de boda!», se dijo. Ya las había elegido una vez con el hombre equivocado. ¿Cómo podía decirle a Tom que él era el adecuado sin hacer que saliera corriendo en dirección contraria? No hacía falta que fueran a por anillos de compromiso se conformaba con hacer manitas en el cine o con que se llamaran por teléfono simplemente para charlar.

La luz de su contestador parpadeaba cuando entró en el apartamento. Deseaba con tal desesperación que fuera Tom que temía escuchar el mensaje.

Finalmente, apretó el botón.

Era Tom. Julie deseó abrazar a alguien, pero se tuvo que conformar con un almohadón del sofá.

-Anoche estuviste muy bien -dijo la voz grabada de Tom. Algo en su tono de voz hizo pensar a Julie en un profesor entregando un aprobado. No era aquello lo que quería oír-. El entrenamiento ha finalizado... no puedo enseñarte nada más. Puede que alguna vez volvamos a vemos.

¿Cómo podía haber dejado un mensaje como ése en el contestador? Julie sintió que el corazón le iba a estallar en mil pedazos. ¿Cómo podía besarla de aquella manera para luego echarla de su vida?

Permaneció varios minutos quieta donde estaba, más aturdida que enfadada. No podía decirse que Tom la hubiera dejado, porque ni siguiera habían llegado a tener una relación sentimental. El sólo le prometió ayudarla para buscar al señor Perfecto. No era culpa suya que ella se hubiera enamorado del señor No Interesado.

-No comprendo -dijo en voz alta.

La noche pasada, Tom quiso hacer el amor con ella. No necesitaba lecciones para saber eso. Probablemente pensó que, renunciando a lo que ambos querían, estaba siendo noble. Ahora era demasiado tarde para hacerle sabe! que ya no estaba obsesionada con el matrimonio.

Nunca sería una auténtica «mala chica». El mismo Tom se lo había dicho. ¿Significaba eso que nunca haría el amor con un hombre al que realmente amara?

Ignorando las lágrimas que rodaron por sus mejillas, se prometió una cosa si alguna vez tenía la oportunidad, experimentaría todo lo que una mujer debía experimentar. Tom había sido la segunda gran decepción sentimental de su vida, y ésta vez era su corazón el que había resultado herido, no su orgullo.

Peter la llamó el jueves para decirle que ese fin de semana debía dar un seminario sobre ventas en Milwaukee, y que no podría verla el sábado. Julie no supo si sentir alivio o decepción.

-Esas son las malas noticias -dijo Peter, entusiasmado--. La buena es que he sido el máximo vendedor de éste último trimestre y he ganado un fin de semana con los gastos pagados en Las Vegas.

-Felicidades, Peter. Me alegro por ti.

-Aún hay más. El viaje es para dos. ¿Qué te parecería venir conmigo?

-No sé...

-Espectáculos, juego, diversión... Será fantástico. -Yo no...

-No rechaces mi propuesta ahora mismo. Sin ata- duras. Si quieres, podemos pedir habitaciones separadas. En serio.

Cuando, finalmente, Julie colgó, tuvo que admitir que Peter era realmente un buen vendedor. Ella no había dicho sí, pero él la había convencido para que se lo pensara. Y lo cierto era que le gustaba aquel tipo. Lo pasaban bien juntos. El no tenía la culpa de no ser Tom.

Las ventas de la tienda de muebles marcharon muy bien en marzo, tanto, que Tom decidió tener abierto hasta tarde durante una semana. Él mismo trabajó las horas extras, y, tras jornadas de doce y catorce horas, acababa demasiado agotado como para hacer algo más que caer rendido en la cama por las noches. Eso era mejor que estar solo en su apartamento echando de menos a Julie.

Durante las tres semanas pasadas había descolgado el teléfono para llamarla al menos una docena de veces, y ¿pero qué podía haberle dicho? Hizo lo correcto, aunque cobardemente, dejándole un mensaje en el contestador.

Estaría bien cuando el dolor pasara. Entretanto, no podía arriesgarse a volver a ver a Julie ni siquiera a hablar por teléfono con ella.

También hizo lo posible por evitar a Dan y sus informes sobre los progresos que hacía Peter con Julie.

Estaba solo en la parte delantera de la tienda cuando, la puerta se abrió. Cuando se volvió para saludar al cliente, vio que se trataba de su hermana. Tina tenía un aspecto magnífico y sus ojos relucían.

-Hola, nena -saludó estás muy guapa. Sólo te sobra un poco de trasero, pero a algunos les gusta eso.

-Si alguna vez dijeras algo agradable sin añadir “nada a continuación...”

Tom sonrió cariñosamente.

-Sólo bromeaba. ¿Qué te trae por aquí? Mamá se ha ido a las dos.

-No he venido a verla a ella.

-Eso resulta amenazador.

-Quería arrinconarte personalmente, ya que últimamente pareces estar desarrollando ciertas tendencias antisociales.

-Se llama adicción al trabajo.

-Nunca has sido un adicto al trabajo. Siempre has sabido encontrar tiempo para divertirte.

Tom se encogió de hombros, sin molestarse en buscar argumentos para discutir con una mujer con la que había compartido la bañera... más de veinticinco años atrás.

-Dan y yo vamos a dar una fiesta el sábado. Nos gustaría que vinieras.

-¿Una gran fiesta?

-Tanto como permita nuestro apartamento. Algunas de mis compañeras de vuelo tienen un puente este fin de semana.

-¿También... ah...?

-¿Brenda? No, no va a venir. No la impresionaste demasiado.

Tom podía comprenderlo.

-¿Y Julie?

-No la he invitado. ¿Podemos contar contigo?

-Sí, claro -Tom sabía que tenía que volver a ponerse en circulación en algún momento, y las amigas de Tina eran una oportunidad ideal-. Llevaré cerveza y patatas fritas.

-Ven hacia las ocho. Dan se alegrará de verte.

-¿El león enjaulado recordando sus días de libertad?

-Tú caerás en la trampa cualquier día de estos.

Tina se fue. A Tom nunca le había gustado que su hermana siempre tuviera la última palabra.

El espacioso apartamento de Tina y Dan estaba abarrotado cuando Tom llegó, después de las nueve. Llevó dos grandes bolsas de patatas y cervezas a la cocina, dejó su chaqueta sobre otro montón de éstas en la cama del dormitorio y luego se unió a la fiesta.

Tenía para elegir entre rubias, morenas y pelirrojas, y parecía que había pocas parejas. Estaba dispuesto a pasarlo bien como fuera. De hecho, le alegraba volver a estar en circulación.

Eligió a la pelirroja porque le gustaba su minifalda azul y su ceñido jersey, Se encaminaba hacia e1la cuan- do vio a Julie... con el brazo de Peter posesivamente apoyado sobre sus hombros.

Desvió su trayecto antes de verse obligado a saludar y fue a la cocina, donde encontró a su hermana.

-¿Qué hace aquí? ¡Dijiste que no la habías invita- do!

-¿A quién?

-¡Sabes muy bien a quién me refiero! ¡A Julie!

-No la he invitado. Supongo que Dan invitó a Peter y éste la ha traído. Por si no lo sabías, últimamente salen mucho juntos.

-Estupendo, me alegro por e1la. Es exactamente lo que quiere -Tom sentía la lengua espesa, y ni siquiera había probado una cerveza todavía.

-No sé -Tina le alcanzó una bandeja con patatas fritas y frutos secos-. Pasa esto entre los invitados, por favor.

-¿A qué te refieres con que no sabes?

-Viendo juntos a Peter y a Julie tengo la sensación de que la química no funciona.

-Lo próximo que me dirás es que sus vibraciones no vibran. ¡Sé más seria! Nunca has sido una casamentera.

-No, pero he visto lo suficiente a Julie como para preguntarme...

-¿Qué?

-Si no estará interesada en otra persona.

-Sí, probablemente en el cretino de su ex prometido.

-No creo.

-Supongo que es tu intuición femenina la que te hace pensar todo eso -Tom rió, pero su risa fue más parecida aun bufido que a otra cosa.

-Ya veremos.

Tom dejó la bandeja en la mesa del salón, se puso a charlar con la pelirroja y logró evitar a Julie.

Desafortunadamente, Tina tenía una voz que podía oírse de un extremo a otro del Concorde, de manera que Tom no pudo evitar escuchar lo que decía cuando arrinconó a Carlyle.

-¿Serías tan encantador de ir al Mini Mart para traer un poco de hielo, Peter? -preguntó, en el tono que solía utilizar para los pasajeros que pensaban que el límite de dos bebidas en el avión sólo debía aplicarse al piloto.

-No tienes por qué dejar la fiesta -dijo Peter a Julie cuando ésta se ofreció a acompañarlo-. Sólo tardaré unos minutos.

El corazón de Julie ya había dado un vuelco cuando vio por primera vez a Tom. Ahora iba a ser imposible evitarlo. Había sido una locura decidirse a acudir ala fiesta que daba su hermana, pero no podía permitir que él dictara adónde podía ir ya quién podía ver. Ya no.

Miró a su alrededor, frenética, esperando ver algún rostro familiar que no fuera el de Tom. Pero la única alternativa que encontró fue huir al servicio.

«¡Cobarde!» se auto acusó. Eso era precisamente lo que Tom habría esperado que hiciera huir y ocultarse.

No debería haber ido a la fiesta, pero Peter había insistido. Estaba al borde de iniciar una relación seria con él, pero una voz interior la prevenía. Peter era dulce, atento y atractivo era un hombre genuinamente agradable... pero ella sólo era capaz de pensar en Tom.

Respiró profundamente, irguió los hombros y borró mentalmente todas las reglas que Tom le había dado Jara hacerse la inaccesible. Tenía que volver a poner la pelota en su campo. Si permitía de nuevo que se fuera, tendría que dejar de pensar en él y darle una auténtica oportunidad a Peter. Este la estaba presionando para que le respondiera sobre el fin de semana en Las Vegas.

Una buena chica diría no a ese viaje una mala chica iría. Julie ya no sabía bien cuál de ellas era y todo gracias a su confuso tutor. Aún se ruborizaba al recordar cómo había acariciado su entrepierna con el pie, sobre todo porque podría jurar que sintió cómo se endurecía.

Tom había creado aquel dilema. Era culpa suya que hubiera conocido a Peter, y era él quien la había entrenado para hacerse más deseable a los ojos de éste. No podía decidirse respecto al asunto de Las Vegas, así que, ¿por qué no pedir consejo a su tutor?

Peter no tardaría en regresar, de manera que debía actuar deprisa.

Salió del baño, fue al salón y localizó enseguida a Tom, que estaba hablando con una atractiva pelirroja.

-¿Puedo hablar contigo un momento, Tom? -preguntó Julie, haciendo acopio de todo su valor.

La pelirroja le dedicó una mirada que podría haberla atravesado.

-Por supuesto. Discúlpame, eh... Candy -dijo Tom.

-Mandy -corrigió ella, mirando ya a su alrededor en busca de una nueva presa.

-Tienes muy buen aspecto -dijo Tom cuando se quedaron a solas.

Julie llevaba el vestido rojo, pero éste no reforzaba tanto su confianza como el día de la boda.

-¿Podemos hablar a solas?

-Será complicado. Vamos a ver si hay alguien en el dormitorio -al ver que Julie dudaba, Tom añadió- La última vez que he entrado, había dos metros de abrigos y chaquetas apilados sobre la cama.

-Ni siquiera estaba pensando en eso -mintió Julie, deseando poder concentrarse en algo más que en la perfección con que encajaría el cuerpo de Tom en el suyo.

-¿Qué sucede? -preguntó él, una vez en el dormitorio.

-Sólo quería darte las gracias por toda la ayuda que me has prestado.

-No hace falta. En realidad no estoy seguro de haberte servido de ninguna ayuda.

Tom parecía tan incómodo como Julie se sentía.

-Espero que hayas disfrutado de los pases.

-He visto muy buenos partidos.

-Si no te importa, querría pedirte consejo una vez más.

Tom permaneció un momento en silencio.

-Si me importara, ¿no me lo pedirías? -preguntó, finalmente.

-No, no si esa es tu actitud -Julie trató de rodearlo para dirigirse a la puerta, pero él se lo puso difícil. De hecho, se lo estaba poniendo todo difícil, y Julie había empezado a ponerse nerviosa incluso antes de que Tom se mostrara reacio.

-Pregunta -la tomó por un codo y la retuvo lo suficientemente cerca como para que pudiera oler su loción para el afeitado, pero no tanto como para que pudiera sentir el calor de su cuerpo.

-Peter me ha pedido que vaya con él a Las Vegas a pasar el fin de semana. ¿Debo ir?

Tom la soltó y, por un instante, Julie creyó que no iba a contestarle.

-Haz lo que quieras -dijo al cabo de un momento.

-No estoy segura -confesó ella, necesitando que le dijera algo más-. ¿No hay alguna regla para esta clase de situaciones?

-Lo siento, pero ya me he quedado sin reglas.

-Bien.

Julie le dio las gracias entre dientes, sabiendo que estaba derrotada, pero aún se negaba a caer.

Ninguno de los dos se movió, pero Tom se negó a mirarla a los ojos.

-Bueno, gracias por nada -dijo, tras un incómodo silencio.

No pretendía mostrarse sarcástica. Tampoco tenía planeado lo que sucedió a continuación, pero incluso mientras fruncía el ceño, los labios de Tom siguieron siendo igual de carnosos y sensuales que los que la perseguían en sueños. Se puso de puntillas y trató de besarlo en la comisura de los labios, pero falló. Sus bocas conectaron de lleno, y Julie lo besó con tanta fuerza como pudo, cerrando los ojos y sintiendo unas oleadas de placer que no se parecían a nada de lo que había experimentado hasta entonces.

Luego lo rodeó y se acercó a la puerta.

-Creo que deberías ir a Las Vegas -dijo Tom, en tono tenso, sin hacer nada por detenerla.

Julie no sabía qué más decir al hombre que había rechazado con tanta rigidez su oferta final.

Salió del dormitorio y estuvo apunto de darse de bruces con Peter, que ya había vuelto con el hielo y la estaba buscando.

-Ya me he decidido, Peter -dijo, ignorando el dolor que atenazaba su corazón-. Me encantaría ir contigo a Las Vegas el próximo fin de semana.

¡Al diablo con Tom Brunswick! Ya estaba cansada de sus reglas. De ahora en adelante, sólo iba a seguir las que ella misma dictara.

Peter parecía feliz. Estaba moviendo los labios, pero el dolor que sentía Julie le impidió escuchar sus palabras. Dejó que le pasara un brazo por los hombros, olvidando lo pesado que le había parecido hacía un rato.

Había sellado su destino. A pesar de sí misma, se volvió a mirar por encima del hombro. Tom estaba justo detrás de ella. Sabía que se iba a Las Vegas. La mirada, que le dedicó podría haber marchitado una flor. Julie se tambaleó bajo el impacto de su dolor, pero Peter la sujetó con firmeza.

Tom pasó junto a ellos. Julie no volvió a verlo esa tarde, pero Tom no abandonó su mente ni un instante.

Capítulo 11

Julie llegó a su apartamento el domingo por la tarde, preguntándose por qué había dejado que Karen la convenciera para pasar un fin de semana de consolación en Wisconsin.

Milwaukee en marzo no era sustituto para la soleada Las Vegas, sobre todo teniendo en cuenta que llovía o nevaba casi todo el tiempo. Habían ido al museo de arte, al cine, y habían jugado cientos de partidas de scrabble con la tía de Karen entre pesadas comidas caseras. Lo más difícil había sido simular que se sentía animada.

A mediados de semana hizo su equipaje para Las Vegas, pero, finalmente, no se decidió a ir. Tal vez había sido una locura estropear una amistad con un hombre perfectamente agradable, sobre todo por un mal chico como Tom. Este tenía una incurable fobia contra el compromiso y ella había aceptado definitivamente que no tenían futuro juntos. Por desgracia, su corazón estaba atrapado por sus sentimientos, pero no habría sido justo alentar a Peter cuando no había posibilidad de que llegara a amarlo. Era un tipo decente que no merecía sufrir.

Peter aceptó su negativa mejor de lo que había esperado. Tal vez fue un alivio para él que lo dejara antes de que apareciera el anuncio de su compromiso en la prensa. Así no tendría que contarla como su quinta ex prometida.

Julie no se había sentido capaz de salir con un hombre mientras deseaba estar con otro. Era posible que, cuando consiguiera sacarse a Tom de la cabeza y del corazón, encontrara a alguien más adecuado para ella, pero en esos momentos sentía que hacerlo le costaría una eternidad. Podía imaginarse a sí misma, mayor y con el pelo blanco, finalmente dispuesta para tener otro romance, pero limitada a la selección que pudiera hacer en el asilo.

Ya se había quitado los zapatos cuando se dio cuenta de que la luz de su contestador parpadeaba. El indicador mostraba que había cuatro mensajes. Apretó de mala gana el botón.

-Julie, si estás ahí, responde al teléfono. Era Tom. Habría reconocido su voz en cualquier lugar. ¿Por qué la habría llamado? Se suponía que estaba en Las Vegas con Peter. De todos modos, no tenían nada que decirse.

-Julie, ¿dónde diablos estás? Soy Tom. Son las cinco.

Los dos mensajes siguientes eran más de lo mismo. Tom sonaba agitado, ansioso y enfadado. Julie no podía imaginar por qué la había llamado tantas veces.

Marcó el número de su casa pero saltó el contestador. No dejó ningún mensaje ¿Qué podría haber dicho?

¿Y qué podría querer él?

El lunes por la mañana, Julie estaba arreglando una corona de flores para un funeral cuando Tom entró en la tienda como un vendaval.

-¿Dónde has estado todo el fin de semana?

-¿Dónde he estado? -Julie estaba demasiado aturdida como para responder. ¿Qué más le daba a Tom dónde había estado?

-Tenemos que hablar -dijo él, en voz lo suficientemente alta como para hacer que la jefa de Julie saliera de su despacho.

-¿Hay algún problema? -preguntó la mujer.

-No hay ningún problema -aseguró Julie rápidamente-, pero si no le importa, voy a tomarme ahora mi descanso para el almuerzo.

-Yo haría lo mismo en tu caso -dijo su jefa, sonriendo pícaramente a pesar de que ya tenía tres nietos.

Julie tuvo la loca idea de que Tom se la echaría al hombro y la sacaría a cuestas de la floristería si no se daba prisa. Tomó su abrigo y su bolso con él pisándole los talones. Luego,

prácticamente la arrastró fuera de la tienda, pasándole un brazo por los hombros de manera que casi tuvo que correr para mantener su paso.

-¿Por qué haces esto? -preguntó más anonadada que enfadada por la actitud de Tom.

El abrió la puerta de su furgoneta, ilegalmente aparcada frente a la puerta de la floristería.

-Sube, por favor.

-¿A dónde vamos? ¿Qué pasa?

-Eres tú la que tiene que dar las explicaciones.

-¿Sobre qué? -Julie no sabía si enfadarse o romper a reír histéricamente-. ¡Tom, contéstame!

Tom no condujo muy lejos, y tampoco habló mucho. Se detuvo frente a un restaurante chino a cuyos lados había una tienda de ropa y una joyería.

-No pienso salir hasta que me digas qué está pasando -dijo Julie.

-Claro que vas a salir -Tom sonrió por primera vez. Una sonrisa maliciosa que provocó un cosquilleo por todo el cuerpo de Julie - ¡No, lo digo en serio!

Tom abrió la puerta del acompañante, soltó el cinturón de Julie y luego la tomó en brazos para sacarla de la furgoneta.

-¡Bájame! -Julie le rodeó instintivamente el cuello con los brazos, temiendo que la dejara caer.

-¿Prometes portarte bien?

Por algún motivo que Julie no lograba discernir, Tom parecía estar disfrutando intensamente.

Asintió con la cabeza y él la dejó en el suelo. Luego la tomó de la mano y entraron en la joyería.

-Nos gustaría mirar unos anillos de compromiso -dijo al dependiente, asombrando por completo a Julie-. Esa bandeja parece bastante interesante -añadió, señalando a través del cristal del mostrador. Volviéndose hacia Julie, dijo: Elige uno... a no ser que ya sea tarde. El que quieras. No me importa el precio.

Alzó la mano izquierda de Julie y examinó su dedo anular vacío, aparentemente satisfecho.

-¿Qué diablos estás haciendo? -el corazón de Julie latía aceleradamente. ¡Aquello no podía estar pasando! Debía haberse quedado dormida y estaba soñando.

-Te estoy proponiendo matrimonio. ¿Qué si no? Ése es bonito -Tom señaló un gran diamante solitario.

-¡Ni siquiera hemos tenido una primera cita real!

El dependiente, un hombre calvo de mediana edad, dejó de sacar bandejas, con expresión de sentirse tan confundido como Julie.

-Podemos saltarnos los preliminares. Ahora vamos a seguir mis reglas -dijo Tom.

-¿Qué reglas? ¡Tú no quieres casarte!

-¿Estás segura?

La mirada que Tom dedicó a Julie podría haberla derretido. Sólo duró un instante, pero mostró un lado completamente diferente de él, su faceta de impetuoso enamorado.

-¡Frena un poco, por favor! Deja que me haga a la idea -ella se sentía tan confusa como feliz.

Tom tomó las manos de Julie en las suyas.

-Este fin de semana volé a Las Vegas para persuadirte de que no te casaras con Peter. Te busqué en cada hotel y casi me volví loco al no encontrarte. ¡No me digas que no recibiste mis mensajes!

-Sí, los cuatro. ¿Pensaste que iba a casarme con Peter?

-Bueno, Tina dijo que... ¿por qué ir a Las Vegas si no planeabais una rápida boda en una de sus innumerables capillas? Sí... también comprobé éstas.

-¡Tonto! -dijo Julie afectuosamente-. Peter ganó el viaje por ser el mejor vendedor del trimestre. Íbamos a tener habitaciones separadas, pero no fui. ¿De verdad volaste a Las Vegas para detenerme?

Tom parecía dispuesto a comérsela como desayuno.

-¿Qué has dicho?

-Que Peter ganó el viaje y...

-No, antes de eso.

-Que no fui.

Tom la miró un momento, perplejo.

-¿Que no fuiste? -repitió.

-No.

De pronto, Tom pasó de ser un tornado a convertirse en un muchacho atrapado con la mano metida en la caja de las galletas. Julie no sabía a cuál de los dos amaba más.

-¿Por qué hiciste una locura como esa? ¿Por qué fuiste tras mí?

El dependiente volvió a colocar en su sitio la bandeja que sostenía y se retiró al final de la tienda, simulando no escuchar.

-¿Por qué, Tom? -insistió Julie. Tenía que saberlo. Todo su futuro dependía de ello. Era posible que, a fin de cuentas, no tuviera que esperar a conocer a un agradable octogenario en el lejano futuro.

Tom se había quedado mudo. Julie no lo habría creído si no lo hubiera visto.

-No tenemos por qué hablar aquí -dijo con suavidad, y lo guió fuera de la tienda.

Una vez en la furgoneta, Tom recuperó el habla.

-Cuando pensé que te habías ido con Peter para casarte... -se interrumpió y tomó las manos de Julie me di cuenta... temí... pensé que iba a perderte para siempre.

-No voy a casarme con Peter. No lo amo. Pero tú nunca has querido verte atado a una mujer.

-A ninguna mujer de las que conocí antes de encontrarte.

Tom se inclinó e hizo lo que debería haber hecho hacía mucho tiempo: besar a Julie con todo el amor de su corazón.

Sus bocas se unieron sin freno alguno.

-Te quiero -dijo, y sus palabras salieron del fondo de su garganta. Julie no había oído nunca nada tan hermoso-. Te deseo -continuó, apoyando una mano entre sus piernas, y la besó

en el cuello--. Pero no quiero que pasemos nuestra luna de miel en la cárcel -añadió, apartándose-. No podemos hacer nada en un aparcamiento.

-Tom...

-No puedo vivir sin ti, Julie.

-No tienes por qué hacerlo.

-Haré lo que sea para estar contigo. Ya me he torturado lo suficiente, pretendiendo que valgo algo sin ti. Estoy dispuesto a alquilar un esmoquin, a hacer el numerito del arroz...

-Tom, por favor, no...

-¿Que no te diga que te quiero?

-No... Sí. Si que quiero que me ames, Sí ámame. -Julie se llevó una mano de Tom a los labios y le besó los dedos, necesitando tocarlo para asegurarse de que aquello estaba pasando realmente-. Pero no quiero que te cases conmigo.

-Yo quiero hacerlo...

-¡No! Es demasiado precipitado... no tienes por qué hacerlo. No hagas algo de lo que luego puedas arrepentirte sólo porque...

-¿Porque estoy loco por ti y voy a morirme si no hacemos el amor de inmediato?

-Creo que voy a tomarme un descanso más largo para almorzar.

-Tómate el resto del día.

Tres días después, Julie aún se sentía como si estuviera montando en un tiovivo que nunca se detuviera. Estaba loca de felicidad, y tan enamorada que no creía que una sola vida le bastara para acostumbrarse a estar con Tom.

-¿Qué te parece? -Tom entró con ella en brazos en la habitación del hotel de Las Vegas y la tumbó en la cama.

-¡Es maravilloso! -Julie no estaba hablando de la habitación con sus cortinas de brocado y el mobiliario francés.

-Y ahora, señora Brunswick -dijo Tom, cerrando rápidamente la puerta-, ¿qué te gustaría hacer primero?

-Um... jugar a la ruleta.

-La ruleta -Tom hizo que aquella palabra sonara erótica-. De acuerdo, pero antes voy a darte un auténtico beso de recién casado.

-¿Otra de tus reglas? -Julie se levantó y se apoyó contra él.

-Se acabaron las reglas. Tom la besó profunda y apasionadamente, ocupando o sus dedos en desabrocharle los botones de la chaqueta blanca del traje. Bajo ésta, Julie sólo llevaba un sujetador de encaje que cayó rápidamente al suelo. Después le quito la breve falda y le bajó las medias.

Julie pensó que era increíblemente erótico estar desnuda entre los brazos de un hombre vestido de traje, sobre todo si ese hombre era Tom.

-¿Crees que nuestras familias nos perdonarán alguna vez por haber huido para casarnos? -preguntó con voz ronca, mientras Tom le acariciaba la espalda con las manos.

-Hemos tenido que hacerlo. No había tiempo para buscar un vestido.

Tom empezó a hacer algo maravilloso con su lengua, a la vez que deslizaba las manos para abarcar los glúteos de Julie. La presionó contra sí hasta que ella casi bailó de anhelo.

-Es posible encontrar uno rápidamente. Tú lo demostraste -pero no era posible pensar con la lengua de Tom jugueteando con uno de sus pezones y su mano entre las piernas, separándoselas...

-Ya se vengarán -prometió él-. Lo celebraran hasta que les supliquemos que paren.

-Será divertido. Pero nada sería nunca tan divertido como hacer el amor con Tom. Julie no necesitaba tener experiencia para saber que era un amante maravilloso; suave y cuidadoso la primera vez, juguetón cuando ella estaba tensa, anhelante cuando ella estaba dispuesta. La primera vez, en el apartamento de Julie, Tom se quedó asombrado, al saber que era su primer amante

-Señora Brusnwick -dijo, maravillado-. Mi esposa, mi amor.

-¿No has olvidado algo? -Julie alzó las manos y le desabrochó los botones de la camisa.

Tom se desvistió rápidamente. Julie ya había perdido cuenta de cuántas veces se habían fundido sus cuerpos, pero, cada vez que sucedía, el placer aumentaba.

Cada vez que estaba con Julie era la primera vez para Tom, sólo que infinitamente más satisfactoria. La deseaba ahora incluso más que cuando se fueron de la joyería. Le parecía imposible que sólo hubieran pasado tres días.

La tumbó de nuevo en la cama y la besó hasta que sus labios se inflamaron de pasión y sus pezones se endurecieron.

Estaba totalmente seguro de haber hecho lo correcto casándose con ella tan rápidamente. No podía imaginar su vida sin ella. Julie era maravillosa, sensual, seductora... y la mujer más agradable que había conocido. Aún sentía sudores fríos cuando pensaba en lo cerca que había estado de perderla. Saber que era realmente suya era como mirar al mundo con nuevos ojos. Aunque la euforia no durara para siempre, su amor sí lo haría. No había nada que deseara más que hacerla feliz.

Se colocó sobre ella, admirando su exquisita belleza, la suavidad de su piel, la plenitud de sus senos. Cuando le separó las piernas quiso aullar de felicidad al ver su respuesta. ¿Cómo era posible que hubiera estado con ella más de un día sin haber hecho todo lo posible para hacerla suya cuanto antes?

Estar dentro de Julie no se parecía a nada de lo que había experimentado hasta entonces. Un momento parecía perdida en sensaciones; al siguiente acariciaba su hombría o deslizaba las uñas por sus glúteos. Con cualquier otra mujer, aquello habrían sido meros trucos eróticos, pero había tanto amor en las caricias de Julie que él siempre se quedaba maravillado... y más excitado de lo que nunca hubiera creído posible.

-Te quiero -no se cansaba de decirlo, pero cuado, antes de lo que había esperado, el asombroso clímax de Julie disparó el suyo, no pudo dejar de repetirlo. -Te quiero, te quiero, te quiero.

Después la acunó contra su pecho, adormecido, pero sin querer dormir, sabiendo el poco descanso que necesitaba para querer volver a hacerle el amor.

Lo más maravilloso era que lo que sucedía entre ellos no era sólo sexo, o ninguno de los otros términos que Tom había utilizado hasta entonces. Sólo podía llamarlo «hacer el amor», porque eso era.

Alzó la mano derecha de Julie y miró su anillo de casada y el diamante del anillo de compromiso.

-¿Te gusta? -preguntó, acariciándole la mano.

Julie lo admiró un momento. Luego alzó la cabeza para mirar a Tom y sonrió, feliz.

-Me encanta. Pero tú me encantas aún más. No tenías por qué haberte casado conmigo, ya lo sabes.

-Probablemente he cometido un terrible error - bromeó él.

-Lo digo en serio, Tom. Me habría quedado contigo para siempre de todos modos, sin ataduras. Me habría acostado contigo...

-Ya lo hiciste. No me casé contigo para meterme en tus braguitas.

-Me habría sentido feliz sólo con salir contigo - insistió Julie, anhelante-. No tenías por qué haberte precipitado para que nos casáramos. No querría que acabaras arrepintiéndote...

-Teníamos que casamos. Está en el libro de las reglas.

-¿Qué libro? -preguntó Julie, arrugando la nariz.

-En el que pienso escribir. *Como encontrar al hombre adecuado y casarse con él* -dijo Tom, estrechando a Julie contra sí-. Tenía que casarme contigo.

-¿Porque había comprometido tu honor?

-Porque te quiero demasiado como para dejar que te quedaras con un memo como... ¿cómo se llamaba?

-¡No puedo creerlo! ¡Estás celoso!

-Ya no.

Tom se tumbó sobre Julie, preguntándose si una vez más sería... No. Definitivamente, no sería demasiado.

-Te quiero -dijeron simultáneamente.

-Sólo hace un rato que nos hemos casado y ya estamos pensando lo mismo -dijo Julie, y dejó escapar una risita que enloqueció a Tom.

-¿Vamos a jugar a la ruleta? -bromeó él.

-Somos las dos únicas personas que hay en Las Vegas que volverán a casa siendo más ricas sin haber entrado a un casino.

Librodot